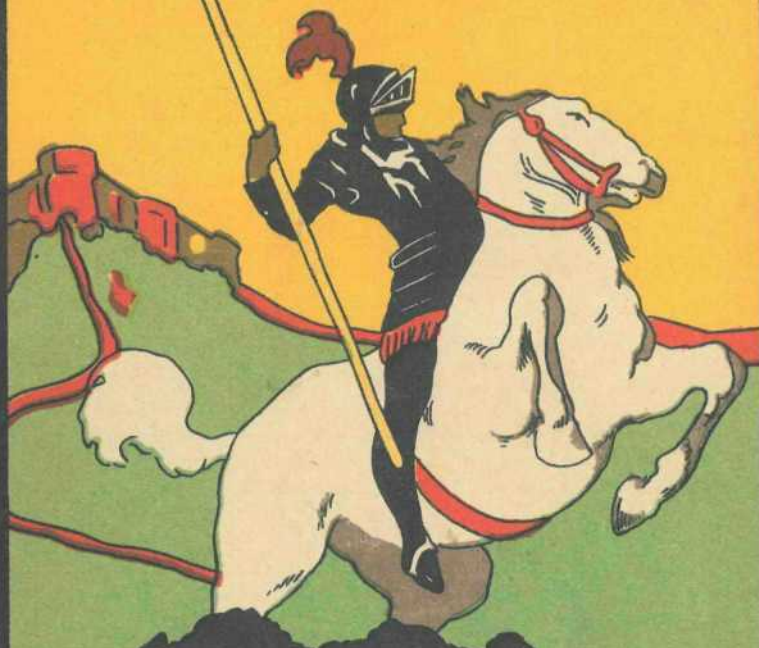


II 4

SALGARI

Tomo II



..... EL HIJO
DEL LEÓN
DE DAMASCO

TOMO I.

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

MADRID

NOVELAS DE
AVENTURAS
SERIE SALGARI

DONACION DE
Carmen
Ruiz

CBV/9
56
EMILIO SALGARI

EL HIJO DEL LEÓN DE DAMASCO

VERSIÓN CASTELLANA

TOMO I



Gamen Ruiz Bv.

22.XII.96

Reg. Ed. 33.451

U.A.M.
BIBLIOTECA
DE EDUCACION

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1878

M A D R I D

PROPIEDAD
DERECHOS
RESERVADOS

Talleres gráficos "Marsiega", Av. M. Pelayo, 26.—Madrid

CAPITULO PRIMERO

LA SOBRINA DE ALÍ BAJÁ

HE ahí la bandera azul de los tres leones rampantes... Ahí está la galera del Bajá de Damasco. ¡Enarbolad la nuestra!... Señora: ya se acerca la hora de la venganza.

Decía tales palabras un guerrero turco, alto, membrudo y de tez bastante bronceada, que parecía acechar, hacía días, la llegada de la nave, desde lo alto de una terraza del imponente castillo de Hussiff, maciza mole de construcción veneciana, tan sólido y fuerte que fueron necesarias doscientas galeras turcas para rendir en él a los últimos valientes que sobrevivieron a la rendición de Chipre. Dando frente al mar y a tierra, elevaba sus altísimas torres atrevidamente, y sus espaciosas terrazas, pertrechadas de más de cincuenta culebrinas y de veinte bombardas, imponían respeto.

La voz del robusto guerrero, fuerte como el mugido de un toro, dominó por un momento el ru-

mor de la resaca, y repercutió de alto abajo de la torre.

Transcurrido un instante apareció una joven, que salió de una de las torres y penetró casi corriendo en la terraza. Hermosísima, de unos veinte años, alta, esbelta, de ojos negrísimos, que resaltaban bajo largas cejas maravillosamente dibujadas, de boca pequeña, de labios rojos como cerezas maduras, de cabello larguísimo, suelto, como el ala del cuervo. En su rostro, aunque de una pureza de líneas casi griega, había algo duro y enérgico que revelaba en seguida a la mujer turca, siempre cruel en el fondo por haberla habituado a ello los Sultanes de los siglos XV y XVI.

A la usanza de las grandes damas turcas de aquella época, llevaba riquísimos calzones de seda blanca recamados de oro, anchos y acolchados interiormente para que no pudieran transparentarse las piernas; jubón de seda verde galoneado de plata y con botones de gruesas perlas de incalculable valor. Ceñía su cintura ancha faja de brocado rojo, anudada por delante con amplio lazo que le llegaba casi hasta los pies, calzados con escarpines de punta retorcida y de cuero carmesí con adornos de oro.

Distintamente de las demás damas, muy ávidas de joyas, que los Sultanes, entonces siempre victoriosos, después de haber saqueado provincias y reinos, repartían a diestro y siniestro, con la generosidad de los grandes ladrones, aquella joven no llevaba áureos ornamentos ni en las orejas, ni en las muñecas, ni en el cuello; en cambio, pendía de su

faja una cimitarra, cuyo puño y cuya vaina resplandecían de zafiros y esmeraldas.

—¿Qué le pasa a mi capitán para gritar de ese modo?—dijo al turco, que en el extremo de la tefraza y con la mano sobre los ojos en forma de pantalla parecía mirar algo muy interesante en lo más remoto del horizonte—. ¿Sabes que es la hora del café?

—Mejor es el café que viene por el mar, señora. El Bajá de Damasco ha caído por fin en las redes que le tendía tu tío el Gran Bajá.

El rostro de la joven expresó un júbilo salvaje, y sus ojos lanzaron rayos.

—¿Lo crees así, Metiub?

—¿Estoy ciego acaso? Alá no lo quiera. Mírala allí, la galeota del Bajá, que adelanta plácidamente, flameando en su palo mayor la bandera azul con los tres leones rampantes de Damasco. Mira, Haraja, mira.

La hermosa turca, con salto de pantera, se precipitó al parapeto de la terraza, en la que se veían seis culebrinas que llevaban el sello de Venecia, el famoso león de San Marcos, tomadas indudablemente en Nicosia o Famagosta, y como brillaba el sol intensamente, aunque era por la mañana, resguardóse también los ojos con la mano.

Un abismo espantoso abríase a sus pies, porque el castillo no se internaba en el mar por aquel lado menos de cien metros; pero permaneció insensible, escuchando por un momento el fragor de la resaca que subía hasta ella.

A mil pasos apenas, una galera de unas trescientas

tas toneladas, bien proporcionada para alcanzar gran velocidad, con dos palos dotados de inmensas velas latinas y dos órdenes de remos, adelantaba lentamente por el tranquilo Océano, con rumbo al Noroeste, como si se dirigiese al archipiélago griego para anclar en la poderosa Constantinopla.

—Ocho culebrinas—contó el capitán—, veinte guerreros y veinte galeotes al remo. Buen bocado. ¿Qué te parece, señora?... La escuadra del Bajá ¿sigue vigilando la ruta del archipiélago?

Haraja había enmudecido. Palidísima, en pie ante la repisa de la terraza, sobre el abismo en cuyo fondo tronaba impetuosa la resaca, pasábase nerviosamente una mano por sus largos cabellos, como si fuera a alisárselos. Su bellísima frente aparecía nublada, cual si una tormenta tremenda hubiera estallado en el cerebro de aquella extraña joven.

—¿Me has entendido, señora?—insistió el capitán con un gesto de impaciencia—. ¿Vamos a dejar huir al padre del valeroso guerrero que hubiera debido ser tu esposo hace cuatro años?

Haraja, sin dejar de mesarse los cabellos, suspiró:

—¡Ah! ¡Los recuerdos de lo pasado!...

—¿En qué piensas, señora?—dijo con cierta ironía el turco—. ¿En el León de Damasco o en el hermoso Capitán que se casó con él, y que, no obstante ser mujer, me dió una soberbia estocada? Verdad es que aquella joven se había hecho célebre en Famagosta con el nombre de Capitán Tormenta.

La joven se estremeció, afluyó la sangre a su ros-

tro, y sus ojos tuvieron reflejos feroces, como los de un jenízaro. Volvióse hacia el capitán y, con voz trémula, exclamó:

—¿Es que te cansas, por ventura, Metiub, de ver las terrazas del castillo de Hussiff?

El membrudo turco la miró con serenidad y, cruzándose lentamente de brazos, repuso con tranquilidad:

—Si la sobrina de Alí Bajá quiere ver dar a un hombre un salto en el espacio y estrellarse en la escollera, describiendo en el aire una magnífica curva, dígalo. Estoy pronto a saltar.

Habíase subido al parapeto y miraba con desdén los escollos en que estaba pronto a estrellarse a una orden de su señora.

—A tus órdenes... ¿Qué vale hoy una vida cuando en Candía miles y miles de cristianos y turcos caen fulminados por las minas o las balas, por las espadas o por las cimitarras? Allí se muere alegremente hace más de un año. Si me hubieras enviado allí habría probablemente ido ya en busca de las hurfes del Profeta, como más de cincuenta mil compatriotas..

—¡Estás loco!—dijo Haraja, asiéndole impetuosamente por un brazo y obligándole a bajar—. ¿Está dispuesta mi galera?

—Hace ocho días.

—¿Mis armas y mi armadura?

—En la cámara de pópa.

—Vamos, Metiub. Si no puedo coger por ahora al León y a su esposa, me apoderaré, a lo menos, de su padre. El pequeño debe haber sido robado en

Venecia, y quizá se encuentre en las manos de mi tío.

—¡Como lo encuentres vivo!...

—No tiene más que tres años.

—Sí; pero el Bajá, tu tío, algunas veces, para distraerse, hace desollar vivos a los chiquillos cristianos que tiene en su poder.

—¡Calla!..., Acompáñame.

Bajaron una interminable escalera, tallada en la roca viva, y tan estrecha que muy pocos hombres bastarían a defenderla hasta contra un pequeño ejército.

En las terrazas superiores y en las cimas superiores de las torres muchos guerreros y mujeres escudriñaban el horizonte, pero ninguno osó gritar señalando nuevamente la galeota del Bajá de Damasco. Tenían demasiado miedo a Haraja.

Después de haber bajado ciento sesenta escalones, el capitán y la joven se hallaron a la orilla de una caleta, en medio de la cual ondeaba rítmicamente una magnífica galera de cerca de cuatrocientas toneladas, pintada de rojo y con un gran mascarón de proa en relumbrante latón.

Llevaba dos velas latinas, únicas que se usaban entonces en el Mediterráneo, pintadas también de rojo con grandes rayas transversales azules, tres órdenes de remos y dieciséis culebrinas, todas sobre cubierta y colocadas de modo para poder disparar hacia los cuatro puntos cardinales. Formaban la tripulación media docena de marineros, treinta galeotes encadenados a los bancos y cuarenta soberbios guerreros turcos bardados de hierro y acero.

Una chalupa aguardaba ya a Haraja para conducirla a bordo.

—¿Falta alguno?—preguntó el capitán a los marineros.

—Ninguno.

—Vamos.

En un relámpago atravesaron el pequeño puerto, y la sobrina del Bajá y su capitán de armas subieron a la galera por una sencilla escala de cuerda.

Los treinta guerreros, armados de pesados arcabuces, de cimitarras y yataganes, formaron en el puente de honor de su castellana, la cual, como solía, no se dignó dirigirles ni una mirada y se fué a su cámara, mientras el capitán de armas, después de lanzar una ojeada a las velas y a las maniobras, dió una serie de órdenes breves y secas.

Leváronse las dos anclas, orientaron las velas y los treinta remos de los galeotes se pusieron a la obra, obedeciendo las órdenes terminantes de los maestros. La hermosa galera salió de la cala, tornó una escollera, en la que se había emplazado una batería, y se internó en el mar a fuerza de remos, pues el viento era casi nulo.

La galeota del Bajá de Damasco había pasado ya el castillo de Hussiff y continuaba plácidamente su curso, sirviéndose sólo de los remos. Una sonrisa diabólica plegó los labios del capitán de armas.

—¿Adónde vais, pobretes?—murmuró—. Os va a ser duro caer en poder del turco, pero eso sería lo de menos... Haraja va a hacer una de las suyas y no respetará ni siquiera al viejo Bajá.

Así monologaba a caballo en una culebrina de

buen calibre, fundida en Constantinopla, cuando se reunió con él la joven, cubierta por completo de acero y en la cabeza un resplandeciente yelmo adornado con un penacho de plumas de avestruz. La coraza era finamente cincelada, así como los brazaes, quijotes y grebas. A la elegante cimitarra había sustituido una especie de espadón curvado, óptima arma para el abordaje.

—¿Se puede disparar, Metiub?

—Cuando quieras, señora; no estamos sino a tres tiros de arcabuz próximamente.

—Intima la rendición.

—El Bajá se quedará estupefacto al ver que le cañonean sus propios compatriotas.

—¿Ves al padre del León de Damasco en el puente?

—No veo ningún viejo en la galeota, y comienzo a sospechar que puede estar enfermo.

Una sonrisa cruel e irónica desfloró los hermosos labios carnosos de Haraja. El capitán, que no la perdía de vista, movió la cabeza y pensó:

—¡Hum! No quisiera hallarme en el pellejo de ese pobre Bajá... Si se hallasen a bordo de esa galeota el León de Damasco y el Capitán Tormenta, la señora se miraría mucho antes de arrojarle al abordaje..., y yo más aún que ella... Pero...

—¿Y qué? ¿Es que necesitas pensarlo? —gruñó Haraja—. Me parece que se pierde sobrado tiempo en mi galera.

—Pronto lo recobramos, señora. Aguarda un poco.

Llegóse de un salto a la escotilla central, y ba-

jando la cabeza gritó con voz que no admitía réplica:

—¡A ver! ¡Maestres: que ande el látigo y que se muevan los remos! Tenemos mucha prisa.

Luego, mientras salían gritos lastimeros de dolor del vientre de la galera, tornó hacia proa, en la cual seis hombres cargaban la gran culebrina fundida en Bizancio.

—Un tiro bajo, primeramente; si no se detiene, la desarbolaremos... ¡Ocho culebrinas contra dieciséis! ¡Bah! Tenemos demasiado buen juego.

El largo cañón, que medía por lo menos tres metros, escupió su carga con sonoro estruendo, que se extendió por el mar, repercutiendo a intervalos por las pequeñas olas que el viento de Sur trataba de hinchar.

El capitán de armas de la galeota respondió haciendo alzar y bajar tres veces, en señal de saludo, la bandera del Bajá de Damasco; pero en vez de detener la marcha de la nave hizo forzar el remo. Haraja enarcó la cejas y sus ojos lanzaron centellas.

—¡Cómo!—exclamó—. ¿No se obedecen las órdenes de una sobrina del Gran Bajá?

—Señora—objetó Metiub—, no se halla izada tu bandera, y además esa galeota no está montada por míseros mercaderes, sino por uno de los Bajaes más poderosos del Asia Menor.

—Despliega al viento los colores de Alí.

—Escapará más de prisa.

—La alcanzaremos y la tomaremos al abordaje
—replicó Haraja irridadísima.

—Después de haberla cañoneado en regla. De todos modos, si se nos escapase sería para caer entre las cincuenta galeras que tu tío puso a tu disposición para que realices tu particular designio... ¡Hola! ¡Los de popa! ¡Izad la bandera del Gran Bajá!

Pocos instantes después, una bandera de seda escarlata, con dos culebrinas cruzadas en el centro, se enarbolaba en lo alto del palo mayor, apoyada por un segundo cañonazo inofensivo.

Como lo había supuesto Metiub, los hombres de la galeota, en vez de detenerse redoblaron su bogar, y apuntaron las cuatro culebrinas de su popa a la galera del Gran Bajá, como para dar a entender que estaban resueltos a defenderse de cualquier ataque.

—¿Qué te parece, señora?—indicó Metiub con ligero matiz de ironía en la voz—. Parece que no hace el menor efecto la bandera de Alí Bajá en los hombres del Bajá de Damasco.

—Es que la manda el padre del altivo León—contestó Haraja, apretando los dientes—. ¡Fuego!... ¡Barre el puente de la galeota, y cuando la hayamos desarbolado..., ¡al abordaje!... Hace cuatro años que aguardo que suene la hora de mi venganza. Pon fuego a su cubierta, ya que el Bajá no se muestra.

—¡Hola! ¡Bordada de proa!—gritó el capitán de armas—. Pólvora gruesa... A barrer la cubierta de la galeota.

Veinte hombres se precipitaron al castillo de proa, donde había emplazadas seis culebrinas de distintos

calibres, y comenzaron a cañonear la galeota, armando una música infernal.

Los fugitivos, al principio contentáronse con bajar y subir la bandera del Bajá; pero viendo que los proyectiles no cesaban y varios de ellos caían en el puente, comenzaron a responder a su vez, y bastante vigorosamente, con sus cuatro culebrinas de popa.

—¡Ah! ¡Los lobeznos del Asia!—exclamó Metiub, oyendo el silbido de las balas—. ¿Quieren mostrarnos los dientes a nosotros, los tigres del Norte? ¡Música, artilleros!...—Y volviendo a la escotilla central asomó de nuevo la cabeza para gritar:

—¡Más látigo, maestros! Necesitamos alcanzar la galeota para abordarla.

La galera aumentó su velocidad a costa de las espaldas desnudas de los galeotes, que aullaban de dolor. Los infelices, encadenados a los bancos y destinados a morir a tiros o ahogados si echaban a pique el barco, no bogaban de prisa, sino obligados por los despiadados rebencazos que llovían sobre ellos de todos lados.

También la galeota, a pesar del número inferior de sus remeros, hacía visibles esfuerzos por mantener la distancia, que desgraciadamente amenguaba poco a poco, y contestaba con entereza al fuego de la galera, disparando con buen acierto sus cuatro culebrinas de popa.

Haraja, sentada en medio de la nave, entre los dos palos, miraba tranquilamente a sus hombres, afaenados en cargar y descargar sus cañones. Ni un solo músculo de su fisonomía se contraía, y con-

servaba su plácida sonrisa, aunque las balas silbaban en torno suyo, matando tal o cual remero, rompiendo algún remo y agujereando las velas.

Por dos veces el capitán de armas la había advertido que se retirase; pero la altiva sobrina del terrible Bajá ni se dignó responderle.

Sin embargo, un rumeliota y un albanés cayeron a pocos pasos de ella, cortados en dos por las balas de la galeota, y yacían aún sobre la toldilla, desangrándose.

Metiub, que tenía prisa de acabar y que no deseaba que a su señora le sucediese algún percance, temeroso de incurrir en las iras del terrible e implacable Bajá, animaba a los artilleros y a los arcabuceros, pues ya se hallaban las dos naves a distancia de poderse ofender aun con armas de corto alcance.

De vez en cuando hacía dar media vuelta a la galera para poder emplear los cañones de los costados, lanzando andanadas de babor y de estribor.

El combate, duro y tenaz, duraba ya hacía más de media hora, con mucho humo y mucho estruendo, pero sin visibles resultados prácticos, pues el movimiento que los remos imprimían a la nave dificultaba mucho la puntería. Si hubiera soplado viento, fuera cosa muy distinta, y en ambos barcos se habrían podido apreciar los estragos, pues los turcos tenían en aquella época artilleros excelentes que podían medirse sin desventaja con los de la República de Venecia.

Ya la galera, que ganaba siempre terreno, se preparaba al ataque decisivo, cuando cerraron el hori-

zonte cincuenta naves de guerra, dispuestas en línea y que impedían el paso de la galeota.

—¡Ya es nuestro!—exclamó Metiub, ordenando a los artilleros suspender el fuego.

En realidad no quedaba a la nave ninguna esperanza de fuga. En cuanto su tripulación se convenció de que todas aquellas galeras enarbolaban la bandera sangrienta del Gran Bajá, intentó inútilmente tres o cuatro bordadas, cesó el fuego, soltó los remos y arrió las velas. La bandera del Bajá de Damasco fué coronada por otra blanca, que declaraba la rendición de la galeota.

—¿Estás contenta, señora?—preguntó Metiub, acercándose a Haraja, después de ordenar a los cómitres que no permitieran a los galeotes aflojar un momento.

—Pero... no veo al Bajá.

—Estará enfermo.

—Sin embargo, está su capitán de armas, ¿verdad?

—El es quien dirigió el fuego.

—Haz colocar los peines de arpones en los dos palos y que preparen el juego de poleas.

Metiub la miró fijamente.

—¿Me has oído?—gritó ella impaciente.

—¡Los peines de arpones para un Bajá...! Mira lo que haces, señora.

—¡Bah! Mi tío puede mucho en Constantinopla; y además no sabes lo que voy a hacer.

Se había puesto en pie y desenvainado el sable, en tanto que sus arcabuceros, con las mechas preparadas, aguardaban órdenes para hacer una descarga. En menos de cinco minutos la galera abor-

dó la galeota, retiró sus remos para que no se estropearan con el choque y la aferró con los ganchos, sin disparar un tiro.

—¡Rendíos!—ordenó Metiub.

Un guerrero alto, flaco, moreno, todo nervios y músculos, acorazado de pies a cabeza, se puso junto a la baranda entre las tripulaciones de ambas naves.

—¿A quién nos hemos de rendir?—preguntó.

—A la sobrina del Gran Bajá.

El damasquino palideció intensamente; pero recobrándose en el acto preguntó con voz firme:

—¿Sabes a quién llevamos a bordo?

—Sí; al Bajá de Damasco.

—¡Y os atrevéis!... ¿Con qué derecho?...

—Con el derecho del más fuerte—saltó Haraja, adelantando hacia la baranda—. Pasa a mi galera tú, por lo pronto. Ya veremos después lo que hacemos con el Bajá. Y advierte a tus hombres que a la menor tentativa de resistencia los pasaremos a todos a cuchillo; hasta a los galeotes... Ahora pasa a mi nave. ¡Pronto!...

CAPITULO II

FEROCIDAD TURCA

EL capitán de armas del Bajá de Damasco, ante aquella brutal intimación se sublevó y alzó, amenazador, sus manos, la diestra armada de su cimitarra, y empuñando con la izquierda una de aquellas largas pistolas de culata incrustada de madreperlas, de que tan acertado uso hacían los turcos del Asia Menor.

—No me has vencido—repuso con ira—. Ninguno de tus hombres ha saltado aún a mi galeota para arriar la bandera de mi señor.

Haraja extendió el brazo y señaló las cincuenta galeras del Gran Bajá, que se hallaban paradas a menos de una milla.

—Pasa a través de esa línea si te atreves.

—¿Y por qué me cerráis el paso cuando mi señor es aguardado en Constantinopla?

—Mi tío y yo lo sabemos. ¿Te rindes?

—Te he dicho que ninguno de tus hombres ha entrado aún en mi nave.

—¡Salta, Metiub!...

El capitán de armas del castillo de Hussiff saltó a pies juntos, empuñando su espadón. El otro cerróle el paso valerosamente, como buen turco del Asia Menor. Entablóse la lucha, reñida y brava.

El damasquino hubiera podido tender muerto al asaltante de un pistoletazo; pero, noble y leal, arrojó al suelo su arma, empuñando con la siniestra un sólido yatagán de tres dedos de ancho.

Metiub, atacando vigorosamente, tuvo que reafirmarse en la barandilla, comprendiendo que tenía ante sí un temible adversario.

Ambas tripulaciones permanecieron inmóviles, arcabuces preparados y mechas humeantes, prontos a hacer fuego a la primera señal y a precipitarse rabiosamente una contra otra en cuanto se les ordenara.

Haraja, con un pie sobre una culebrina, asistía tranquila al duelo, contando con la habilidad y destreza de su capitán de armas.

Los dos combatientes, cubiertos ambos de hierro y de mallas de acero de fabricación milanese, que era la mejor y la única que armaba entonces a los cristianos y a los infieles de Europa y Africa, se atacaban con verdadera furia, cambiando entre sí terribles golpes, que provocaban gritos de admiración entre los espectadores de ambas naves.

Sus corazas parecía que iban a hacerse añicos, pero no cedían. Los dos valientes, a cada golpe formidable, que recibían o asestaban, exhalaban rugidos que hacían sonreír complacidamente a Haraja.

Durante cuatro o cinco minutos ambos capitanes intentaron hender los almetes, ya que no podían

perforar las corazas. En esto el del Bajá de Damasco dió un paso en falso y cayó de espaldas con gran fragor de herrería, soltando instintivamente cimitarra y yatagán. Metiub aprovechóse de ello y le puso la espada en la garganta.

—¿Le mato?—preguntó a Haraja.

La sobrina de Alf titubeó un momento y repuso:

—No; tengo que hablar con el vencido.

—Levántate—dijo Metiub a su adversario.

Este se puso en pie ágilmente, recogió su cimitarra, la rompió, la arrojó al mar y contestó a la joven:

—Si fui vencido se debió a un accidente fortuito y no al mayor esfuerzo de mi adversario. Hace mucho que conozco la siniestra fama de que goza la sobrina del Gran Almirante. Pero aquí me tienes.

Y de un salto trasladóse a la galera y se detuvo a dos pasos de Haraja, cruzándose de brazos desdenosamente.

—¿Qué quieres de mí? ¿Mi vida? Tómala.

—Sólo quiero saber dónde se halla tu señor.

Y de una rápida ojeada aseguróse de que los peines del tormento hallábanse fijados a los dos palos de la nave, frente a frente las aceradas púas de sus respectivos arpones.

—Está enfermo en su camarote.

—¿Qué tiene?

—Malos los pies.

—Se comen muchos pollos en Damasco... Verdad que son los mejores.

—Tú no se los has visto comer. Su enfermedad podría tener por causa la mucha arena que el vien-

to lanza sobre la ciudad, y la mucha humedad de las noches; ya sabes que el mar no está lejos.

—No me importa. Quiero saber otra cosa.

—Pregunta.

—Primero, a ti; luego, a tu señor.

—Aguardo.

—¿Adónde vais?

—A Constantinopla, llamados por una carta del Sultán.

—¿Escrita por el Visir?

—A lo menos creo que sí; a no ser que se haya fraguado un miserable complot para perder a mi señor. ¿Verdad que es posible?

—Anda a preguntarlo a Constantinopla.

—Déjame ir.

—Ahora no; quizá después; cuando hayas hablado.

—¿Qué quieres saber?

—¿Dónde está Muley-el-Kadel, hijo del Bajá, y su mujer, aquella famosa Capitán Tormenta?

—¿Y me lo preguntas a mí?

—Eres el confidente de tu amo y debes saber dónde se halla ese León de Damasco, a quien estoy buscando inútilmente por Italia desde hace tres años. Todo lo que he podido averiguar es que habitaron algún tiempo en Nápoles, donde la cristiana tiene muchas posesiones, y que han vivido en Venecia en el palacio de Loredán; pero cuando ya tocaba la realización de mi venganza desaparecieron. Sólo su hijo se halla en la Reina del Adriático, o, por mejor decir, se encontraba, pues a estas horas viaja hacia Oriente.

—¡Lo has hecho robar!—exclamó el capitán, palideciendo.

—A falta del león y de la leona, me apoderaré de su cachorro.

—¿Qué edad tiene?

—Creo que tres años.

—¿Y qué pretendes hacer de esa criatura?

—Eso no te importa—repuso brutalmente Haraja.

—Pues bien; no sé dónde se halla el hijo de mi señor. Casado con una cristiana, rompió toda relación con su padre, que es demasiado buen musulmán para permitir semejante matrimonio.

—¡Bah! ¡A mí con esas! No se me engaña tan fácilmente... Dime dónde se encuentran esos malditos *guarros*. Quiero saberlo y lo sabré, aunque tenga que desollarte vivo.

—Desuéllame.

—No me corre prisa—dijo ella, casi sonriendo—. Veamos. Tú sabes dónde está el hijo de tu señor. ¿Se halla en Italia o en Oriente?

—Ya te dije que no sé nada.

—¡Perro! ¿Deseas la muerte, pues?

—Mi padre murió combatiendo contra los curdos; su hijo morirá asesinado por sus propios correligionarios. La muerte no intimida al guerrero.

—¿Hablarás?

—No tengo inconveniente. Puedo contarte, si quieres, que los curdos de la estepa molestan mucho a los damasquinos; te lo aseguro.

—¿Qué me importa a mí de esa tribu salvaje, que tantos disgustos ha dado a los Sultanes?

—Entonces te puedo contar que en Basora las ga-

llinas engordan prodigiosamente en los magníficos arrozales.

—¡Ah! ¿Te atreves a burlarte de la sobrina de Alf Bajá?—gritó Haraja con voz sibilante—. Ahora verás. ¡Metiub! ¿Dónde está Hamed? ¡Pronto!

—Detrás de ti—repuso el capitán de la terrible joven.

Un negro de estatura gigantesca, que debía de tener la fuerza de dos hombres robustos, cubierto con un simple jaleco de seda roja y adornado con algunas alhajas de coral, se adelantó hacia Haraja.

—¿Está dispuesto el juego de las poleas?

—Sí.

—Apodérate de ese hombre, sujétalo y cuélgalo.

No había terminado de hablar cuando ya Hamed, precipitándose sobre el capitán, le derribaba al suelo.

La lucha fué desesperada, pero brevísima.

La fuerza hercúlea del gigante se impuso, y en breve, tras de desceñirle la armadura que Metiub no había sido poderoso a hender, dejáronlo desnudo; y después de sujeto por los brazos, por las piernas y por debajo de las axilas a unas anillas pendientes de una polea colocada entre los dos árboles del navío, fué izado a una altura de unos cuatro metros.

A su frente y a sus espaldas tenía las púas acerradas del llamado peine, de tres pies de largas, con puntas agudas, afiladísimas, de unas cinco o seis pulgadas. El capitán dejóse subir sin lanzar un grito.

—¿Quieres hablar, por fin?—preguntó rabiosa la joven.

—Te he dicho que no sé nada.

—¡Ah! ¡Lo veremos!

—Sí; lo que tú quieres es mi vida; lo he adivinado. Pues bien, tómalala y buen provecho.

—Si confiesas no se te hará nada.

—No sé una palabra.

—¡Hazlo bailar! Veremos si cuando sientas el aguijón de las puntas aceradas te decides.

—Perderás el tiempo inútilmente.

—¡Lánzalo, Hamed!—rugió la sobrina de Alí.

Los hombres de la galeota, que se estremecían de rabia viendo a su capitán empujado contra las aceradas púas que amenazaban desgarrar sus carnes horriblemente, apuntaron sus arcabuces; pero las ocho culebrinas y los treinta arcabuces que los amagaban los convencieron de la utilidad de refrenar su indignación, teniendo en cuenta que, además, las cincuenta galeras sólo esperaban una señal para atacar a la damasquina nave.

—¿Hablarás?—preguntó por última vez Haraja.

—No sé nada.

—Pues que el Profeta te acoja con su infinita misericordia.

—¡Perra condenada! Asesinas a un hombre por cuyas venas corre la misma sangre que por las tuyas, porque yo también soy turco y...

Se interrumpió para exhalar un grito horrible, que hizo palidecer a los tripulantes todos de la galeota. Hamed, con un impulso mayor de la cuerda, le hizo chocar contra los arpones, y uno de ellos se le clavó por junto a la columna vertebral. El desdichado permaneció un instante clavado en el pei-

ne, que debía haberle atravesado el pulmón; pero luego lo arrancaron de allí y volvieron a balancearlo.

Nuevo grito horrible. Dos arpones se le habían clavado en el vientre con gran violencia, saliéndole por la espalda las afiladas puntas ensangrentadas, cerea de un palmo.

Un rugido de dolor surgió entre los hombres de la galeota; pero ninguno se atrevió a renovar la tentativa de rebelión. Se consideraban perdidos más que vencidos. A no ser por las cincuenta galeras próximas, aquel puñado de valientes, porque todos los turcos del Asia Menor tienen valor de sobra, no habrían dudado por un instante de entablar una lucha desesperada.

El capitán había sido desclavado nuevamente, y por sus tremendas heridas perdía sangre e intestinos; hipaba penosamente, y en los estertores de su agonía escupía rabiosas injurias y hasta blasfemias contra el Profeta.

La joven seguía contemplándole impasible. En ambas cubiertas reinaba un silencio de muerte. La sobrina de Alí lo rompió, diciendo mientras se sentaba en una culebrina.

—Metiub: ese hombre me aburre con sus aullidos. Acábale de un arcabuzazo.

—No me mandes cometer bellaquerías, señora. Déjalo morir en paz.

—Ahora eres tú más cruel que yo. Su agonía podría durar más de una hora y sin esperanza de volver ya vivo a Damasco. Y por otra parte, las huries

del Profeta aguardan impacientes y sonriendo a los valerosos guerreros del Islam.

—Quizá tienes razón. Pero ese servicio se lo puede hacer Hamed. Yo me bato, pero no asesino.

—Ya lo oyes, Hamed—dijo Haraja al negro.

—Sí, señora.

—Acábalo.

El verdugo de la galera cogió un arcabuz, sopló la mecha, disparó, y la bala, incrustándose en el cerebro del martirizado, lo dejó muerto instantáneamente.

—¡Ea! Ya está en brazos de las hurfes. ¡Qué compensación la de nuestros guerreros!... En cambio, nosotras, pobres mujeres...

—Pero ¿estará en los brazos de las hurfes?—objetó, burlón, Metiub—; porque no ha muerto combatiendo con los *guarros*.

—¡Bah! El Profeta tiene la manga ancha.

En las dos naves reinaba el mayor silencio: tranquilo entre los tripulantes de la galera; preñado de amenazas que no se atrevían a manifestarse en los de la galeota, los cuales conservaban aún las armas. Al cabo de un rato, Haraja dijo a Metiub:

—Pero ¿qué es eso? ¿Tanto te ha conmovido la muerte del capitán damasquino? Verdad que era tu compañero de armas.

—¿Qué quieres decir?—dijo con bastante sequedad, semifastidiado, Metiub.

—Apodérate de las armas de éstos y de su nave. Las cincuenta galeras no esperan más que mi señal, una bandera azul con banda amarilla enarbolada

encima de la de mi tío, para barrer y deshacer con sus mil culebrinas esa galeota...

Pronunció estas palabras en voz alta para que las oyeran bien los damasquinos. Metiub adelantó a la banda y gritó:

—¡Abajo las armas! Así lo quiere la sobrina del Gran Almirante.

Tras ligero titubeo, apagaron las mechas y dejaron caer en la cubierta los pesados arcabuces; pero cimitarras y yataganes fueron lanzados al mar.

—Hecho—dijo Metiub a su señora.

—Ahora ve a traerme al Bajá.

—¿Qué intentas hacer con él?

—Lo sé yo y basta.

Dos minutos después el gigantesco Hamed llevaba en sus robustos brazos a un anciano de larga barba blanca, envuelto en una magnífica cubierta de seda adamascada. Era el padre del León de Damasco, y fué colocado sobre dos culebrinas, que hizo poner juntas Metiub, a pocos pasos de Haraja.

Aun cuando debía de haber pasado la sesentena, tenía aspecto imponente, facciones nobles y enérgicas, ojos todavía llenos de fuego, que revelaban el antiguo indomable guerrero. Miró fijamente a Haraja y la interpeló así:

—¿Quién eres tú que te has atrevido a asaltar mi nave? ¿No has visto mi bandera, la bandera del Bajá de Damasco?

—¿Y no has visto tú la mía? Pues mírala.

El anciano alzó la vista y dejó escapar de sus labios una exclamación que revelaba ira y asombro.

—¿Y qué quiere de mí el Gran Almirante?—ex-

clamó—. Podía ocupar mejor su tiempo y sus galeras ante Candía.

—No es él; soy yo la que quiero algo de ti.

—¿Y quién eres tú?

—La sobrina de Alf Bajá.

—¿La Gobernadora del castillo de Hussiff?

—La misma.

—Ya sabía yo —gritó el anciano, apretando los puños— que algún día había de encontrarte en mi camino, pérfida. Tres veces han fracasado tus tentativas para hacerme salir de Damasco y capturar-me en el camino, y a la cuarta triunfaste. ¿Qué quieres de mí? Recuerda mi parentesco con Mohamet II y habla.

—Mahomet II murió y no abandonará las huríes del paraíso para venir en socorro tuyo..., ¡digo yo!...

—Soy un príncipe.

—¡Tantos han hecho desaparecer los Sultanes! Asesinan a sus hermanos cuando van a subir al trono, y hasta a sus hijos si se les hacen sospechosos.

—¿Y qué quiere deducir de ello la castellana de Hussiff?

—Que te trataré como a cualquier prisionero de guerra.

—¿A mí?

—A ti: al señor de Damasco.

—Ante todo quiero saber por qué has hecho fuego contra mi nave y el motivo de entrar en ella al abordaje.

—He hecho más. Vuélvete y mira lo que cuelga del trinquete.

El Bajá se volvió y lanzó un grito de horror.

—¡Infame! — exclamó echando lumbré por los ojos.

—Te asustas por poco.

—¡Miserable!...

—La culpa fué suya. Si hubiera hablado viviría aún.

—Has asesinado a un valiente.

—Te repito que la culpa fué suya. Si me hubiera dicho dónde estaban tu hijo y tu nuera, la duquesa cristiana, nada le hubiera sucedido. En fin... Ahora hablarás tú.

—¡Yo!

Haraja se encogió de hombros.

—Mira lo que haces. Estamos en alta mar y puedo hundir tu galeota con toda su tripulación. Te aseguro que nadie quedará vivo para ir a Constantinopla a contárselo a Ibrahim, nuestro buen Sultán.

—Lo que quiere decir que si no hablo, aunque soy tu superior y de más alta nobleza que tú, puesto que tu tío no era sino un pirata argelino, me asesinarás como a mi capitán de armas.

Haraja titubeó un momento y repuso al cabo:

—Ya veremos.

—¿Qué quieres saber?

—¿Dónde está tu hijo Muley?

—¿Y para qué?

Brotó un relámpago en los negros ojos de la castellana de Hussiff.

—¿No sabes que éramos amantes, que era mi prometido el altivo y valeroso León de Damasco?

—Algo recuerdo de ello... vagamente. ¿Y qué más?

—Una princesa cristiana me lo robó.

—También lo sé.

—¿Dónde están? Hace tres años que los hago buscar...

—¿Dónde se habrán metido?

—A ti te lo pregunto. Eres el padre del León de Damasco y suegro de esa odiosa Capitán Tormenta. Tú lo sabes.

—Cuando mi hijo renegó de la religión del Profeta y se casó con una cristiana, renegué de él; y ya no supe nada del León de Damasco.

—¡Mientes!—aulló Haraja, poniéndose en pie, palidísima—. ¡Mientes!... Pero, de todos modos, tienes razón...; es tu hijo, y tu deber es defenderlo... Sin embargo, a ella, no; ella es una *guarra* que combatió contra los hijos del Islam, matando a tantos que bien puedes, aun siendo mujer, abandonármela. ¿Dónde está esa mujer? ¡Quiero saberlo!

—Si no he tenido noticias de Muley, menos las habré tenido de la cristiana. ¿Dónde están? ¿Quién lo sabe? Sólo sé que la duquesa tenía vastas posesiones en Nápoles y también en Negroponto y Candía. Puede ser que viajen por Italia o quizá por Europa, si no se considera segura en Italia.

—¿Dejando a su hijo en Venecia?

—Nuestros compatriotas no tienen, hoy que la guerra continúa sin cuartel, paso libre a la Reina de los Lagos. No olvidan aquellos mercaderes valerosos la pérdida de la mayoría de sus colonias: Morea, Negroponto y Chipre, como no han olvidado sus quinientos soldados que, habiendo caído vi-

vos en poder de Mahomet II, fueron pasados a cuchillo...

—El Sultán estaba en su derecho. y, además, era pariente tuyo.

—Yo, que me considero quizá más turco que los que viven en Constantinopla, no hubiera cometido tal infamia.

—Ellos se tuvieron la culpa. ¿Por qué se empeñan en seguir la guerra si no eran lo bastante fuertes?

—Sin embargo, han matado bajo los muros de la ciudad de Chipre y en Candía, Morea y Negroponto más de doscientos mil guerreros, y han destruído además, con el auxilio de los caballeros de Malta, más de trescientas galeras. ¡Conque si llegan a ser bastante fuertes...! En diez años de asedio a Candía por tierra y por mar, ¿qué hemos conseguido? ¿Qué ha hecho tu gran tío con sus quinientas galeras? ¿Y qué ha logrado Jussuff Bajá?

—Tomar la Canea.

—No toda la isla; y eso que blanquean todos los caminos los huesos de nuestros guerreros.

—Bueno; eso me tiene sin cuidado. El que va a la guerra ya sabe que se expone a morir. Deja, pues, de decir tonterías, y si no quieres revelarme dónde está tu hijo, dime dónde se oculta la cristiana.

—Te he dicho que no lo sé—repuso el Bajá secamente.

—¿No lo quieres decir?

—No sé.

—Lo mismo decía tu capitán de armas, y mira

el fin que tuvo; mira lo que sacó con su testarudez.

—¿Y osas amenazarme?—interrogó el anciano, arrugando la frente y palideciendo.

Haraja se encogió de hombros y ordenó al gigantesco negro:

—Sube a cubierta dos caballetes, dos mesas y tres navajas de afeitar.

—Sí, señora.

—¿Te atreverías?—rugió el Bajá.

—¡Bah! ¿Y quién eres tú ahora, señor de Damasco? Un vencido..., un prisionero de guerra; nada más.

CAPITULO III

EL BAJÁ DE DAMASCO

FUERON los Sultanes los que hicieron espantosamente sanguinario al pueblo turco, inculcándole un odio feroz contra los cristianos, para cuya muerte no era suplicio alguno bastante cruel ni horrible.

No fué el primero de la dinastía de los Osmán, el famoso Bejazot, que sujetó a su yugo a casi todo el Islam, y que no cedió ante otro que ante el invencible Tamerlán, que acaudillaba las hordas tártaras y que no tuvo piedad del vencido Sultán; no fué su sucesor, Mahomet I, el más famoso, el más dulce de los soberanos, que perdonaba a los rebeldes y dejó con vida a su hermano cuando se le sublevó con la ayuda del príncipe de Valaquia, y que murió en Adrianópolis en 1421, llorado por sus súbditos y alabado hasta por sus enemigos; fué Mahomet II, el más grande de los Sultanes, quien inculcó en el corazón de sus súbditos el odio sin merced contra los cristianos y quien inventó espantosos suplicios hasta para su Visir.

En el reinado de este afortunado conquistador, el primero que plantó la media luna sobre la cúpula de Santa Sofía de Constantinopla, destruyendo para siempre el reino de Bizancio, la crueldad turca tomó horribles proporciones. Cruel e inflexible, no satisfecho con haber convertido el Mar Negro en un lago turco, conquistado la Crimea, la Trebisonda, y llevado sus armas siempre victoriosas hasta la vista de los Alpes, enseñó a sus jenizaros cómo debían tratar a los prisioneros de guerra, haciendo segar vivos a quinientos venecianos; hizo pasar a cuchillo a ochocientos epirotas rendidos, descuartizó a su Visir y a varios príncipes, e inauguró en el serrallo el saco de cuero, dentro del cual metía una de sus mujeres, por simple capricho, con un gato vivo, y bien cerrado el saco y con una gran bala para peso, era arrojado de noche al Bósforo.

Parecía haberse apoderado del pueblo turco una verdadera locura sanguinaria, locura que los otros Sultanes se guardaron muy mucho de curar ni atenuar siquiera, con el objeto de rodear su trono de una aureola de terror y hacer temblar a sus enemigos.

Y el III de los Mahomet mostróse en este punto extremado; su fama debióse tanto a su barbarie como a sus conquistas. Tenía diecinueve hermanos al ascender al trono, y temiendo que alguno de ellos pudiera más tarde suscitarle obstáculos o rebeliones, los hizo descuartizar a todos por los eunucos del serrallo.

Avido de gloria, osó medirse con el Austria, en-

tonces la mayor potencia de Europa, y en una terrible y empeñadísima batalla derrotó al archiduque Maximiliano, matándole 50.000 hombres. Los prisioneros no obtuvieron cuartel; el turco consideraba al cristiano indigno de vivir en este mundo. Envalentonado, lanzó sus huestes sobre el Danubio y el Asia, y envió sus galeras a devastar las costas italianas, haciendo por doquier horribles estragos.

Como si la matanza de sus diecinueve hermanos no bastase, hizo descuartizar a su propio hijo, Mahamud, su primogénito, príncipe de ánimo ardiente y esforzado que cierto día pidió al bárbaro de su padre que le enviase a la guerra en vez de tenerlo recluido en el serrallo con las 500 hermosas que constituían el harén. Mahomet III receló; figuróse que quería ir a la guerra para adiestrarse, hacerse un partido y destronarlo luego, y lo mandó matar, sin encomendarse al Profeta.

La crueldad otomana aumentaba sensiblemente.

No bastaban ya los cordones de seda de los eunucos, ni los caballetes, ni los sacos de cuero, ni las horcas, ni los arpones, ni las ejecuciones en masa, ni el dividir por mitad los cuerpos vivos de los prisioneros, ni el cortar a un hombre la nariz, las orejas y otros miembros del cuerpo; el crudelísimo Sultán inventó el desollamiento operado con navajas de afeitar afiladísimas, suplicio que se popularizó muy en breve y que, como hemos visto, se proponía emplear Haraja con el Bajá de Damasco.

Por otra parte, no eran sólo los Sultanes feroces y sanguinarios; rivalizaban con ellos las Sulta-

nas, que también hacían descuartizar y arrojar al Bósforo en el terrible saco y vivas a sus rivales, ensangrentándose por partida doble el serrallo. Y hasta las cristianas, raptadas en las costas de Italia y convertidas en favoritas, se mostraban no menos inhumanas. Entre ellas descolló la *Baffa*, notable veneciana robada por corsarios, vendida como esclava en Constantinopla y que llegó a ser una de las más poderosas y crudelísimas Sultanas que recuerda la historia de los Osmanlíes. Y es de advertir que se ensañó asimismo con los cristianos, como si Mahomet le hubiera vuelto el juicio y convertido en la más musulmana de las musulmanas.

No es, pues, de extrañar que Haraja, sobrina de un corsario argelino, que llegó a hacerse famoso, y que siempre había degollado a sus prisioneros, fueran capitanes o soldados, creyera muy natural aplicar tormentos atroces para conseguir lo que se proponía.

El Bajá creyó al principio que se trataba más de una intimidación que de un propósito firme; pero al ver llegar a Hamed con sus cuatro ayudantes y todos los instrumentos del suplicio estalló de cólera:

—¡Eres demasiado osada!—dijo.

—Mucho, pero estoy resuelta. Ya no te pido que me digas dónde está tu hijo, sino su mujer.

El Bajá se echó a reír.

—Pero ¿crees tú que los *guarros* en sus países viven separados de sus mujeres? Pues sabe que no se pueden casar sino con una, y diciéndote dónde

está la duquesa napolitana, mujer de mi hijo, te indicaría al propio tiempo el domicilio de Muley-el-Kadel. Por lo demás, no sé nada, y la sobrina del pirata Alí puede asesinarme, como ha asesinado a mi leal capitán de armas.

—¡Cuidado, Bajá!

—Cuando me hayas quitado la vida, todo habrá concluído para mí, y no por ello habrás averiguado nada.

—Son muy testarudos los otomanos del Asia Menor.

—Más esforzados y más leales que los de las islas y los del continente.

—¿Quieres volver a Damasco?

—¿Y qué he de hacer? Ya me he convencido que nada tengo que comunicar al Sultán Ibrahim.

—¿Qué has de hacer? ¡Hablar!—gritó Haraja, que parecía un tigre.

—Te puedo hablar de los bandidos sirios que...

—Cuéntaselo a tus favoritas.

—Lo saben ya, y sería aburrirlas repetir el relato.

—Así, pues, ¿no me dirás dónde está el Capitán Tormenta?

—¿Quieres hacerla asesinar? No te faltarían bravos de Trípoli, de Argel o de Marruecos prontos a venderte su puñal...

—Te engañas; soy bastante fuerte en la esgrima para medirme con la princesa italiana.

—En efecto; me han dicho que tu capitán de armas, que lleva fama de ser uno de los mejores aceros del imperio, te enseñó a manejar los hierros.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo he oído decir en Damasco.

—¡Ah! ¿Se habla de mí en Damasco?

—Chipre está muy cerca... y alguna vez se habla del castillo de Hussiff y de su castellana.

—¡Basta!—dijo impetuosamente la joven, poniéndose en pie, mientras el verdugo de la galera hacía preparar el tablado del suplicio y examinaba sus navajas.

—¿Qué quieres?—preguntó el Bajá.

—Media hora hace que te repito que quiero saber dónde se halla la princesa.

—Y otro tanto tiempo hace que te repito que no lo sé.

—¡Ah! ¿No lo sabes?

—No.

—¡Por Alá! Vamos a verlo.

A una seña suya, Hamed cayó sobre el Bajá, le despojó de la cubierta que lo envolvía, de los calzones y de la camisa, únicas prendas que llevaba; lo echó sobre la mesa, ayudado por sus secuaces, y lo amarró sólidamente por los brazos y las piernas, acomodándolo con el dorso en alto.

—Puedes jactarte de tener un verdugo que no guarda miramientos ni a un Bajá. Que lo libere el Profeta de caer un día en mis manos.

—Si me hubieras enviado otro tú..., pero en Chipre no hay cosa mejor.

—¿Qué irónica estás!

—¿Yo?...

—¿Empiezo, señora?—interrogó Hamed, que ha-

cía un momento que afilaba las navajas, pasándolas una contra otra.

Un rugido feroz cubrió su voz. Los tripulantes de la galeota, aunque ya desarmados, protestaban contra el cruel suplicio que se quería aplicar a su señor. Haraja les echó una mirada de desdén y ordenó a Metiub:

—Haz cargar cuatro culebrinas con metralla, y si se mueven esos imbéciles barre el puente.

—Bien—contestó el capitán, que se mostraba cada vez más seco.

Hamed comenzó sus funciones, levantando la piel del hombro del paciente con la navaja de afeitar. La sangre brotó y se extendió rápidamente. El Bajá no había lanzado ni un grito; Haraja apretaba rabiosa los puños; la frente de Metiub se arrugaba.

—¿Hablarás?

—No sé nada—repuso el anciano, apretando los dientes.

El verdugo había ya levantado un pedazo de piel, e interrogó con la mirada a la cruel joven.

—Continúa.

El carnicero cogió la segunda navaja y continuó desollando al padre del León de Damasco, con cuidado de no atacar los músculos. Por algunos instantes aun resistió el anciano con apariencias de impasibilidad, pero al fin el atroz dolor le hizo soltar un grito.

—¡Basta, perro! ¡Que el Profeta te maldiga a ti y a tu ama!

—Pues no te ha levantado más que algunos dos palmos escasos de piel—replicó Haraja irónica—.

Veo que resisten poco los gallos de Damasco. ¿Quieres que mi bravo Hamed continúe, o te decides a hablar?

El Bajá permanecía silencioso; la sangre corría en abundancia por su espalda. A una señal de su señora, el verdugo dejó caer la piel.

—Ya ves, Bajá, que no me asusto fácilmente ni me detengo a mitad. Si no me dices lo que deseo, te haré desollar por completo.

—¿Quieres saber dónde están mi hijo y su mujer?... Pues voy a decírtelo; están en Candía... Ve allí a cogerlos si te atreves. Cincuenta mil turcos cayeron en torno de la ciudad, ante los fosos que defienden los venecianos; y aun han de caer más de otros tantos. Si hace pocas semanas han podido por fin apoderarse de Canea, no tomarán tan fácilmente a Candía. Hace diez años que estamos haciendo minas y que tu tío bombardea día y noche la plaza, sin haber logrado izar sobre aquellas ruinas la bandera del imperio... ¿Quieres ir a buscarlos? Anda, anda y verás.

—¿En Candía? — exclamó Haraja —. ¿Y qué han ido a hacer en aquella ciudad?... Yo sé que la princesa se dejó sorprender en Famagosta por el sitio a causa de hallarse a la busca de un noble francés que era su novio...; pero ¡en Candía!

—Ya te dije que tiene posesiones en la isla.

—¿Me engañas, Bajá? ¿No es un infundio para sustraerte a la acción de las navajas de Hamed?

—No, porque sé que tú, con toda tu fanfarronería, y con el capitán de armas, y con el famoso Almirante ex pirata, no entrarás jamás en Candía.

—¿Lo juras por el Corán?

—¿Que están allí? Lo juro.

—Me basta; te creo buen musulmán.

Hamed, obedeciendo una orden muda de su señora, acomodó con cuidado la piel que había levantado y la cubrió con un pedazo de trapo humedecido con agua salada, y tras de sujetarle con una especie de vendaje y ponerle de nuevo la camisa de seda amarilla y los calzones, soltaron sus ligaduras y lo depositaron con cierto cuidado sobre las culebrinas que le servían de silla.

—¿Estás ya satisfecha?—preguntó a Haraja, quien seguía mirándole impasible.

—Sí.

—¿Y vas a buscarlos?

—Por supuesto.

—¿Dentro de Candía?

—O ante sus murallas.

—¿Con las galeras de tu famoso tío?

—No te importa cómo.

—Sin embargo, quisiera saberlo. ¿Asistiré yo al encuentro?

—Tú reposarás en los subterráneos de mi castillo. Tengo algunos tan frescos, que da gozo habitarlos.

—¿Y tú crees que no habrá quien vengue la ofensa hecha al Gobernador de Damasco?

—¿Y quién ha de vengarla? ¿El Sultán? Ibrahim tiene otras preocupaciones más hondas. Está sobrado afligido por haber hecho matar a su crudelísima Sultana.

—¿Cuál? ¿Roxelana? ¿La gran Sultana que hacía temblar al serrallo entero?

—También noble veneciana, y que superaba por su hermosura—¡qué cabellos tan largos, sedosos y rubios, y qué ojos más negros y expresivos!—y por su crueldad a la famosa *Baffa* y a todas las favoritas musulmanas.

—¿Muerta dices?

—Ya era tiempo que aquella cristiana, convertida en Sultana, se largase, no sé si al paraíso de los suyos o al de los nuestros. Pasábase el día contemplando el Bósforo, y cuando llegaba la noche se divertía en hacer descuartizar a sus rivales turcas. Por fin se atrevió con la hija del imbécil Sultán, y esto la perdió.

—¿Quién te ha contado eso?—preguntó curiosamente el anciano, olvidando por completo sus dolores.

—Te repito que lo sé. Y te aseguro que ya era tiempo, pues la bella rubia veneciana se había vuelto terrible. Tuvo valor, después de haber intentado envenenar al primogénito de Ibrahim con unas frutas emponzoñadas, de insultar a la hermana...

—¡Qué audacia!

—Pues en el pecado há llevado la penitencia.

—Cuenta, cuenta.

—¿Y tu... pellejo?

—No te preocupes de él. Las historias trágicas nos interesan mucho a nosotros los musulmanes.

—Pues oye: al saberlo el Sultán, furioso por el insulto hecho a su hija y a su hermana, la llamó y le

dijo: "¿Te has olvidado, cristiana, de la distancia que media entre mi hermana y tú?"

—¿Qué distancia?—preguntó con orgullo la *guarra*.

—La que media entre una esclava comprada en el bazar y una hija de sangre imperial.

La veneciana, picada, desafiando a su esposo ante los principales dignatarios del imperio, replicóle, injuriándole atrocemente. Y su belleza no la preservó de la muerte. La maza, a una señal del Sultán, cayó sobre sus áureos cabellos y hundió su cráneo.

—¿Y cayó muerta?

—Sin lanzar un ¡ay!... Pero basta de charla; hay que atender a tu curación. Hamed, coge al Bajá, llévalo a tu camarote y encárgate de curarlo. Tu presencia en Candía es inútil; si hicieran falta hallaría allá verdugos a docenas... Metiub, pon grillos a todos los damasquinos y que pasen a la galeota treinta hombres para llevarlos a Hussiff.

—¿No te acompaño, señora?

—Sí; me serás más que necesario en Candía. Haz cumplir mis órdenes. Que icen la bandera azul para que las galeras de mi tío se aoerquen y vuelve pronto.

El sol poniente parecía haber incendiado el Mediterráneo. Haraja hizo una visita de inspección a la galera, quizá para no volver a ver al Bajá, a quien ya se llevaba en brazos Hamed. Contempló un momento el sol poniente, respiró a plenos pulmones la brisa salada y volvió a su sitio entre los dos palos de la nave, dando orden de que arrojaran

al mar el cadáver destrozado del capitán de armas damasquino.

Sirviéronle el café en una vasija de oro labrado a martillo y un narguile cargado de rubio tabaco de Morea y con agua de rosa. Entonces permitíase fumar también a las mujeres. Haraja sorbió el café, se hizo encender la pipa y se puso a fumar tranquilamente, como si se hallase en muelle diván en una de las confortables estancias de su castillo, mientras el cuerpo del martirizado capitán caía al agua con siniestro golpe.

Cumplidas sus órdenes, con rumbo la galeota a Hussiff, y la galera, escoltada por las otras cincuenta, a Candía, Metiub sentóse en una culebrina cerca de su señora y la preguntó:

—¿Confías en vengarte del León de Damasco y de la duquesa italiana? No será muy fácil ni muy agradable entrar en esa ciudad ante la cual los nuestros están muriendo a millares hace varios años.

—¿Y qué necesidad tenemos de entrar?

—¿Esperas hacerlos salir a ellos?

—Naturalmente.

—¿Y cómo?

—¿Has olvidado que hice robar al hijo del León de Damasco? Cuando lleguemos a Candía lo hallaremos en poder del Bajá.

—Comienzo a comprender.

—Verás cómo todo se consigue.

—¡Hum!

—Haz preparar la cena.

—Está dispuesta.

—Que la pongan en el puente; quiero gozar de esta puesta del sol.

—Parece sangre...

—La que corre en Candía quizá.

Soltó la boquilla del narguile, estiró los brazos y saltó ligera como un pájaro sobre las culebrinas. Estaban ya preparando la mesa. La galera, escoltada por las cincuenta, e impulsada por la ligera brisa de siroco, adelantaba majestuosamente hacia Candía.

CAPITULO IV

EL RUGIDO DEL LEÓN DE SAN MARCOS

VENEZIA, que tenía tantos dominios en Levante, después de hacer temblar tanto con su flota al poderío musulmán, manteniéndose siempre en primera fila para la defensa de la cristiandad, comenzaba a extenuarse y agotar sus fuerzas tras luchas tan encarnizadas.

Los rugidos del León de San Marcos no asustaban ya a los conquistadores musulmanes, que habían soñado con la conquista de Europa y la destrucción completa de las naciones cristianas.

El año 1600 fué particularmente terrible para los esforzados venecianos, que defendían con encarnizamiento feroz, no sólo sus posesiones, sino también la Cruz, auxiliados únicamente por los caballeros de Malta, siempre en armas sobre sus galeras contra el odiado musulmán y olvidada de los demás Estados europeos, aun cuando todos ellos tenían que temer de los secuaces de la Media Luna.

Mohamet II, gigante de la historia, sobrado conocido para tener que recordar su obra, al con-

quistar Constantinopla enarbolando en esa ciudad la Media Luna, fué el primero que preparó la ruina de Venecia. Destruído el imperio de Trebisonda, anonadado el poder de los Comenos, enseñoreado en Crimea, volvió sus miradas rapaces hacia las colonias venecianas y se apoderó de Morea y de Negroponto, pasando a cuchillo a sus defensores.

Envalentonado por sus conquistas, y creyendo a Venecia incapaz de medirse con él, so pretexto de que la posesión de Constantinopla importaba el derecho de soberanía sobre todas las posiciones bizantinas, reclama audazmente los dominios de las Apulias, y en 1480 entra a saco en Otranto, cometiendo indecibles horrores.

Otro Mahomet, el IV, recoge la herencia del III, declarando la guerra a Venecia y a toda la cristianidad, y aunque su imperio no estaba tan floreciente y poderoso como antes, lanza su flota al Mediterráneo y después al Adriático, intentando la conquista de Dalmacia, en donde tenían ricas y prósperas colonias los venecianos.

El León de San Marcos, aunque también extenuado por las guerras pasadas, lanzó su potente rugido, y las galeras venecianas, comandadas por el Almirante Mocenigo, en 1656, no sólo rechazan al enemigo del Adriático, sino que, animados por su buena suerte, fuerzan audazmente el paso de los Dardanelos, ocupan Tenedo, Samotracia y Lemuro, y se presentan a la vista de Constantinopla, amenazando bloquearla.

Las armas de Mahomet, mientras reconstruye su flota, se circunscriben a las conquistas terrestres;

se apoderan de Transilvania, derrotan en Grosvaradina a tudescos y húngaros y penetran victoriosas hasta el corazón de Rusia, mientras sus eternos enemigos, los venecianos, le destruyen en Milo la mayoría de su flota.

Con sus invencibles jenízaros intima la guerra al Austria; pero un general italiano, el conde Montecúculi, comandante de las fuerzas tudescas, lo derrota cerca de San Gotardo, en Hungría.

Mahomet, firmada la paz de Vasvar, vuelve a pensar en los venecianos, y reconstruída su flota y aguerrido su ejército, envía contra Chipre cien mil hombres y trescientas galeras a las órdenes de Alí Bajá.

Los venecianos resisten tenazmente en Nicosia, pero sobre todo en Famagosta, donde combaten durante once meses con un valor que asombra al mundo cristiano.

A pesar de las tentativas de Sebastián Veniero, el grande y anciano Almirante veneciano, para llevar tropas, pólvora, armas y víveres a la desgraciada ciudad, reducida ya a un cementerio, Famagosta se rinde a Mustafá con la promesa de que serían respetadas vidas, honras y riquezas. Pero el turco, exasperado por los treinta mil hombres que había perdido en el asedio, falta a su palabra y pasa a cuchillo a los rendidos, martirizando a los principales jefes.

Alentada por este triunfo, dirige Turquía sus ojos hacia Candía, última colonia veneciana. Era entonces Sultán Ibrahim, uno de los más pródigos que ocuparon el trono de los Califas, y tan ávido de her-

mosas esclavas para poblar su serrallo, que llegaron a resultarle una con otra a dos mil piastras de coste; cifra enorme que horroriza a los cronistas musulmanes.

La conquista de Candía tuvo por causa una mujer, pues aquel Sultán imbécil no había soñado quizá en medir sus fuerzas con los venecianos, que tanto habían dado que hacer a Mohamet II.

Un funcionario de palacio adquirió una bellísima esclava y se la regaló; estaba a punto de ser madre, y al mismo tiempo que ella dió a luz una favorita del Sultán al príncipe Mohamet, de cuya lactancia se encargó a la sierva.

No se sabe por qué extravagancia el Sultán se encariñó mucho más con el hijo de la esclava (y de un príncipe georgiano, según parece) que con el suyo propio; y esta injusta predilección y el favor que gozaba la hermosa nodriza de Mohamet y el palatino que se la regaló a Ibrahim no debían de tardar en provocar grandes desórdenes.

Con efecto; un día que se paseaba por los jardines del serrallo con la nodriza y el hijo de ésta presentóse furiosa la favorita, llevando en brazos al principillo Mahomet, que puso en manos de su padre diciendo:

—Este es tu hijo, el que tiene derecho a tu amor y a tus caricias, y no el hijo de esa perra...

Ibrahim cogió al chiquillo por un pie, y acercándose a una cisterna le arrojó de cabeza. Gracias a la presteza de eunucos y guardas pudieron sacarlo con vida; pero tras de aquella escena la esclava comprendió que el día menos pensado sería arrojada

al Bósforo y pidió permiso al Sultán para ir en peregrinación a la Meca, acompañada del alto funcionario que la regaló y que tampoco se creía seguro.

Aunque a regañadientes, pues se había aficionado de un modo extraño al hijo de su esclava, dió Ibrahim el permiso, ordenándoles el pronto regreso y dándoles dos naves para escolta.

Los caballeros de Malta, enemigos implacables del imperio otomano, los sorprendieron y se apoderaron de ellos en alta mar. Creyendo al principio que era hijo del Sultán y heredero del trono, trataron a la madre y al hijo con todo género de consideraciones; pero, reconocido su error, lo hicieron educar en la fe cristiana, destinándolo al estado eclesiástico. Andando el tiempo había de ser el que la historia conoce con el nombre de Padre Otomano y que mucho tiempo se ha creído de buena fe hijo de Ibrahim.

Este, al saber que había sido capturada su esclava y aquel niño a quien tanto se aficionara y trasladados a Candía, se indignó primero y resolvió después castigar duramente a los venecianos por haber acogido en su puerto a los malteses.

Una formidable escuadra, formada por cuatrocientas velas y con cien mil combatientes, salió de Constantinopla el 30 de abril de 1645, y tras feliz travesía ancló ante Canea, que era una de las mayores ciudades de la isla.

Asombrados, los venecianos preparáronse a toda prisa a la defensa y comenzó aquella horrible campaña que había de durar un cuarto de siglo y que

costó millares y millares de vidas a venecianos, candiotas y, sobre todo, a los turcos.

La guarnición de Canea, poco numerosa, cedió al gran ímpetu de las fuerzas otomanas, y su catedral y sus dos iglesias otomanas fueron transformadas en mezquitas. A fines de julio envió Venecia los primeros socorros, que llegaron demasiado tarde.

Jussuf Bajá, jefe de las fuerzas musulmanas, luchó un año más con varia fortuna, y desesperado de tomar a Candía, ya bien fortificada por los venecianos, regresó a Constantinopla en busca de refuerzos.

El Sultán, indignado, le ordenó volver a pelear con las fuerzas que le restaban, y como el almirante rehusaba lo hizo descuartizar.

Mientras tanto, una escuadra veneciana ocupó a Patrasso, tomando prisioneros a cincuenta mil turcos y condenándolos al remo para vengar así a los quinientos compatriotas segados vivos por Mahomet II. Furioso Ibrahim, dió orden de degollar a todos los cristianos residentes en su imperio, lo que hubiera costado la vida, sólo en Constantinopla, a doscientas mil personas, entre griegos y armenios. Afortunadamente, sus ministros, temerosos de una guerra con toda la cristiandad, se opusieron a la horrible matanza.

Alí Bajá, jefe absoluto de las fuerzas desde la muerte de Jussuf, tomó por asalto Retimo y otras plazas de poca importancia y se detuvo en Candía, capital de la isla, que defendían treinta mil venecianos y diez mil cretenses, decididos a sepultarse en sus ruinas más bien que rendirse para sufrir

la misma horrible suerte que sus hermanos de Famagosta.

Venecia, extenuada, sobre todo económicamente, para auxiliar a su última colonia y armar nuevas galeras, sacrificó la famosa cadena de oro de cequíes que se conservaba en el tesoro de la República y que constituía el orgullo de los venecianos y la envidia de los otros Estados; cadena tan larga y tan pesada que concurrían para poder llevarla cuarenta robustos ganapanes; servía tanto para sacar de apuros a la nación en el caso improbable de extremo ahogo como para ostentación en las grandes solemnidades.

En tales ocasiones la preciosa cadena se colocaba en festones colgada a lo largo del pórtico del palacio del Dux, del cual adornaba dos lados por completo; el que daba frente a la Rivera de los Esclavones y el de la plazoleta.

Candía la fundió y la devoró toda con gran sentimiento del pueblo veneciano.

La guerra continuaba cada vez más encarnizada.

Los turcos, terminadas las obras preparatorias, abrieron a primeros de 1648 las primeras trincheras, mientras sus naves combatían, con varia fortuna, en toda la costa de la isla para entretener a la flota veneciana, mandada por Sebastián Veniero, ya de setenta y dos años de edad, y contestar a los continuos ataques de los caballeros de Malta.

Una sedición de jenízaros obligó al comandante turco a suspender el asedio, el cual se reanudó pocos meses después con mayor encarnizamiento y

nuevo vigor, merced a la construcción de los nuevos fuertes.

Mientras tanto, el indolente Sultán Ibrahim cayó asesinado por una conjura palaciega y le sucedió Mahomet IV, aún niño. Creyóse por un momento que iba a cesar la guerra; pero la madre del nuevo Sultán, al saber que en una batalla naval fueron muertos por los venecianos (que habían perdido a su vez mil de los suyos) ochocientos turcos, envió a Alf nuevas galeras y más tropas.

La fortuna fué favorable a los turcos por mar; pero no por tierra, en donde perdieron miles y miles de hombres para conquistar escasos pueblos del interior de la isla.

Candía, aunque estrechada en un círculo de hierro que ya no permitía a las galeras venecianas abastecerla de armas, municiones y víveres, seguía resistiendo con indómito valor. La población había fallecido casi toda de hambre; y de los defensores sólo quedaban unos cuantos millares, extenuados por el continuo batallar, debilitados por enfermedades y escasez de alimento.

.....
 Dos días después, la galera de Haraja, siempre escoltada de las otras cincuenta, llegaba al crepúsculo vespertino a Candía, puerto atestado de naves musulmanas.

Era el primer año de asedio entonces y se luchaba por ambas partes con vigor terrible, cayendo a miles ante los fosos los musulmanes, como hemos oído decirlo al Bajá de Damasco.

En el instante en que Haraja llegaba al puerto,

una espesísima nube de humo cubría por completo a Candía, haciéndola invisible.

Tronaban las culebrinas turcas y venecianas y estallaban las minas turcas para abrir, después de doce meses de sitio, la primera trinchera, ante la cual habían caído ya veinte mil otomanos.

Metiub, muy práctico y conocedor de aquel puerto, condujo la galera de su señora a través de todas las otras que bombardeaban la plaza para auxiliar a los jenízaros, hasta abordar la del Almirante; una vez allí, dijo a Haraja con levísima ironía:

—Estás en tu casa.

El Bajá, sabedor ya de la llegada de su sobrina, había hecho retardar la cena y se apresuró a salir al encuentro de la terrible castellana. Esta y su capitán de armas subieron con ligereza de gaviosos por la escala de cuerda.

Allí Bajá tenía cincuenta años; pequeño, aunque robusto y vigoroso, de tez tostada y barba rala, era de origen argelino y hábil naviero, así como valiente caudillo.

Al ver subir a Haraja le ofreció galantemente la mano y le dijo:

—Tengo en mi poder al hijo del León.

—¿No lo has desollado?—preguntó risueña la sobrina.

—¿Quién ha podido suponer semejante cosa?

—Mi capitán de armas.

—En tu lugar, le habría yo arrojado al mar.

—Es demasiado precioso—contestó la joven, después de haberse asegurado de que Metiub se había

ido con la tripulación y no podía oírla—. ¿Dónde está el chiquillo?

—En una de mis cámaras. ¿Y el Bajá de Damasco?

—En los subterráneos de Hussiff.

—Eres terrible, sobrina.

—Digna pariente de Alí Bajá.

Una sonrisa de satisfacción alegró las curtidas facciones del Gran Almirante otomano.

—La verdad es que das bastante que hablar.

—¡Bah!

—¿Quieres ver al chico?

—En seguida. ¿Cuándo te lo han entregado los hombres que mandé a Venecia a robarlo?

—Hace dos días.

—¿Cómo lograron entrar en Venecia?

—Fingiéndose epirotas.

—¿Y no tuvieron ningún contratiempo?

—No; pudieron sin gran dificultad sacarlo del palacio que tú les indicaste.

—¿Sin matar a nadie?

—¡Oh! Sólo a la nodriza, o, por mejor decir, a la niñera del crío, pues ya está destetado.

—Vamos a verlo.

—¡Qué fuego! ¡Qué prisa!

—No tengo yo tanta sangre fría como un Almirante.

—Tienes razón. Vamos.

Atravesaron una parte de la popa, pasando junto a Metiub, que estaba cenando queso y pan, y abriendo la puerta de un camarote dijo el Bajá:

—Aquí es; debe de estar durmiendo. No lo despiertes.

Era una estancia minúscula, iluminada por una lámpara de aceite, cubierta de vidrio opaco de Venecia para atenuar la luz, y sobre una pequeña litera Haraja pudo ver al hijo de su odiado enemigo tapado con una ligera cubierta de seda amarilla. La joven se aproximó rápidamente, con tan impetuoso movimiento, que por un instante el Bajá temió alguna violencia por parte de su cruel sobrina.

—Te prevengo—le dijo—que velo yo por la vida de este prisionerito.

Haraja destapó la cabeza del chiquillo, que representaba apenas tres años, de facciones hermosas, a las que servían de marco unas guedejas oscuras y sedosas. Su cuerpo, bien desarrollado, hallábase cubierto con una camisita de seda blanca, adornada con blondas magníficas.

—Muy bonito y muy desarrollado el chiquillo, ¿verdad?—dijo el Bajá—. Como hijo de un héroe musulmán y de una heroína cristiana. ¡Lástima que no se casase contigo!

—Calla, tío—repuso la joven mirando con odio al muchacho.

—No podrás decir que no es hermoso. La sangre musulmana mezclada a la cristiana suele dar frutos óptimos. Nosotros, y ellos también, somos de raza guerrera y... ¿Pero acabaste de mirarlo ya?

Haraja dejó caer la cubierta, que sostenía alzada, con movimiento brusco, como si tratase de aquella manera de despertar al niño. Luego, cruzándose de brazos, miró a su tío y exclamó:

—Cualquiera diría que tú no odias al que llamas tu prisionerito.

—Y diría bien, porque no le odio en lo más mínimo—contestó el Almirante—. ¿Acaso no corre por sus venas sangre otomana?

—Sí, pero mezclada con sangre nazarena.

—Es verdad; pero confiesa que la sangre que tiene su madre es mejor aún que la que corre por las venas de las quinientas mujeres del serrallo, mujeres que, fuera del placer, sólo son aptas para asesinarse entre sí o para meditar conjuras y matar Sultanes.

—¡Ah, tío! ¿Por ventura esa guerrera cristiana que se hacía llamar el Capitán Tormenta te habrá sorbido el seso? ¿Vendremos en que estás enamorado?

—Nada de eso, Haraja. La he admirado simplemente cuando, no obstante ser mujer, se batía como una heroína y vencía, cara a cara, a su futuro marido. Y ya sabes que Muley tenía merecida fama de ser la primera cimitarra del ejército musulmán que sitiaba a Famagosta. Pero vamos a cenar, y con el estómago bien lastrado discurriremos mejor.

CAPITULO V

EL GRAN ALMIRANTE OTOMANO

EN el alto y amplísimo castillo de la almiranta, bajo una tienda de seda roja, iluminada por numerosos farolillos venecianos de vidrio de variados colores, habían preparado la mesa para la cena de Alf. Aunque acostumbraba a invitar a sus oficiales, aquella noche no lo hizo, a fin de que, a solas con él, su sobrina pudiese comer y hablar libremente.

El Bajá, como todos los musulmanes, era gastrónomo, y aunque no abundaban los víveres entre los asaltantes, que mantenían siempre su número de cien mil, pidiendo continuamente refuerzos a Constantinopla, el cocinero de la galera había hecho verdaderos milagros en honor de la sobrina del poderosísimo señor.

Sirvió, pues, en primer lugar, *pilaf*, o sea el clásico arroz turco, mejor dicho, persa; cabezas de carnero asadas, con judías tiernas en salsa de ajo; *jaurt*, es decir, leche cuajada; *missir*, que son mazorcas de maíz, asadas, que se comen con sal; *simit*, o sea

tortas dulces escaldadas; dátiles, higos secos, pilongas y pasas de Chipre y de Morea. No faltaban tampoco jarritos de vidrio llenos de confites horriblemente amarillos y violetas y copas llenas de *loucum* verde, rojo-azul, espléndida crema que sólo sirve para encolar terriblemente las tripas, pero que los mahometanos aprecian mucho.

Los vinos no figuraban; pero todo el mundo sabía que el Bajá, aunque musulmán convencido, bebía más Chipre que agua; en cambio, veíanse grandes jarras de cristal de Venecia llenas de agua dulce perfumada con naranjos y cedros del Líbano. Cuatro jenizaros fidelísimos velaban, dos en cada puerta, entre las dos escaleras que daban acceso al castillo, con sus arcabuces preparados.

Pusiéronse a la mesa y cenaron en silencio, escuchando el estampido de las culebrinas, que no dejaban de bombardear a Candá. La castellana apenas probó bocado, pero el Bajá comió con excelente apetito y se echó al colete una jarra entera de agua dulce.

Al terminar, en vez de narguile tomó un chibucuí de recipiente de barro cocido, lo llenó de tabaco, lo encendió y, arrellanándose en la silla y después de escuchar satisfecho por un momento el incesante tronar de la artillería, miró fijamente a su sobrina.

—¿Y qué piensas hacer—le preguntó—del Bajá de Damasco y de su nietecillo?

—Iba a preguntártelo a ti.

—¿A mí? Si me preguntases cómo había de manejar para derrotar a una escuadra superior a

la mía, sería otra cosa; pero del niño y del viejo, y sobre todo de tus proyectos particulares, no sé una palabra, sobrina.

—¿Cómo harías tú, tío, para entrar en Candía y ponerte frente a frente del León de Damasco y de su mujer?

—¿Entrar en esa ciudad, que parece defendida por bastiones de acero y por hombres de hierro? ¿Quién se atrevería a intentar tamaña empresa, mi querida sobrina?

—Es que allí está esa maldita duquesa cristiana, el Capitán Tormenta.

El Bajá fumó en silencio; después de haber lanzado cuatro o cinco bocanadas del humo de su chibú:

—¿Recuerdas—preguntó—cómo conquistó el amor de su cristiana el León de Damasco?

—Sí; desafiándola ante las murallas de Famagosta; pero no sabía que era una mujer.

—No importa. Tú sabes ahora que esa mujer está en Candía, ¿no es eso? Pues bien: manda un heraldo ante la muralla con orden de que, en nombre de una dama turca, desafie a una cristiana de la plaza. Sé que eres fuerte en el manejo de los hierros.

—Bastante, tío. Pero ¿aceptará? Y además quisiera que no saliera sola.

—¿Querías que saliera con el León de Damasco?

—Sí.

—¿Y a quién vas a ponerle delante?

—A mi capitán de armas.

—¿Es realmente fuerte? He oído ponderar su

habilidad tanto en el manejo de la cimitarra como en el de las espadas cristianas.

—Es fortísimo.

—Sin embargo, me han contado que un día, hace años ya, en presencia tuya y en tu mismo castillo, le dió una soberbia estocada el Capitán Tormenta.

—Verdad es.

—¡Hum! Pues si el maestro recibe una, ¿cuántas no recibirá la discípula?

—Creo que ninguna, porque la discípula ha superado al maestro. Le doy bastantes botonazos sin gran esfuerzo.

—¡Hum! Jactancia.

—No, tío.

—Entonces podemos decir que si los cristianos tienen una espadachina soberbia, que no teme medir sus armas con ninguno de sus enemigos, también nosotros los musulmanes tenemos nuestra heroína, que eres tú, la sobrina del Gran Almirante Alí.

Miró en torno suyo, luego sacó de un cesto escondido bajo la mesa una botella de vino de Chipre, que decapitó limpiamente con un tajo del yatagán que llevaba al cinto, arma que le regaló Ibrahim y que había pertenecido a Mahomet II, y se llenó un vaso del aromoso líquido.

—Si el Profeta lo hubiera probado no hubiese prohibido a los creyentes beber vino. Esto vale más que todas las aguas azucaradas, y, sobre todo, si se toma antes de entrar en batalla ¡infunde unos bríos!... ¿No quieres?

—Soy mujer y creyente.

—De todos modos, no creas que te sentaría mal un vasito antes de entrar en combaté con la cristiana. Con un vaso de esto, seguramente la vencerás... En fin, brindo por la gloria de nuestra bandera.

Vació de un trago el vaso, reencendió su chibú y prosiguió diciendo:

—¿De modo, sobrina, que quieres provocar a la cristiana?

—¿Provocarla? ¡Matarla es lo que quiero!...

El Bajá se echó a reír, quizá bienhumorado por aquel excelente vino, que decidió a Mahomet II a conquistar los viñedos, suprimiendo las tres cuartas partes de los vinicultores.

—Lo que quieres tú, sobrina, es matar un secreto, ¿verdad?

—¿Cuál?—preguntó ella, ruborizándose.

—Hay quien afirma que te enamoraste de ella, creyéndola un joven y valeroso guerrero.

—¿Y qué si así fuese?... Se me presentó vestida de capitán albanés.

—Debía de ser muy hermosa la duquesa...

Haraja no respondió. Tras leve pausa preguntó Allí:

—¿La quieres matar decididamente?

—Sí.

—¿Y si, por el contrario, esa endiablada mujer te mata a ti? Sentiría muchísimo que mi única sobrina cayese al filo de la espada de una cristiana.

—Me siento con la suficiente fuerza para vencerla—replicó la joven con feroz energía—. ¡Y la odio mortalmente!...

—¿Después de cuatro años?

—Por fuerza tuve que aguardar la ocasión. ¿Iba a ir en busca suya a Italia?

—No..., ¡claro!... Lo que me asombra es que esa mujer, ya que pudo escaparse milagrosamente de Famagosta, haya vuelto a nuestras aguas y a meterse de nuevo en una ratonera: en otra ciudad sitiada por los nuestros. Es ir a buscar la muerte, y se la hace buscar también a Muley.

—El Bajá me ha dicho que tenían en Candía posesiones. Quizá estaban gestionando venderlas cuando les sorprendió el sitio.

—Es probable—repuso el Almirante, llenándose otra vez el vaso y bebiéndolo rápidamente para no ser visto—. Es indudablemente el Profeta el que la ha puesto a tu paso.

—Así lo creo, y me aprovecho de la ocasión.

—Algo tardía.

—¿Crees tú, tío, que no envié sicarios a Venecia y a Nápoles para asesinar a la cristiana que usurpó mi puesto al lado de Muley-el-Kadel, con objeto de hacer llorar de dolor al León de Damasco?

—¿Y qué es lo que han hecho esos poltrones?

—Unos fueron muertos; otros tuvieron miedo y huyeron no sé si a Trípoli o a Argel.

—¡Vaya, y qué gente más brava enviabas tú!

—El León de Damasco y el Capitán Tormenta cortaban las alas pronto a los aguiluchos que yo enviaba, acaso demasiado bien pagados.

—Eso lo creo; en el castillo de Hussiñ no debe escasear el oro.

—Gracias a ti, querido tío.

Alf se encogió de hombros; luego, entre una chupada y otra de su chibuf, dijo:

—Y si quieres más, pide. Yo no tengo otra heredera que tú.

—No necesito.

—De modo que quieres lanzar el reto mañana, ¿eh?

—Sí, tío.

—Ten cuidado, no hagas una locura.

—No; me siento capaz de matar a la cristiana al primer asalto.

Por segunda vez el Almirante movió la cabeza.

—Ya que lo quieres, haré suspender mañana el bombardeo y enviaré un heraldo para que desafíe a la más valerosa cristiana y al guerrero más esforzado, sea veneciano o turco renegado. Así comprenderá el Capitán Tormenta y el León que el reto es a ellos.

—Y no saldrán de Candía. Algunas veces el vino de Chipre es mal consejero, tío.

—¡Por Alá! Quizá tienes razón—dijo él, riéndose.

—Y Jussuf (1), ¿no se opondrá a que cese el bombardeo?

—Jussuf hará lo que yo quiera. ¡Pues no faltaba más!...

Bebió el tercer vaso de vino, acabó de fumar, y dejando el chibuf, añadió:

(1) Téngase presente que es el primer año del asedio, y que, por consiguiente, el desgraciado Jussuf Bajá no había sido aún asesinado por orden del Sultán.—(N. del A.)

—Sobrina, tu camarote está dispuesto y puedes ir a dormir.

—¿Y tú?

—Un Almirante no puede disponer de sus horas. Tiene que velar por la flota, que vale más, mucho más que los cien mil soldaditos que el Sultán ha mandado a las órdenes de Jussuf. Ve, sobrina.

La llevó del brazo, galantemente, hasta la escalera, llamó a un negro y le dijo:

—Este eunuco está a tu servicio; él te guiará.

El bombardeo continuaba atronando el espacio. Desde tierra y desde el puerto llovían las balas contra la ciudad, que contestaba valerosamente con sus culebrinas, rasgando con sus relámpagos las tinieblas de la noche.

Haraja obedeció y trató de entrar en el camarote donde estaba el hijo del León; pero dos negros gigantescos, con las cimitarras desenvainadas, hallábanse de guardia ante la puerta con orden de no dejar entrar a nadie. La castellana masticó algo con sus agudos y blancos dientecillos y siguió hasta su aposento, que indudablemente era la cámara mejor de la galera.

Alí quedó bajo la tienda, contempló los relámpagos de la artillería y movió la cabeza cual si estuviese de mal humor. Bostezó cuatro o cinco veces, y dijo:

—¡Matar al Capitán Tormenta!... Decididamente, mi sobrina debe estar cansada de las comodidades del castillo... En fin, puesto que lo quiere, sea así... No estaría mal que una musulmana ven-

eiese a la famosa cristiana... ¡Qué triunfo para nosotros si mi endiablada sobrina saliera victoriosa!... Dicen que es muy diestra...

En aquel instante sus ojos se fijaron en Metiub, que se paseaba por el puente fumando un cigarrillo.

—¿Eres tú el capitán de armas del castillo de Hussiff?

—Sí, Bajá.

El Almirante lo miró fijamente, examinándolo a la luz de uno de aquellos grandes faroles que solían llevar las galeras, y que a veces eran verdaderas obras maestras.

—¡Bravo mozo! — pensó —. Piernas sólidas, aún ágil, brazos robustos, pecho de búfalo... ¿Podrá medirse con el León de Damasco?... ¡Hum, hum!... Paréceme que Haraja está loca.

Giró en torno del capitán, que estaba rígido ante el Gran Almirante, y preguntóle:

—¿Eres tú el que ha enseñado esgrima a Haraja?

—Sí, Bajá.

—Dicen que es diestra.

—Muy diestra.

—Pero ¿lo suficiente para pelear con el Capitán Tormenta, esa dama cristiana que tú conoces bien, puesto que te hirió?

Metiub palideció como un cadáver a aquel recuerdo, tan humillante para él, y contestó:

—Así lo creo, porque le he enseñado la estocada secreta que me dió la cristiana, y que ningún turco hubiera podido parar, seguramente. Esos cristianos son más fuertes que nosotros en esgrima. Tienen un juego que no se puede comprender al pronto.

Alí arrugó la frente.

—Lo que dices es muy grave. No quisiera que le ocurriese una desgracia a mi sobrina.

—Tu sobrina, Bajá, tiene gran serenidad, excelente vista y músculos de acero.

—¿Y tú serías capaz de batirle si se presenta la ocasión con el León de Damasco? Recuerda que durante el sitio de Famagosta era la más temible cimitarra del ejército musulmán.

—Lo sé, pero me siento con bríos para desafiario y pelear con él aun con armas cristianas.

—Si logras salvar a mi sobrina, cuenta con quinientos ceques de oro.

—Una fortuna.

—Mi sobrina no tiene precio.

—¿Y cuándo será el lance?

—¡Quién sabe! ¿Aceptarán? ¿Rechazarán?... Pero tenemos el crío para obligarlos a salir de Candía, y además estaremos todos alerta para salvar la situación en el momento culminante, si las cosas vinieran mal dadas.

—¿No te fías de nuestro esfuerzo?

—¡Hum! Vais a tener enfrente dos aceros muy famosos y que harían vacilar hasta a mis mejores oficiales. Vete a dormir. Ya veremos.

Pasó a proa, hizo echar al mar una chalupa tripulada por seis marineros y desapareció por entre las galeras que atestaban el puerto.

¿Adónde iba? Seguramente a verse con el Bajá comandante de la tropa en tierra para suspender el bombardeo durante el siguiente día, con objeto de que el heraldo pudiera acercarse a la ciudad sitiada y lanzar el reto.

Toda la noche, las culebrinas turcas y venecianas combatieron sin descanso, enviándose pelotas de piedra y de plomo; pero cuando asomó el alba todo aquel estrépito cesó.

Un soldado turco, montado en un magnífico caballo árabe, dejó el campo musulmán, empuñando una lanza con bandera blanca. Como solía suceder que se demandaban treguas para tener tiempo de enterrar los cadáveres, el fuego cesó inmediatamente por ambas partes.

Atravesó a carrera desenfrenada el campo de los sitiadores, ancho de más de dos millas, y al llegar al límite se detuvo y agitó por tres veces la bandera blanca, aguardando contestación de la plaza antes de avanzar. No tardó en flamear otra bandera blanca en el extremo de uno de los bastiones más salientes de Candía. Y a esta señal, el turco adelantó hasta el pie de la primera trinchera, a la cual habían acudido numerosos venecianos y candiotas, ávidos de saber qué mensaje les enviaba el Bajá.

—Si hay entre vosotros—gritó el heraldo—alguna veneciana que sepa manejar armas como un guerrero, decidle que una mujer musulmana de alto linaje la desafía a singular combate. Y si hay entre vosotros algún hombre que sepa esgrimir la cimitarra, decidle que un capitán turco le desafía. Aguardo la respuesta.

Vióse gran agitación entre los sitiados en las trincheras, bastiones y torres; pero en vano aguardó el heraldo. Y, sin embargo, eran frecuentes esos encuentros singulares entre turcos y cristianos, hasta como recurso para romper la monotonía del sitio.

Verdad es que la proposición del combate entre dos mujeres había de parecer algo extraña a los sitiados, aun sabiendo que se hallaba entre ellos la duquesa de Eboli, famosa con el nombre de Capitán Tormenta en el asedio de Famagosta.

Por tres veces el turco renovó el reto, y siempre protegido por la bandera blanca, volvió al campo. Cinco minutos después continuaba el bombardeo.

El Gran Bajá estaba en su galera al lado de su sobrina, ya cubierta con una magnífica armadura de acero, tan admirablemente hecha que le dejaba libre todos sus movimientos. Metiub hallábase también armado.

Al oír las culebrinas comprendió, sin necesidad de que llegase el heraldo, que no había sido aceptado el desafío. Haraja se estremeció de ira y sus ojos lanzaron rayos.

—No tenéis suerte—le dijo el Almirante.

—¿Se habrá vuelto cobarde la cristiana, o se le habrá debilitado el brazo?—exclamó la joven, apretando los dientes.

—La haremos matar.

—¡Ah, sí! Cuando vea a su hijo no persistirá en quedarse encerrada en Candía.

—Ni menos el León.

—Y daremos el golpe.

—Despacio, sobrina; no te impacientes y déjate guiar por mí, que tengo más experiencia y...

—Pero ¿no ves que estoy en ascuas, tío?

—Pues todavía no ha pasado el fuego a la armadura.

—¡Que no se decida!

—Se decidirá en cuanto vea al chiquillo.

—¿A quién? ¿Al chiquillo? ¡Jamás!

Haraja le interrogó con la vista. El Bajá añadió:

—Le pondré el brazos de un jinete árabe, que montará un caballo árabe, el mejor que haya en nuestro campo. Si pierdes huirá a rienda suelta. Tú sabes cómo andan esos hijos del desierto cuando van sobre sus corceles... Y además no voy a dejarte matar ni por la cristiana ni por su marido.

—Explícate.

—Haré excavar esta noche una fosa bastante amplia para esconder a diez caballeros, los cuales, en el momento oportuno, cubrirán tu retirada y la de tu capitán.

—Eso es una traición.

—Todo es bueno en tiempo de guerra. Que vengan los venecianos a protestar a nuestro campamento si se atreven. Por supuesto, que dejaré que os batáis libremente hasta tanto que no caigáis del caballo uno u otro.

—Así que... ¿mañana?

—Mañana espero que podrás cruzar tus armas con las de tu enemiga. Ahora déjame ocuparme de este sitio de Candía, que me parece que no va a poderse terminar tan pronto como suponía el Sultán.

—¿Puedo ir a ver al niño?

—Pregúntaselo a los negros centinelas. Nos veremos a la comida.

La castellana de Hussiff aguardó a que se embarcase en una chalupa el Bajá para trasladarse a tierra, y se precipitó, seguida de su capitán de armas, hacia el camarote del hijo de Muley, ante cuya puer-

ta velaban dos negros, no menos gigantescos que los del día anterior, con arcabuces y mechas humeantes.

—Paso. Soy la sobrina del Bajá.

—No puede ser, señora—dijo uno de los centinelas, alzando el arcabuz con gesto amenazador.

—Te he dicho, canalla, que soy la sobrina del Bajá.

—Aunque fueses la primera Sultana. No se pasa.

—¿Y si el que me sigue fuese el propio Sultán?

—Tampoco pasaría.

—¿Quién puede entrar, pues?

—El Bajá.

—¿Y nadie más?

—Nadie. Ni el mismo Alá.

Haraja lanzó un aullido de furor y se volvió a su capitán, diciéndole:

—¡Acuchillemos a estos bellacos!

Ya iba a sacar la cimitarra y a precipitarse contra los hercúleos negros, que preparaban sus arcabuces, cuando Metiub la contuvo, observando:

—No te comprometas con tu tío, de quien tanto necesitas para realizar tu venganza.

—Es verdad—silbó aún furiosa la joven—. Sin embargo, el Bajá debía tener a menos el colocar aquí a estos dos imbéciles, que no se hacen cargo de razones.

—Cumplimos nuestra consigna fielmente, señora.

—No hay en mi castillo servidores tan escrupulosos.

—¿Y yo?

—Tú eres el único, Metiub.

Y se retiró blasfemando contra Mahoma y Alá, mientras los dos negros cambiaban la mecha, que se estaba ya consumiendo, de sus arcabuces.

CAPITULO VI

EL CAPITÁN TORMENTA

VEINTICUATRO horas antes de que 150.000 turcos, al mando de un famoso general, el Visir Mustafá, sitiara a Famagosta, un joven guerrero, que parecía un niño, seguido de un árabe de aspecto feroz, penetraba en la ciudad.

Pocos días antes Nicosia, la segunda ciudad de la isla, había sido tomada por asalto, y las hordas otomanas acuchillaron a toda la población, sin hacer gracia más que a las doncellas hermosas, que destinaban a poblar los harenes de Constantinopla y Adrianópolis. Ni los niños se salvaron de la furia loca de los sectarios de Mahoma.

¿Quién era el joven guerrero a quien una galera italiana tuvo apenas el tiempo de desembarcar, huyendo veloz ante la aproximación de trescientas cincuenta velas musulmanas?

¿Era un valiente ávido de gloria y dispuesto a morir peleando por la Cruz contra la odiada Media Luna, y a quien el hado había conducido a aquel

lugar que iba a ser bien pronto teatro de espantosas escenas de barbarie?

No; era una hermosa joven, admirada en Nápoles, no sólo por su belleza, sino por su destreza en el manejo de las armas, hija de un duque, el de Eholi famoso tirador, asesinado por sus rivales (diez contra él a un tiempo) en la calle de Toledo. Novia de un noble francés, el señor de La Hussière, famoso capitán al servicio de la República de Venecia, trasladóse a Chipre para tratar de encontrarlo.

Enviado a Oriente por la Señoría veneciana, el capitán La Hussière encontróse entre Chipre y Candía con unas galeras de Alí Bajá y tuvo al fin que rendirse. Los musulmanes no le mataron por esperanzas de un buen rescate y por ser francés, pues Francia y Turquía mantenían las más cordiales relaciones.

Desde entonces nadie supo lo que había sido de él.

Por eso la joven duquesa partió de Nápoles, decidida a encontrarlo y a rescatarlo a cualquier precio. Embarcóse en una galera maltesa, las únicas que entonces osaban aventurarse en aquel peligroso mar, batido día y noche por las naves turcas, siempre a caza de cristianos, y desembarcó en Chipre, como hemos dicho, acompañada por un árabe que su padre compró en Moka como esclavo, que adoraba a su joven señora con delirio y que estaba a cualquier hora dispuesto a sacrificar por ella su vida.

Vestida de hombre y peleando en primera fila como los más diestros y valerosos capitanes, nin-

guno sospechó que era mujer, a pesar de la hermosura y delicadeza de sus facciones, a excepción de un aventurero polaco asoldado por los venecianos. A consecuencia de una querella entre el de Polonia y la duquesa, para no batirse entre sí, decidieron luchar uno después de otro contra un joven y arrogante turco que diariamente se adelantaba hasta el pie de la muralla y desafiaba a singular combate a los capitanes cristianos. Era llamado por sus proezas, denuedo y bizarría, el *León de Damasco*, hijo del Bajá de dicho territorio asiático.

Con gran sorpresa de todos, pues el polaco era un espadachín, Muley-el-Kadel le venció, dejándolo muy mal herido; pero el *Capitán Tormenta*, o, mejor dicho, la duquesa de Eboli, había de asombrar a asaltantes y asaltados, hiriendo pocos minutos después al León de Damasco en combate singular.

Lejos de guardar rencor al cristiano por esta victoria, el joven musulmán guardó la más alta estimación por su vencedor, y cuando, ya tomada Famagosta, supo por el árabe que, herida de una pedrada, la duquesa se había refugiado en una casamata, se dispuso a salvarla, protegiéndola contra la sanguinaria furia de los jenizaros.

El esclavo árabe, viéndolo en tan buenas disposiciones, no vaciló en confiarle que el famoso Capitán era una mujer, y enterado también de las causas de su viaje, no tardó en averiguar que el novio de la duquesa, hecho prisionero por Alf Bajá, hallábase en poder de su sobrina Haraja, en el castillo de Hussiff.

Sin darse cuenta, Muley estaba ya enamorado de la joven cristiana, que unía a su belleza tanta valentía y tan admirablemente manejaba las armas. Ahora bien; como en Hussiff era muy conocido de la castellana, pues Alí Bajá se la había ofrecido como primera mujer en cuanto terminase la guerra, no dudó en recomendar a la duquesa, y haciéndola embarcar en una galeota tripulada por renegados griegos, con su árabe, un teniente veneciano salvado con ella, y escoltada por un fiel esclavo del León, separóse de su amada. No dejaron de conmoverse ambos por tal separación.

Haraja recibió admirablemente al Capitán Tormenta, admiró su valor y su destreza, al ver que hería a Metiub, y se enamoró de ella. El vizconde francés estaba allí, pero casi muerto, pues dedicado con otros prisioneros a la caza de sanguijuelas había perdido demasiada sangre (1).

Por fin consiguió escapar con su novio; pero poco después el capitán polaco, que había renegado su religión y adoptado la mahometana, llegaba al castillo de Hussiff y enteraba a Haraja que su huésped era una mujer. La sobrina del Bajá se puso furiosa, la hizo perseguir, y al cabo, después de muchas peripecias y combates; de incendiar los griegos la galera y refugiarse en tierra con la duquesa; de sostener un terrible sitio en la casita de la cos-

(1) Todo esto que se cuenta como antecedentes constituye otra novela del mismo autor, publicada por esta Casa editorial. V. *El Capitán Tormenta*, número 13 de la COLECCIÓN SALGARI.—(N del T.)

ta donde se metieron y de haber muerto peleando el árabe de la de Eholi, el aventurero polaco, el teniente veneciano y el vizconde de La Hussière, heridos Metiub y el llamado Capitán Tormenta, pudo llegar a tiempo de salvarla otra vez el León de Damasco, avisado por su esclavo.

Cuando ya estaba curada la duquesa, un turco llevó cierto día a Muley un cofrecito de ébano "de parte del Sultán"; en él iba encerrado un cordón de seda negro. Era un mandato mudo de suicidarse. El salvamento de la italiana le había hecho caer en desgracia.

—¿Qué os sucede, Muley?—preguntóle ella al verle palidecer.

—Mirad, señora—repuso él, mostrándole el fatídico cordón.

La duquesa conocía la costumbre y amaba hacia tiempo al caballeresco turco. Exhaló un grito de horror.

—Y tú, Muley—preguntóle con ansiedad y tuteándole sin darse cuenta de ello—, ¿piensas obedecer?

El guerrero movió la cabeza con resolución.

—La vida es sobrado agradable a tu lado para que yo me someta. Reniego de la religión de mis padres y abrazo la tuya. Llévame contigo a Italia, Leonor; desde este momento soy nazareno..., y ya sabes cuánto te amo.

El casamiento verificóse con gran pompa en el palacio de Loredán, en Venecia, y de aquella unión nació un hijo, al cual pusieron el nombre de Enzo. Ya hemos visto que el odio de Haraja los perseguía

y que se había apoderado del pequeño, no logrando hacerlos caer bajo el puñal de sus sicarios, así como que el niño se encontraba en la galera del Gran Almirante.

El anuncio de la próxima guerra había hecho que los duques se dirigiesen a Candía, con propósito de enajenar las vastas posesiones de los Eholi en la isla. Desgraciadamente, antes de terminar la operación, y de improviso, los musulmanes cayeron sobre aquel territorio veneciano con trescientas galeras y cien mil hombres de combate, que no tardaron mucho en tomar la Canea y que sitiaron estrechamente a la capital.

Y dadas estas explicaciones, continuemos nuestro relato.

CAPITULO VII

EL RETO

EN el momento en que el mensajero de Haraja lanzaba el reto ante las murallas de Candía hallábanse en el bastión, juntos como de costumbre, el León de Damasco y la duquesa de Eboli, su mujer.

Era él un guapo y arrogante guerrero, de unos treinta años de edad, más bien alto, de tez blanca, recio y musculoso, barba y cabello castaño oscuro, ojos vivos, ardientes, que revelaban la impetuosidad y audacia del turco asiático, y facciones correctas y enérgicas.

Ella, hermosísima, bastante más joven que su marido, esbelta y graciosa, tenía ojos negrísimos como carbuncos, boca adorable, embellecida por doble fila de dientes como perlas y la piel morena propia de los meridionales.

Ambos vestían armadura completa, milanese, admirablemente cinceladas, y lucían en sus almetes magníficas plumas de avestruz. Al oír el reto se miraron con profundo estupor, no exento de cierta inquietud.

—¡Viene a desafiar a una mujer cristiana!—exclamó la duquesa—. ¿Qué mujer? ¡Como no sea a mí!... ¿Comprendes esto, Muley?

Este no respondió al pronto, tratando de ver si reconocía al heraldo, que lanzaba por segunda vez, y con voz potente, el reto; pero luego dijo:

—¿Qué quieres que te diga, Leonor? Me asombra tanto como a ti. Desafía a una cristiana a batirse con una turca... Pero ¿desde cuándo las musulmanas, habituadas a vivir en el harén, entre el humo del narguile y los embriagadores perfumes, se dedican a las armas? No lo entiendo...; y sin embargo... ¡óyelo!, por tercera vez lo dice bien claro: una dama cristiana contra una turca.

—¿Quién será?—murmuró su mujer, levantándose el almete y empujando hacia adentro sus abundantes cabellos negros con la mano.

Su esposo la miró fijamente.

—Veo, ¡oh mi Leonor!, brillar en la negra noche de tus bellísimos ojos dos estrellas resplandecientes.

—¿Y lees en ellas...?

—Leo que querrías batirte con esa misteriosa turca.

—Has adivinado. ¿Y sabes por qué?

—¡Lo sospecho! No quieres que ninguna mujer pueda medirse contigo, pues fuiste capaz de desazonarme y herirme.

—Sí, Muley mío; y además...

—¿Por qué?

—Porque sospecho que esa turca que me desafía es •Haraja.

—¿La cruel sobrina de Alf Bajá?—preguntó él, estremeciéndose.

—Tu ex novia, Muley. ¿Quién sabe si, de haberte casado con ella, no te hubiera convertido en un azote y verdugo de cristianos, a pesar de tus instintos nobles y caballerescos?

—Afortunadamente, tus ojos me salvaron a tiempo.

—Y así has seguido cada vez más noble.

—Tu amor me ha dignificado y ennoblecido, Leonor.

—¡Oh, Muley!...

Callaron. De pronto tronaron las culebrinas de sitiados y sitiadores, y al cabo de un rato el León de Damasco, después de enjugarse el sudor que le corría por la frente, murmuró:

—Si se tratase verdaderamente de Haraja, no te impediría que peleases a mi lado, ya que desafían también a un capitán que conozca el manejo de la cimitarra.

—El corazón me dice que es ella. Tú que la has conocido más, dime, ¿vale mucho como esgrimidora?

—No lo sé. Decían que era muy diestra. Su maestro fué aquel Metiub que los marineros griegos de tu galeota dejaron medio muerto cuando os sitiaba en aquella casa deshabitada donde os refugiasteis.

—De entonces acá han pasado cuatro años (1), Muley.

(1) Advertimos al lector que se trata de una simple novela de aventuras, de imaginación; y que Salgarí, llevado de su poderosa fantasía, no se ha detenido en concordar fechas. Conviéndole para su fábula que sólo transcurrieran cuatro años

—¿Quieres decir con eso que puede haber aprendido mucho?

—Naturalmente. ¡Oh! No es que tema medirme con esa tigre en celo. Su maestro, el capitán de armas, no valía ni un dedo de mi padre.

—¿Quién podrá ser el que quiere combatir a su lado?

—No lo sospecho.

—Me es igual. Con la cimitarra no temo a ningún turco. Y menos ahora, que me has enseñado tantas estocadas admirables, que no hay musulmán que conozca ni sospeche siquiera.

—¿Estás, pues, decidido?

—Si se trata de Haraja, sí. Al menos podremos vivir tranquilos en adelante. Los esbirros que intentaron asesinarnos en Venecia y Nápoles eran turcos disfrazados de cristianos, y sólo la sobrina de Alí pudo lanzarlos contra nosotros.

La duquesa se acercó a la escalinata de piedra que conducía al centro del torreón, y llamó:

—¡Micol! ¡Micol!

Poco después un hombre salía a la terraza; un albanés alto y vigoroso, de unos cuarenta años y

desde la rendición de Famagosta hasta el sitio de Candia, hace pasar a sus personajes setenta años como si fuesen menos que meses. Así, *El Capitán Tormenta* principia en 1570, y esta novela que traducimos, continuación de aquélla, en 1645, sin perjuicio de dar por supuesto que sólo han pasado cuarenta y ocho meses y de servirle para el desenlace la célebre batalla de Lepanto (1571). Son privilegios que se arrogan poetas y novelistas cuando no persiguen otro objeto que entretener a sus lectores.—(N. del T.)

vestido con el pintoresco traje de aquellos montañeses.

Los albaneses no se habían hecho musulmanes todavía; por huir de tal peligro, y después de defender heroicamente sus montañas de los rapaces turcos, habían emigrado en buen número a Dalmacia, donde se los había afiliado al ejército veneciano con el nombre de esclavones. Venecia tenía siempre gran necesidad de soldados para proteger sus colonias del Mediterráneo oriental, continuamente amenazadas por los Sultanes.

La duquesa, al quedarse sin el leal y fidelísimo árabe que murió en Chipre por salvarla, recibiendo el traidor pistoletazo que, moribundo ya, le disparó el aventurero polaco, tomó a su servicio a aquel bravo albanés, que estaba siempre dispuesto a pelear y morir por su señora.

—Mico, quiero que tengas especialísimo cuidado de nuestros caballos, porque mañana los necesitaremos.

—Está bien, señora.

—Prepara las armas y escudos.

—¿Nada más?

—Sí; vé a decir al capitán general de Candía que si mañana vuelve el caballero turco que ha venido a lanzar el reto, haga bajar el puente levadizo del bastión de Malamocco.

—¿Vas a batirte?

—Es probable.

—Iré contigo; ya sabes cuánto odio a los turcos, desde que diezmaron a mi pueblo y han destruído millares de nuestras villas y aldeas.

—Ya lo sé; pero mañana saldré sola con el señor.

El albanés se fué, y la duquesa 'acercóse a su marido, que desde una almena observaba los disparos de las culebrinas de sitiados y sitiadores.

—¿Estás decidido, Muley?

—Sí, Leonor; ya estoy convencido de que la retadora no puede ser otra que Haraja. ¡Ah, tigre! ¡Ojalá cayese bajo uno de tus golpes!

—Caerá, no lo dudes. Pero vámonos; las balas comienzan a llegar ya aquí, y valdrá más que nos refiremos a nuestra tienda.

Y, con efecto, comenzaba a resultar peligrosa la permanencia en lo alto de las torres y bastiones, porque la artillería turca, fuerte de más de ochocientas bocas de fuego, entre bombardas y culebrinas, sin contar las piezas de la flota, vomitaba sin cesar proyectiles para proteger a los hombres encargados de excavar las trincheras y paralelas.

Hacían, sobre todo, gran uso de las pelotas de piedra; pero pelotas enormes, que no pesaban menos de una arroba y que tiraban por medio de cañones especiales. Tendían ante todas las cosas a hacer inhabitable la ciudad para candiotas y venecianos, y lo conseguían, porque aquellos enormes pedruscos, al caer, ya sin más fuerza que la del propio peso, sobre las viviendas, rompían techos y aplastaban vecinos sin cuento. El sistema no les servía para los bastiones y torres, que eran de mucho más sólida construcción, y por ello habían resuelto volarlas por medio de minas.

La duquesa y su marido bajaron por la escalera interior de la torre y llegaron a una estancia

iluminada por dos estrechas troneras, en la cual había dos lechos de campaña, sacos que quizá contenían víveres, varios odres con agua y armas de todas clases. Era el refugio que los capitanes venecianos habían ofrecido a los esposos, si menos cómodo, más seguro que el que pudiera depararles cualquier casa de la ciudad. Apenas habían entrado allí cuando el albanés acudió:

—Señora, un turco que quiere hablarte.

—¡Un turco! ¿Y cómo ha podido entrar vivo en Candía?

—No lo sé.

—¿Tiene armas?—preguntó el León, apoderándose a todo evento de una pistola colgada de la pared y encendiendo la mecha.

—Creo que no.

—Regístralo bien, y hazlo entrar.

Una voz, que hizo sensación en los oídos de ambos esposos, se dejó oír en la escalera, y poco después un hombre de unos cuarenta años, de tez muy bronceada, con larga barba negra y vestido como los marineros de las galeras musulmanas, entró diciendo:

—¿Me habéis olvidado, por lo visto? Pues yo no he cesado de recordar en estos cuatro años ni al hijo del Bajá de Damasco ni al Capitán Tormenta, o, mejor dicho, a Hamid Leonor.

La duquesa lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Cómo! ¡Nicola Stradioto! ¡El griego renegado!

—El mismo; el que hace poco más de cuatro años, y por orden del León de Damasco, patroneaba la galeota que había de llevarte, y que te llevó, al cas-

tillo de Hussiff, en el que conocí a la sobrina del Gran Almirante.

—No lo he olvidado, Nicola—repuso la duquesa, adelantando hacia él, mientras su marido apagaba la mecha y colgaba el arma—. ¿Y de dónde sales?

—Del campo turco, o, mejor dicho, de la galera almiranta de Alí, desde la cual tengo que batirme, a pesar mío, contra los cristianos, y declararme musulmán, aunque conservo en mi pecho la fe por la Cruz.

—¿Y cómo con ese traje musulmán pudiste entrar en Candía?—observó el León de Damasco.

—Merced a la ayuda de un oficial veneciano que conocí otrora y a quien tuve la dicha de salvar de una situación muy crítica... Pero a lo que estamos... ¿Has tenido noticias de Haraja, señora?

—No, ninguna.

—Pues la tigre está aquí de huésped de su tío en la galera almiranta.

Los esposos lanzaron una misma exclamación:

—¡Es ella!

—Pero más feroz y despiadada que nunca. ¡Guárdate, señora! Ha jurado matarte y capturar al León de Damasco para probar en su cuello el cordón de seda que le envió el Sultán. ¿Te acuerdas?

—Como si fuese ayer—murmuró la dama, mirando dulcemente a su esposo, que había palidecido.

—Hay más aún—añadió el griego.

—Habla, Nicola.

El renegado titubeaba.

—Habla—le ordenó el León.

—Bueno; tengo que daros noticias que no os van a gustar. Ante todo, a vos. Vuestro padre, navegando hacia Constantinopla, ha sido preso por una galera de Haraja y varias del Bajá, y se halla preso en los subterráneos de Hussiff.

—¡Mi padre!... ¡Mi padre has dicho!... ¿Es que has vendido tu alma a los turcos y te envían a destrozarse la mía, que es fiel a Cristo como si hubiera sido cristiana desde que nació?

—Señor, visto de turco para salvar mi vida, siempre amenazada; pero no creo en Mahoma ni puedo querer a mis verdugos y a los que asesinaron a mi mujer y a mis tres hijos. Con este traje puedo ser útil a los cristianos.

Al recuerdo de sus desgracias un sollozo desgarró el fornido pecho del griego. El duque le puso una mano en el hombro y le dijo afectuosamente:

—¡Perdóname! El dolor me ha hecho ser injusto. Pero ¿estás bien seguro?

—Se lo he oído decir así a la misma Haraja la noche que llegó a la galera y mientras cenaba en el castillo de popa con su tío. Tres compañeros y yo montábamos la guardia, dos ante cada escalera.

—¡Mi padre! ¡Mi padre en Hussiff!... ¡Preso! ¡Ah! ¡Maldita mujer!

—Pues aún tengo que daros otra noticia, y no sé si...

—Habla, Nicola.

—No me atrevo, señora.

—Me sobra valor.

—Pero... ¿es que se trata de vuestro hijo!...

—¡De Enzo! ¡De mi Enzo!...

—¿Qué dices, Nicola?

—La verdad, señores. Vuestro hijo fué robado en Venecia, y está en la galera del Bajá.

—¡Hijo! ¡Hijo mío!—gritó la duquesa, aniquilada.

—¿Estás seguro, Nicola?

El duque lanzó un gemido salvaje, mientras sus facciones expresaban suprema desesperación.

—¡Mi padre y mi hijo! ¡Ah, maldita! ¡Cómo destrozas mi corazón!

La duquesa sollozaba de bruces sobre uno de los techos. El León de Damasco dió varios pasos por la estancia; luego se acercó a su mujer.

—¡Basta, Leonor! El golpe es terrible; pero nos han llamado, a ti, el Capitán Tormenta, y a mí, el León de Damasco, y cuando se llevan tales nombres no se puede llorar.

—Tienes razón—exclamó la valerosa mujer haciendo esfuerzos por sofocar sus sollozos—; pero es que ahora sólo soy madre. ¡Ah, miserable! ¡Necesitaba para vengarse, además de tu padre, a mi hijo!... ¿Qué dices ahora, Muley?

—La mataremos; pero pondremos condiciones para el duelo—repuso resueltamente el ex musulmán. Y preguntó al renegado—: ¿Corre algún peligro mi hijo?

—Ninguno, señor; porque noche y día velan ante la puerta del camarote del niño dos centinelas escogidos, con orden de no dejar entrar a nadie, ni aun a Haraja.

—¿Puestos por quién?—preguntó la duquesa, que había conseguido dominarse.

—Por el Bajá.

—¡Alí protege a mi hijo!—exclamó asombrado Muley.

—Así parece. Quizá teme alguna violencia contra el niño por parte de la tigre de Hussiff.

—¿Puedes tú volver a la almiranta?

—Soy maestro del castillo y puedo salir y entrar cuando quiera, salvo en algunas circunstancias...

—¿Y podrás atravesar el campo?

—El turco, sí; soy muy conocido. Decidme lo que queréis, y aunque tenga que jugarme la vida...

—Eres un valiente, y Dios te ha enviado aquí.

—Mandad, señor.

Los esposos se miraron y se comprendieron.

—Vuelve a tu galera, y en el límite de tus fuerzas protege a nuestro hijo. Esperemos los acontecimientos. Acaso un día también nosotros entremos en la almiranta, a pesar del asedio y de los cien mil turcos que acampan ante sus galeras. Ahora te acompañará mi criado y te hará dar un salvoconducto para que puedas venir sin temor cuando quieras.

—¿Cuándo podrás volver, Nicola, a darme noticias de mi Enzo?—preguntó la duquesa anhelante.

—Trataré de hacerlo después del duelo.

—¿Y no podrías acercarte para decirle que su madre y su padre están aquí?

—¡Imposible, señora! No puede entrar nadie sino el Bajá en la cámara del niño. Si yo tratase de hacerlo, el Almirante me colgaría de una entena.

—No deseo tu muerte. Y además que puedes sernos útil.

—Disponed como os plazca de mi vida. Comprendo que va a entablarse una lucha tremenda entre vos y vuestro marido contra Haraja y su tío. Contad conmigo.

—Lo has adivinado—dijo el León—. No volveremos a Italia sin haber libertado a mi hijo y a mi padre y haber castigado a la tigre de Hussiff.

Mico hallábase a la puerta esperando órdenes. El duque se las dió precisas y terminantes; pedir al capitán general un salvoconducto para que el griego pudiera entrar sin impedimento alguno en Candía y la orden para bajar el puente levadizo cuando viniese el heraldo al día siguiente, como era indudable que volvería, porque los retos hacíanse durante tres días consecutivos.

—Vete, Nicola, y vela por mi hijo—dijo la duquesa con voz opaca al despedirle.

—Perded cuidado, señora. Mi vida es vuestra.

Besó la mano de la dama, estrechó la del esforzado guerrero damasquino y siguió al albanés.

—¡Ah, mi querido Muley!—exclamó Leonor cuando se quedaron solos los esposos—. ¡Cuántos dolores te cuesta mi amor!... Te han destrozado el corazón, pobre amado mío... Quizá te hubiera valido más no conocerme... Serías esposo de Haraja y no hubieras renegado de Mahoma.

—No digas eso, Leonor. Yo estaba ciego, y tu amor me ha batido las cataratas. Debo darle gracias infinitas por haberme sacado de las tinieblas en que me hallaba sumido, dotándome de luz para poder contemplar tu soberana hermosura. En cuanto a los sucesos que acabamos de conocer, me due-

len en el alma, pero no me desesperan ni menos me hacen arrepentirme de mis actos. Mil veces volvería a hacer lo mismo, y más por merecer tu amor, que es una visión anticipada del Cielo. A su tiempo me ocuparé en salvar a mi padre, ya que se encuentra en Chipre y no en Candía; por lo pronto ocupémonos en salvar a nuestro Enzo. ¿Cómo? No lo sé; pero lo que no dudo, Leonor mía, es de que lo conseguiremos.

—¿Teniéndolo como lo tiene en sus manos Alf Bajá?

—¿Y qué importa? Antes de mucho contaremos con una fuerza que quizá ellos no sospechan. ¿No sabes que España, Venecia, Roma y Austria se preparan a dar un golpe mortal al poder de la Media Luna? ¿Cuándo? Lo ignoro; pero no debe tardar, pues la Liga ha sido ya firmada.

—¡Para herir de muerte a tu raza!

—Así es. Pero al casarme contigo renuncié a toda solidaridad con ellos. Ya, mucho antes, sus crueldades y vicios me repugnaban. Y ahora, ante todo, soy cristiano.

—¿Y tu padre entretanto?

—No te preocupes de eso. Yo le conozco y sé que tendrá paciencia para aguardar que le salve, sabiendo que he de intentarlo todo para conseguirlo. Si pudiera hablarnos, él mismo nos mandaría que nos ocupáramos primero de Enzo. Ya sabes que aunque renegué yo de mi religión, él no ha renegado de mí.

—Lo sé, Muley. Es tan noble y tan caballeresco como tú.

—Damasco no lo olvidará jamás. Un Bajá como él no le ha habido ni hay en el imperio turco. ¿Estás resuelta?

—¿A qué? ¿A batirme con Haraja? ¡Y tú me lo preguntas, Muley!

—Pues no hablemos más; los venceremos ante las miradas de estos valientes venecianos.

—Ten cuidado con alguna traición, Muley.

—No temas; no me batiré con cimitarra; esas armas no sirven tanto como las vuestras, derechas y largas, que en estos cuatro años me has enseñado a manejar tan bien. Y ahora descansa. Yo voy a avisarte con el capitán general.

—¡Cuidado con las balas!

—¡Bah! Mis compatriotas han sido siempre malos tiradores. Hasta luego.

La besó en la frente, salió de la estancia, bajó las escaleras y a poco encontróse fuera del torreón.

Llovían sobre Candía los proyectiles turcos, que hundían los míseros techos de madera de las viviendas, sepultando a veces a los moradores, más deseosos en verdad de morir que de seguir viviendo, pues el hambre empezaba a dejarse sentir. Los venecianos respondían al bombardeo no menos recíprocamente, cubriendo de hierro el inmenso campo sitiador y tratando de apagar, sobre todo, los fuegos de los morteros cuyas balas de piedra tanto daño causaban en la ciudad.

Aunque sitiados hacía más de un año, tenían municiones en abundancia y fabricaban pólvora, pues poseían enorme cantidad de salitre, azufre y car-

bón. Pero si las murallas sólidas y construídas a toda prueba por los mejores arquitectos de la Reina del Adriático resistían firmes, desesperando a los adversarios, en cambio, la ciudad íbase acabando poco a poco, y ya la mitad de las casas estaban arruinadas.

Y de aquellos escombros salía hedor insoportable, pestilente, por los muchos cadáveres sepultados entre ellos, y que los sitiados, incesantemente molestados por los sitiadores, no habían tenido tiempo de extraer para enterrarlos.

Los perros y los gatos, tan numerosos antes en Candía, al igual que en todas las ciudades del archipiélago, escaseaban ya bastante, pues se los habían comido los habitantes y no podían ayudar a la destrucción de los cadáveres. En cambio, había caído sobre Candía una plaga de aves de rapiña, llegadas no se sabía de dónde, quizá del Asia Menor o de más lejos, semejantes a los marabúes de la India, y que hacían el oficio de sepultureros, sin inquietarse del tronar de las eulebrinas. Así, que por las calles de la mísera ciudad hallábanse montones de esqueletos humanos completamente privados de carne y nervios.

Muley-el-Kadel, internándose por la segunda cintura, la menos castigada por los proyectiles turcos, encaminóse a casa del capitán general para ponerse de acuerdo con él respecto al desafío, y volvió al torreón acompañado de Mico, a quien encontró aún en el palacio.

Todo aquel día transcurrió así, sin cesar el bombardeo, que hacía mayor daño a los turcos, por ha-

llarse menos protegidos, que a los venecianos, no cesando el fuego ni aun por la noche, si bien durante ella disminuyó en intensidad.

Al alba, como obedeciendo a una consigna, suspendieron sus disparos las baterías turcas, y poco después el heraldo del día anterior galopaba hacia la ciudad blandiendo su lanza, adornada con una gran bandera de seda blanca. También los venecianos dejaron de disparar.

Y como el día anterior, el caballero musulmán lanzó su reto con voz fuerte y sonora al pie de uno de los más avanzados reductos. Cuando gritó por segunda vez su desafío, Muley se encontraba con su esposa, ambos armados de todas armas, y tras una aspillerá.

—Vé a decir a Haraja—gritó—que hay una cristiana dispuesta a combatir con la sobrina de Alf Bajá y un capitán cristiano pronto a pelear con un guerrero turco.

El turco bajó la bandera, saludando, y partió a rienda suelta, pasando por segunda vez junto al reducto de los *Alberoni*, que parecía tener para él extraño interés.

Muley se volvió hacia el conde Morosini, a cuyo cargo estaba la defensa de Candía, y le dijo:

—Capitán, dad orden de bajar el puente levadizo. Mi mujer va a dar una lección a esa ladrona de niños.

—¡Cuidado con las traiciones, mis jóvenes amigos!—objetó el capitán general—. Conozco vuestro valor y vuestra destreza y no temo por vos en un combate leal; pero si hay traición...

—No iremos más allá del reduto de los Alberoni—contestó la duquesa—. Permaneceremos siempre bajo la protección de vuestras culebrinas.

—¡Y de nuestras espadas!—exclamaron todos los capitanes que se hallaban presentes.

Mico tenía preparados los caballos.

Transcurrieron diez minutos de intensa ansiedad. Los bastiones y las terrazas llenáronse de guerreros ávidos de asistir al triunfo del Capitán Tormenta, pues recordando sus hazañas en Famagosta ninguno dudaba que vencería a la turca.

Vióse por fin llegar por las avanzadas musulmanas al heraldo, agitando su bandera blanca, y tras él, a los dos campeones. Haraja, sobre su corcel árabe; Metiub, en un fuerte caballo turco. El de la sobrina del Bajá era soberbio, con largas y ondulantes crines, cola que tocaba casi al suelo y de fino pelo pardo oscuro. Ambos guerreros iban armados de todas armas y caladas las viseras. Los tres se arrimaron al reduto de los Alberoni, detrás del cual había una vasta explanada muy a propósito para un combate como el que se preparaba. El heraldo plantó en el suelo su lanza con la bandera y volvióse atrás, dejando solos a los campeones.

—¿La ves, Leonor?—preguntó, no sin cierta emoción, Muley.

—No puede ser sino ella—repuso la duquesa.

—Vamos, adorada mía.

Estrecharon las manos del capitán general y de sus amigos y llegaron al puente levadizo, ya bajado y guardado por una compañía de esclavones.

Montaron en los dos briosos corceles negros que les tenía de las riendas Mico y que estaban cubiertos con sus arneses de acero con incrustaciones de plata.

—¡Ea!—dijo la duquesa, montando en el suyo—. Vamos a ver qué color tiene la sangre de Haraja.

Y al lado de su esposo salió a escape hacia el reducto.

—¡Buena suerte al Capitán Tormenta! ¡Buena suerte al León de Damasco!—gritaron los venecianos despidiéndolos.

CAPITULO VIII

LA TRAICIÓN

La duquesa y su marido, seguidos de millares y millares de miradas, pues también los turcos, ávidos de presenciar el combate y aprovechando la tregua, habían salido de sus trincheras y paralelas, formando inmenso y pintoresco semicírculo, dirigieron prontamente hacia el reducto, tras el cual los aguardaban sus adversarios.

El sol, que acababa de aparecer por Oriente, hacía destellar las armaduras de los campeones, sobre todo la de Haraja, que llevaba en la coraza una galera con las velas desplegadas, incrustada en oro.

Al llegar a diez pasos de su rival, la duquesa detuvo su caballo, alzó la visera y dijo:

—Descúbrete, para ver si eres verdaderamente mujer.

—No lo dudes —repuso la sobrina del Bajá—. Mis formas, aunque cubiertas de acero, no son menos esbeltas ni elegantes que las tuyas.

—Quiero saber con quién combato. Dentro de poco podemos morir uno u otro, y todos tenemos el derecho de mirar bien el rostro del adversario al caer.

—¿Por qué lo preguntas, si sabes quién soy?

—Como tú sabes que soy la que en Famagosta llamaban, por su valor, el Capitán Tormenta.

Haraja titubeó, pero al fin descubrió su rostro rojo de cólera.

—¡La castellana de Hússiff! Me lo figuraba. ¿Y qué quiere la poderosa castellana, después de cuatro años, del hermoso Capitán que con disfraz de albanés se hacía llamar Hamid Leonor?

La sobrina del Bajá apretó los dientes y palideció. No podía perdonarse el haberse enamorado, aunque por pocos días, de una mujer, creyéndola un guerrero.

—¿Qué quiero de ti? Vengarme de tu cruel burla.

—¿Matándome?

—Así es.

—¿Y confías en ello?

—Estoy segura de lograrlo.

—¡Tú! ¿Tú? Tú no sirves más que para robar niños. ¿Qué has hecho del mío, miserable? ¿Qué has hecho de mi Enzo, que habíamos dejado su padre y yo en Venecia, bajo la custodia de fieles servidores?

—Ya ves que no serían tan fieles cuando los míos lo robaron y lo pasearon por el Adriático sin que nadie los molestase.

—¿Qué has hecho de mi hijo?

—Hasta ahora, nada. Pero, guerrero por guerre-

ro; ya que su padre, el León de Damasco, ha renegado de su fe y combate contra su patria, su hijo le sustituirá en la religión y en el ejército mahometanos.

—¿Quieres hacer de mi Enzo un musulmán?

—Así lo espero.

El León de Damasco lanzó un rugido, y después de desnudar la espada adelantó algunos pasos hacia Haraja, que se montenía firme y bien plantada en su magnífico caballo.

—Mi mujer te matará, perra.

—Lo veremos—contestó la argelina sacando su cimitarra, de sólida y muy bien templada hoja de Damasco.

—Me han dicho, miserable, que has hecho prisionero a mi padre también.

—Cierto; lo prendí en las costas de Chipre, y ahora estará reflexionando acerca de las comodidades que tenía en Damasco y que le faltan por completo en los sucios y húmedos subterráneos de mi castillo de Hussiff.

—¡Tigre!

—Ya ves que me he vengado.

—¿Y quién es el capitán turco que va a medirse con mi esposo?

—Un antiguo conocido tuyo: Metiub.

—¿Tu capitán de armas a quien herí en tu presencia? ¿No murió a consecuencia del culatazo que le rompió el cráneo?

—Parece que no, puesto que se dispone a matar al ex León de Damasco.

—Ponte a un lado, Muley; combatiremos dos a

dos para no estorbarnos con los caballos; primero yo con Haraja.

—Iba a proponértelo yo. Así, si sucumbo, Metiub me vengará.

—¿Tan fuerte lo crees?

—Sí.

—Bueno; prepárate, tigre de Hussiff.

Muley se plantó frente a Metiub, diciéndole:

—Cuenta con no moverte hasta que caigan la turca o la cristiana, o te hago ametrallar por los venecianos.

El capitán de armas, que permanecía inmóvil y silencioso, como si le preocupase mucho el resultado del duelo, dejó caer la brida sobre el cuello de su corcel y desenvainó su espada, que no era un arma turca, sino una de las que los venecianos empleaban con buen resultado contra las cimitarras.

—¿Estás dispuesta?

—Sí; dispuesta a matarte, cristiana.

Caláronse las viseras y empuñaron las armas. Por un rato miráronse ferozmente sin moverse; luego, la sobrina del Bajá, más impetuosa, lanzó su poderoso árabe contra la duquesa, que la aguardaba fríamente con una admirable guardia de prima, algo pronunciada para proteger también la cabeza del caballo.

Pasó Haraja como una tromba por muy cerca de su adversaria, tirándola un gran tajo con la cimitarra. Leonor lo paró rápidamente, sin replicar. La sobrina del Bajá, al estilo de los caballeros turcos en los desafíos, espoleó a su caballo, haciéndole gi-

rar rápidamente y dar saltos y corvetas sinnúmero. No era novicia la duquesa en aquellas lides y se limitó a hacer girar a su corcel de modo que estuviese siempre frente a su enemiga, la cual, de vez en cuando, lanzábale terribles tajos y estocadas, que la cristiana paraba sin tratar de ofender por su parte.

Aquel juego, peligrosísimo para ambas mujeres, duró pocos minutos; por fin, la duquesa se precipitó impetuosamente sobre su campeón. Los caballos casi chocaron, y comenzó un combate feroz, en el cual las armaduras recibieron recios golpes, sobre todo por parte de Haraja, que, más nerviosa y fogosa que su adversaria, descargaba terribles cimitarrazos, a diestro y siniestro, aunque no sin escuela, pues sus esfuerzos tendían a hender el almete de la cristiana.

Muley, aunque convencido de la destreza de su mujer, seguía anhelante e inquieto el combate y en dos ocasiones no pudo menos de gritar:

—¡Cuidado, Leonor!

De pronto la duquesa volvió grupas rápidamente y escapó a todo galope, como huyendo. La musulmana quedó un instante estupefacta y en seguida precipitóse tras de su rival, con la cimitarra levantada y gritando con júbilo:

—¡Hola! ¡Parece que tenemos miedo! ¡Ved ahí al famoso Capitán Tormenta!

La carrera de la duquesa duró apenas un minuto. Paróse en seco y se plantó firme frente a su enemiga, que se le venía encima a todo correr de su

soberbio árabe con las crines al viento y la cola ondulante.

Haraja, al verla aguardando tan firme, y temiendo demasiado aquella espada, siempre en línea y a la cual no lograban abatir los más furiosos golpes de su cimitarra, obligó a su árabe a desviarse rápidamente para chocar de costado con su enemiga y ver si la desarzonaba por el choque; pero no consiguió su intento, pues la cristiana la aguardó de frente y entablóse de nuevo la lucha con mayor encarnizamiento.

—¡Muerte de Alá!—blasfemó la musulmana después de dos furiosas tentativas para derribar a su contraria—. Eres sólida como una roca... Pero te mataré.

Redobló su granizada de golpes la sobrina del Bajá; la duquesa parecía limitarse a la defensiva simplemente. De pronto, su marido, que seguía con la mayor ansiedad esta nueva fase del duelo, vió a Leonor empinarse sobre los estribos para parar un terrible tajo, y luego inclinarse, bajar la cabeza y extender el brazo armado con el acero.

Oyóse un grito, o, mejor, un aullido de fiera herida, y luego Haraja cayó al suelo pesadamente. La espada de la invencible napolitana le había penetrado por la axila derecha, punto en que está truncada la armadura para permitir el movimiento libre del brazo. Muley exhaló una exclamación de júbilo.

—¡Acaba a la tigra!—exclamó después.

Preparábase la duquesa a saltar a tierra para rematar a su adversaria, cuando veinte o treinta tur-

cos, escondidos hasta entonces en el foso del reducto, aparecieron, dando aullidos y disparando algunos arcabuzazos.

—¡Traición!—gritó el León de Damasco, poniéndose ante su mujer para defenderla.

—¡Huyamos!—aconsejó la duquesa.

Hubiera sido una locura empeñar una lucha contra aquellos traidores, armados con arcabuces; así, ambos esposos, ilesos por milagro de la primera descarga, huyeron a rienda suelta, en dirección al bastión del Malamocco.

—¡Corre, corre, Leonor!—decía su marido corriendo tras ella como para defenderla con su cuerpo—. ¡Corre, no te alcance alguna bala!

Metiub aprovechó la fuga para saltar ágilmente al suelo, apoderarse de la joven, que continuaba sin conocimiento, y meterla dentro del reducto, no llevándola a su campo al oír los disparos que empezaban a hacer desde el campo veneciano con las culebrinas. Los turcos que habían salido del foso, en el cual debieron de pasar la noche, se precipitaron también dentro del reducto.

La duquesa y el León llegaron como rayos al puente levadizo y lo franquearon sin detenerse, mientras la compañía de esclavones se precipitaba fuera, abriendo un fuego infernal contra el reducto. En los muros, en las torres, por todas partes, los venecianos lanzaban amenazas y gritos de furor, exaltados por la traición de los turcos.

—¡Viles! ¡Miserables!

—¡Canalla traicionera!

Con rapidez fulmínea llevaron otras diez cule-

brinas al bastión de Malamocco, y veinte piezas cubrían de plomo el reducto y la explanada posterior para impedir a los traidores que se refugiasen en su campo.

El capitán general de Candía lanzóse al encuentro de los duques, que acababan de descabalgar.

—¿Estáis herida, señora?

—Por esta vez le ha tocado a la sobrina del Bajá, señor gobernador.

—La he visto caer.

—Pero no pude darle el golpe de gracia.

—¡Cobardes! Os tenían preparada una asechanza. Si no puede uno fiarse de esa canalla. Pero están reclusos en el reducto y veremos cómo escapan. No economizaremos la pólvora.

Y en verdad que no la economizaban los artilleros del bastión. Las veinte piezas no estaban un momento ociosas y tronaban pelotas y metralla contra el reducto y sus alrededores, en los cuales no había más ser viviente que el corcel árabe de Haraja, que caracoleaba como aguardando que su señora lo montase de nuevo. El de Metiub, en cambio, con prodigioso salto logró meterse en el reducto.

—¿Dónde la heriste?—preguntó Muley a su mujer.

—En la axila, aprovechando el momento en que levantaba el brazo para herirme con la cimitarra.

—¿Herida grave?

—¿Qué sé yo? Como los caballos no estaban quietos... Pero mira, la punta de mi espada está aún teñida de sangre. Creo que la castellana de Hussif no se atreverá ya a desafiar a las cristianas.

—¡Canallas! Me avergüenzo de haber nacido musulmán

—¡Chist! ¡Calla!—dijo sonriéndole amorosa la duquesa.

—No he podido medir mis armas con las de ese condenado Metiub; pero no huirá sin encontrar al paso mi espada, que no dudo será tan afortunada como la tuya.

—¡Oh! ¡No hay miedo de que salgan del reduto!—observó el capitán general—. Mientras no callen nuestras veinte bocas del bastión no se atreverán a dejar ese refugio.

—¡Si intentásemos hacerlos a todos prisioneros!

—¡Con ese fuego, duquesa! Oíd el concierto. También los turcos gritaban con sus cañones. Protegen a sus amigos, evitando que vayamos a prenderlos.

Con efecto; los asaltantes, en vista del mal resultado del duelo, llevaron gran número de bombardas y culebrinas a la parte meridional del campamento y comenzaron a dispararlas rabiosamente para impedir a los venecianos que efectuasen una salida contra el reduto.

—¿Quién osaría desafiar semejante tempestad?—prosiguió el conde Morosini—. Aunque enviase dos compañías de los más bizarros esclavones, no llegaría allá seguramente el número bastante de soldados para realizar la empresa.

—¿Y no lo intentarán los turcos? Son seis veces más numerosos que nosotros y...

—Mientras continúe el bombardeo no se atreverán a salir de su campamento y yo haré que no cese el fuego un momento, sobre todo de noche,

por si, aprovechándose de la oscuridad, hacen alguna tentativa desesperada. Les aseguro que pagarán cara su traición. Voy a hacer amontonar leña en lo alto de las torres para poder iluminar la llanura en un momento dado.

—¿Se resolverán Haraja y sus compañeros a rendirse?

—Así lo espero, señora; porque el asedio puede ser muy largo, y no creo que tengan víveres. Pero retiraos a vuestra torre, porque el puesto este comienza a hacerse peligroso.

Con efecto; las balas turcas (de plomo y de piedra), que caían a docenas, comenzaban a desmoronar el bastión, y Muley, temiendo que alguno de aquellos cascotes hiriese a su adorada mujer, obedeció el consejo del conde. Y mientras el duelo de la artillería proseguía con más furia que nunca, los soldados, agitando sus espadas, y los candíotas entusiasmados, saludaban el paso de la duquesa hasta su torreón, dando vibrantes vivas a la "heroína de Famagosta", al "invencible Capitán Tormenta".

Los refugiados en el reducto, por su parte, tenían buen cuidado de hacerse los muertos; ninguno daba señales de existencia; no querían seguir la suerte del magnífico caballo de Haraja, que, alcanzado pronto por dos proyectiles, uno en un costado y otro en la fina e inteligente cabeza, cayó muerto en el foso, después de correr desatinadamente e intentar sustraerse a su fin. ¡Lástima! Tal animal en aquellos tiempos podía valer una fortuna, y ¡quién sabe cuánto no pagaría por él Ali Bajá

para hacer un obsequio a su amada sobrina!...

El sol llegaba ya a su ocaso cuando Muley se presentó al conde Morosini, cuyo palacio no había sufrido aún graves daños. Acompañábalo Mico, el albanés, casi siempre taciturno, pero siempre listo de manos, como todos sus compatriotas de las montañas vecinas al lago de Escodra.

—Señor capitán—le dijo—, ¿podrís, cuando haya cerrado bien la noche, hacer suspender el fuego por una hora?

—Al duque y a la duquesa de Eboli, que tanto han hecho por la Serenísimá, nada puedo rehusarles. Ya sabéis que sois los ídolos de la guarnición, brava y aguerrida, aunque demasiado escasa. Venecia no podrá agradeceros nunca lo bastante cuanto hacéis por ella. Hablad. ¿Qué queréis

—Voy a tratar, con mi albanés Mico, de llegar al reducto y apoderarme de la sobrina del Gran Almirante si no murió a consecuencia de la estocada que le ha dado mi mujer.

—¿Queréis cometer una locura?

—No, señor conde. Estoy resuelto; pero para llegar al reducto necesito que hagáis suspender el fuego.

El gobernador general, que hacía veinte años que combatía contra los turcos, primero en el Adriático, luego en el Archipiélago y más tarde en las islas del Sur, miró con estupor al joven.

—¿Queréis buscar la muerte?

—Dios me protegerá.

—No me atrevo...

—Soy el León de Damasco, señor conde—excla-

mó con cierta ufanía Muley—. Dejadme intentar la aventura.

—¿Y la duquesa?

—Yo me encargo. Pensad, señor conde, que no habrá tranquilidad para nosotros mientras viva esa mujer. Desde hace cuatro años está tramando y llevando a cabo su venganza. Y ahora ha conseguido apresar a mi padre y robarme a mi hijo.

El conde se pasó la mano por la canosa barba, y mirando con sus perspicaces e inquisitivos ojos al duque, contestóle:

—¿Lo queréis? Pues sea. Aunque lo juzgo una temeridad, porque nuestro juego es bueno y esas gentes no tendrán más remedio que rendirse en breve. Cuestión de un par de días o cosa así. En cuanto se hayan comido el caballo del turco que había de pelear con vos (y contad que son treinta hombres lo menos), el hambre les hará rendirse. De todos modos, el calor corrompe en seguida la carne, y ni aun poniéndose a media ración podrá durarles el animal más de dos días.

—¿Lo creéis así?

—Estoy convencido de ello.

—No conocéis a los turcos... Preferirían morir allí.

—Me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Ofrecer la libertad de todos a cambio de que Alí Bajá os devuelva a vuestro hijo.

—Haraja rehusará, si es que no ha muerto de su herida, y tengo empeño en asegurarme de ello.

—Pero, amigo mío...

—Estoy resuelto, capitán. Veréis cómo nos mortificamos de esos pobres diablos.

—Bueno; ¿a qué hora queréis que se suspenda el fuego?

—A las once. La luna aparecerá muy tarde esta noche.

—Está dicho. Tendré en el puente levadizo cuatro compañías de esclavones dispuestas a ayudaros.

—No habrá necesidad. Cuento, sobre todo, con la astucia.

—Sin embargo, las tendré. Me es muy preciosa vuestra vida e interesa a todos que el León de Damasco continúe coadyuvando a la defensa de la plaza. No hay más que hablar; os espero a la hora que me habéis fijado en el puente levadizo.

Naturalmente, el bombardeo, prosiguió incesante y recio como de día, y los estragos en la ciudad aumentaban de una manera que daba compasión.

A las once, Muley, a pie, pero bardado de acero y armado de largas pistolas, seguido de Mico, el fiel albanés, se reunía con el capitán general a la entrada del puente levadizo.

—¿Estáis decidido, Muley?—preguntó el conde, que parecía preocupado.

—Sí, capitán.

—¿Qué os importa a vos saber si la sobrina del Bajá está muerta o viva?

—Mucho. Y sobre todo, si está viva y puedo, como espero, apoderarme de ella, podría recobrar a mi hijo a cambio de esa mujer.

—No digo que no; pero la empresa es arriesgadísima.

—Llevamos buenas armaduras, hablamos el turco y nos fingiremos enviados de ese canalla de Alí.

—¡Sois muy audaz! Por algo os han llamado y os llaman aún el León de Damasco.

Estrecháronse la mano y se despidieron.

—Buena suerte. Estaremos prontos a proteger vuestra retirada...

—Gracias, conde; haced suspender el fuego.

Apenas pasaba de la mitad del puente cuando se le reunió un guerrero ágil y menudo. Muley, a pesar de la oscuridad de la noche, reconoció a su mujer.

—¿Qué es esto, Leonor?

—Nada de locuras, Muley. ¡Déjame que te acompañe! —suplicó la duquesa con voz conmovida—. Tres espadas valen más que dos, y seis pistolas son más respetables que cuatro.

El damasquino movió la cabeza.

—Escúchame, Leonor: si yo sucumbiera en esta empresa, ¿quién quedaría para salvar a nuestro Enzo?... Tú... ¿Y si cayésemos los dos? Harían musulmán a nuestro hijo. No, Leonor, ya tendrás ocasión de mostrar tu valeroso brío. Además te prometo obrar con mucha prudencia. Si triunfo, ya nada tendremos que temer de la cruel Haraja. Vé, amada mía, vé a nuestro cuarto y espera confiada nuestro regreso.

En aquel momento suspendióse el fuego, y el León dijo a Mico:

—Ya es tiempo; vamos.

Como ya los fregonazos de los cañones no iluminaban la llanura, los dos hombres podían aproxi-

marse al reducto, pues aunque los turcos continuaban el fuego, dirigían sus proyectiles a los fuertes y no había peligro para los dos valientes, que se metieron por entre una plantación de higos chumbos que se prolongaba hasta los Alberoni, marchando ambos con la mayor rapidez. Pronto se encontraron en el foso en que había ido a morir el caballo de Haraja.

—Desenvaina—mandó Muley a Mico.

Y ambos atravesaron el foso y llegaban ya a la muralla derruida, preparándose a escalarla, cuando se les apareció un bulto, que preguntó con voz resuelta:

—¿Turcos o cristianos?

—Enviados de Alí Bajá—contestó Muley.

—Subid, pero antes aguardad que reavive la mecha de mi arcabuz.

CAPITULO IX

OTRO DESAFÍO

EL turco comenzó a soplar la mecha, ya casi apagada, iluminando a poco su cara cruel de jenízaro. Muley aseguróse de que estaba solo y dijo una palabra al oído de Mico.

El albanés, ágil y fuerte como los lobos de sus montañas, saltó de pronto al cuello del jenízaro, apretádoselo hasta dejarlo sin voz. Hubiera podido matarle con su espada; pero como si adivinara el pensamiento de su señor, lo dejó caer al suelo y se sirvió de sus manos. El robusto turco intentó resistir, pero tuvo que doblegarse ante la fuerza y habilidad del montañés.

—¿Le mato, señor?

—No; bájalo al foso, teniéndolo siempre bien sujeto. Si grita, estamos perdidos.

Así lo hizo el albanés; lo levantó, se lo cargó como si fuera un niño, no sin haber antes apagado la mecha del arcabuz. El jenízaro, medio estrangulado, no opuso resistencia. Ningún otro tur-

co acudió, y amo y criado pudieron bajar tranquilamente al foso, arrojando al prisionero sobre el cadáver del caballo de Haraja.

—¡Diantre, señor! Me dejé la espada arriba; pero a bien que me queda el yatagán.

Del campamento turco seguían disparando furiosamente; pero los proyectiles pasaban muy por encima del reducto. En cambio, los venecianos no contestaban al fuego, cual si hubieran evacuado la ciudad sitiada. El conde Morosini mantenía escrupulosamente su palabra.

—Señor—observó el montañés, viendo que el jenízaro comenzaba a moverse—, ¿qué hago con este hombre?

—Apoya en su garganta la punta de tu yatagán.

—Hecho.

—Ahora déjale que aspire una buena provisión de aire. Me parece que aprietas demasiado, Mico.

—No es culpa mía si los hijos de la montaña son más vigorosos que los de la llanura.

El prisionero, al sentir que le pinchaban la garganta, después del soberbio apretón de antes, exhaló un leve grito, pero el albanés lo sofocó tapándole con la mano la boca.

—Escúchame bien—le dijo el León, inclinándose sobre él—. Si das un solo grito para atraer aquí a tus compañeros no saldrás vivo de este foso.

—¡Cómo! Entonces, ¿no eres musulmán?

—No te importa. Responde a mis preguntas. ¿Ha muerto la sobrina del Bajá?

—No; pero su herida parece muy grave. ¡Perra

de cristiana! Parece que fuera invencible. Me gustaría medir mis armas con ella.

—Te pasaría de parte a parte, aunque llevases la mejor armadura. ¿Dónde está Haraja?

—En una casamata.

—¿La cuida Metiub?

—Sí; el capitán de armas.

—¿Dónde tiene la herida?

—En el sobaco derecho. Si llega a ser en el izquierdo creo que la sobrina del Gran Almirante no lo contaría.

—¿Cuántos sois los del reducto?

—Veinticinco, además del capitán y de la castellana de Hussiff.

—Está bien.

—Y ahora que he hablado, ¿qué es lo que vais a hacer de mí?

—Déjate atar y amordazar sin resistencia y no temas. Mico, asegúralo.

El montañés le puso en la boca una especie de pañuelo de seda negro, y luego, con cuerdas delgadas, aunque fuertes, de que iba provisto a prevención, le ató las manos a la espalda.

—No trates de huir; tengo veinte hombres designados por estos alrededores, y si caes en sus manos, como tiene que sucederte antes de que puedas dar muchos pasos, no respondo de tu vida.

Esto dicho, Muley subió a la trinchera tras del albanés, que se había enseñoreado del arcabuz del prisionero.

Atravesada la derruida muralla, junto a la que había una culebrina veneciana desmontada, adelan-

taron con cuidado, temiendo, con razón, tropezarse con otros centinelas.

—¿Nadie, Mico?

—Nadie, señor.

—¿Dónde estará el reducto en que se refugió Hara-
raja? No veo brillar luz alguna.

Iba a dar otro paso adelante, cuando el monta-
ñés lo detuvo violentamente.

—El fuego de los turcos ha cesado, señor. ¿No
intentará Alí enviar alguna columna al asalto del
reducto para salvar a los suyos?

—Esto sería nuestro fracaso. Los venecianos ten-
drían necesidad de continuar el bombardeo, y las
pelotas no tienen ojos para distinguir a los ami-
gos entre los enemigos.

—Apresurémonos, por si acaso, señor.

Atravesaron la segunda trinchera, también en pé-
simo estado y casi derruida, y tropezaron con una
escalera, que indudablemente llevaba a las habita-
ciones del reducto. En aquel momento dispararon
del bastión de Malamocco un cañonazo. Era la se-
ñal de retirada. Algo grave debía de suceder.

—Partida perdida—dijo colérico el León—. Si no
huimos nos cogerán entre dos fuegos, y dudo que
podamos regresar vivos a Candía.

—Espera, señor.

—Que continúa el bombardeo...

—¡Bah! De noche también son ciegos los proyec-
tiles. Mira, aquí hay una casamata, algo estropeada
por las culebrinas, pero que tiene la ventaja de es-
tar deshabitada.

—¿Estás seguro?

—Me aseguraré con la mecha del arcabuz.

Con efecto, el bombardeo había comenzado de nuevo. Como antes, los venecianos disparaban al reducto y a la explanada, mientras los turcos, para evitar que tocase por allá alguno de sus proyectiles, hacían uso de las bombardas.

Mico sopló la mecha y pudo convencerse de que, en efecto, no había nadie.

—Nada más que paja, señor. Entremos aquí y podremos aguardar a que cese el duelo de la artillería sin peligro alguno. ¡Y quién sabe si mientras se cansan de gastar pólvora no se nos presenta una buena ocasión para realizar nuestro proyecto!

Entraron.

—Sin embargo, se oye hablar—observó Muley.

—Son los turcos que ocupan la casamata vecina.

—¡No poder hacer una mina para que volasen todos!

—¡Ah! ¡Si tuviéramos pólvora!

—Escuchemos.

Los turcos hablaban entre sí en voz bastante alta para ser oídos a través del tabique que los separaba de los dos aventureros.

—Debíamos de escaparnos, Etiub, a pesar del bombardeo.

—Estúpido. ¿Cuántos de nosotros crees que llegarían vivos a nuestro campo? Los venecianos tienen mejores culebrinas que nosotros.

—Culebrinas... y espadas.

—¿Por qué dices eso, Jussuf?

—¿No viste cómo venció la cristiana a la sobrina del Bajá?

—¿Y es tan temible esa mujer?

—Puede decirse que invencible. En Famagosta la vi yo mismo herir al León de Damasco, que era la más famosa cimitarra del imperio.

—¿El hijo del Bajá? ¿El que luego se casó con ella?

—El mismo.

—¿Y no habrá quien pueda matarla?

—Prueba tú.

—No me siento con fuerzas para ello.

En aquel momento, una pelota lanzada por una culebrina veneciana derribó el tabique medianero, cogiéndolo de través, y quedaron frente a frente los dos turcos y los dos cristianos. Fué más el estruendo que el daño, pues la bóveda había resistido, y ambas casamatas quedaron indemnes.

Los mahometanos, al ver aquellos dos guerreros, cuyas armaduras no eran las usuales entre los soldados del Sultán, desnudaron las cimitarras para acometerlos; pero Mico se plantó ante ellos con el arcabuz preparado y, apuntándoles, exclamó con voz de trueno:

—¡Rendíos o sois muertos!

El León de Damasco estaba a su lado, espada en mano, para secundarle. Los dos turcos se miraron un instante; de pronto salieron a todo escape de la casamata, aullando:

—¡Al arma, al arma! ¡Los venecianos!

Muley dijo a su fiel servidor:

—Llamemos a talones, Mico; estamos descubier-

los, y si nos quedamos aquí nos matarán los otros, pues no podemos luchar con veinticinco.

No con menos rapidez que los musulmanes escaparon los dos cristianos, dándose a la fuga. Los turcos salían en tropel de las casamatas, y se oía a Metiub preguntar:

—¿Dónde están?

Los fugitivos tropezaron con un caballo atado a una estaca clavada en el suelo; el animal, oyendo el cañoneo, hacía esfuerzos desesperados por escapar. Estaba ensillado. ¿Era el de Metiub? Probablemente.

—Monta tras de mí, Mico.

Una bala de arcabuz o de pistola silbó en los oídos de Muley. El montañés repuso:

—Sí, amo; pero déjame descargar esta boca de fuego, para no llevar peso inútil.

—Date prisa.

El albanés apuntó al grupo de turcos que se preparaba a dar caza a los fugitivos y disparó. Oyóse un grito. Alguien había caído. Mientras tanto, cortada la cuerda que sujetaba al corcel, Muley saltó a la silla; Mico cabalgó tras él.

—A escape, señor.

Los turcos no gastan espuelas; usan estribos muy anchos, casi cuadrados, con un ángulo bastante cortante. Fué suficiente que Muley le tocara con los estribos para que el corcel escapara, saltando de un brinco la vetusta empalizada. Entonces varios hombres que salían del reducto, por otra parte, se pusieron ante los fugitivos, intimándoles la ren-

dición. Eran cinco o seis, y no llevaban, por fortuna, armas de fuego. Tal granizada de golpes llovió sobre sus almetes, que tres de ellos cayeron en tierra y los otros huyeron asustados, gritando:

—¡Que se escapan! ¡Que se escapan los cristianos!

Los guerreros jenízaros acudieron; pero ya el caballo, sin obstáculos al frente, corría impetuosamente, nada asustado en apariencia de las balas que los venecianos seguían lanzando desde el bastión de Malamocco.

—Señor—observó el montañés—. A esto le llamo yo correr cara a la muerte.

—Agárrate bien a mí y no temas. Sólo nos quedan ya que recorrer quinientos pasos. ¡Ah!

De todas las torres septentrionales de Candía habían surgido repentinamente hogueras que proyectaban una luz bastante viva sobre la llanura para distinguir a un jinete. El conde Morosini había mantenido su palabra.

—Grita fuerte, Mico; grítale que somos cristianos.

Los venecianos, como si hubieran descubierto algún grave peligro, continuaban disparando sus cañones, y los turcos hacían otro tanto con sus malditas bombardas, cuyas pelotas de piedra caían ya en gran número sobre la llanura y estallaban como bombas apenas sentían la humedad de la tierra.

El mayor peligro, sin embargo, procedía del lado de los venecianos, pues viéndolos avanzar podían fusilarlos los esclavones que se hallaban de guardia en el puente levadizo. Amo y criado lanzaron a la

vez sendos gritos poderosos, que dominaron el tronar de la artillería.

—¡Cristianos! ¡Cristianos!

Un instante después cesaba el fuego de los venecianos y en las terrazas de las torres aumentaba la luz, cual si hubieran alimentado más las hogueras.

El caballo, guiado por consumado jinete, uno de los más famosos del Asia Menor, galopaba entre las pelotas de piedra que estallaban por doquiera en mil pedazos, evitando el ser tocado milagrosamente.

—¡Sus, sus!—gritaba Muley, aguijoneando al corcel, no con suavidad por cierto, con la parte cortante de los estribos.

—¡Cristianos! ¡Cristianos! —continuaba gritando el albanés, que tenía pulmones de acero.

El animal atravesó como un proyectil disparado por una catapulta la zona peligrosa, y se precipitó con los dos jinetes en el puente levadizo del bastión de Malamocco, sin haber sufrido el menor golpe ni la más insignificante herida. Allí le detuvieron los esclavones, aunque se bastaba Muley para hacerlo, pues el excelente corcel no tenía la menor veleidad de resistirse a las órdenes de aquel jinete que le guiaba con mano maestra.

Un momento después las culebrinas continuaban su fuego certero y continuo, batiendo la llanura que se extendía entre el reducto de los Alberoni y el campo otomano.

El capitán general, que vigilaba a sus artilleros, al enterarse del regreso del León, buscó a la du-

quesa, que hacía rato había salido de la torre, presa de profunda angustia.

—Ahí lo tenéis, señora, vivo. Dios le ha protegido.

Muley, en cuanto saltó a tierra, abrazó estrecha y cariñosamente a su mujer, reconviniéndola con dulzura por haber dejado el seguro de la torre.

—Ya ves cómo hemos vuelto.

—Pero has pasado bajo una lluvia de balas, Muley... Podía haberte tocado alguna.

—Jesucristo me protegió, permitiéndome volver, sano y salvo, para decirte que Haraja, según mis noticias, está gravemente herida.

—Pero no ha muerto—observó el conde.

—Esa víbora tiene la vida muy dura, capitán. Había que clavarla por el corazón a una pared y dejarla clavada hasta que exhalara el último suspiro.

—¿Y cuántos son los del reducto?

—Menos de treinta; veintiséis o veintisiete, a lo sumo.

—No me atrevo a hacer una salida y apoderarnos de ellos. Somos demasiado pocos y carecemos de sustitutos para los muertos. No nos sucede como a los turcos, que pueden en cualquier momento recibir refuerzos de Constantinopla... Mirad cómo desprecian a sus hombres. Están preparando una expedición al reducto y mandarán dos o tres mil soldados para salvar, no a esos treinta jenízaros, de los cuales les importa poco, sino a la sobrina de Alí Bajá.

—¿Y los dejaréis llegar?—preguntó con ansiedad Muley.

—¿No oís cómo truenan nuestras culebrinas? Son treinta ahora las que lanzan la muerte contra esos perros infieles. Perded cuidado; ninguno de esos hombres, por más que son en extremo valerosos, pasará bajo nuestra lluvia de fuego. Venid al bastión y veréis. No hay peligro, porque las balas de esos bellacos no alcanzan sino rara vez hasta nuestra batería.

Atravesando una enorme nube de humo, que la ausencia casi absoluta de brisa mantenía poco menos que inmóvil, el capitán general y los dos esposos, pues Mico se había alejado para hacerse cargo del caballo turco, llegaron al imponente bastión, que por su solidez y vastas proporciones era considerado como la roca de Candía.

Dos compañías de artilleros hacían un fuego furioso, no dejando descansar a las culebrinas ni un momento. Lanzaban sus pelotas de plomo, como granizo, contra una gigantesca masa negra que acababa de destacarse de las trincheras turcas y se movía con gran ligereza por la tenebrosa llanura.

Eran, con efecto, marineros de Ali Bajá que corrían al reducto para salvar a Haraja. ¿Cuántos eran? Dos o tres mil, por lo menos, según el gobernador de Candía. Desgraciadamente, aquellos bravos, sabiendo que caminaban hacia una muerte casi segura, asustados por la lluvia de balas que recibían de frente, no adelantaban mucho. A cada descarga de las culebrinas del bastión veíanse clarear las filas, que tardaban mucho tiempo en cerrarse.

—¿Podrán llegar?—preguntó la duquesa al conde.

—Imposible, señora; y sólo un Ali Bajá es capaz

de enviar fríamente tantos hombres a una muerte segura. Nuestras pelotas caen sobre ellos como el granizo durante una tormenta, y deben de causar terribles estragos entre esos desgraciados.

—¿No acudirán en su ayuda los jenízaros del Visir?

—El generalísimo es sobrado prudente para inmolar miles de vidas por salvar treinta, aunque una de ellas sea nada menos que la de la castellana de Hussiff. No es capaz de enviar sus soldados al degolladero... ¡Mirad! Los turcos no pueden ya sostener nuestro fuego y se retiran escapados. Las culebrinas son buenas domadoras de soldados.

Con efecto, después de soportar por más de una hora aquel fuego infernal que los diezmaba, espantados por lo enorme de sus pérdidas, resolvieron renunciar a la empresa. El reducto quedaba aún muy lejos y no había que pensar en poder llegar a él bajo aquella granizada de mortífero plomo.

—Ya lo sabía yo. No se puede desafiarse impunemente el fuego graneado de treinta culebrinas servidas por los artilleros de la Serenísima.

—¿No tornarán luego?

—Por ahora no lo creo, Muley.

—¿Y qué será de esos treinta hombres reclusos en el reducto?

—Voy a hacer todo lo posible, Leonor, por que mañana haya uno menos.

—¿Cómo?—preguntaron a la vez el conde y la duquesa.

—¡Por la muerte del Profeta! El desafío no ha terminado aún. Metiub debe batirse conmigo, y si

quiere salir del reducto tendrá que probar el temple de mi espada, como Haraja ha probado el de la de mi mujer.

—¿Y queréis batiros con esos traidores? Yo no me fiaría, Muley—observó el capitán general.

—Conozco a mis compatriotas, señor conde. En el fondo, son todos un tanto caballerosos, y, desafiados, no retroceden. Desplegad mañana por la mañana en el bastión la bandera blanca para pedir una tregua, y veréis a Metiub salir del reducto. ¿Lo haréis?

—Puesto que lo deseáis, sea.

—Entonces, aguardad.

—¿Qué vas a hacer, caro esposo?

—Poner en libertad al caballo de Metiub. El animal volverá en breve al reducto y mañana le volveremos a ver con el capitán de armas en su silla. Esos caballos de las estepas huelen a sus amos a largas distancias, como los perros, y saben buscarlos.

Y Muley se lanzó a través de la espesa nube de humo y desapareció en seguida.

El fuego veneciano continuaba, aunque menos nutrido, a pesar de la retirada de los turcos; en cambio, las bombardas de los infieles callaban.

—¿Qué os parece de esto, conde?—preguntó la duquesa.

—Estoy pensando en que creo poder hacer prisionera a Haraja, o, por lo menos, obligar a ese perro del Bajá a que os devuelva a vuestro hijo.

—¿Un trueque? ¿Y recobraría a mi Enzo?

—Sí, duquesa.

—¿Aceptará?

—No le quedará más remedio. El reducto es inexpugnable, protegido por las bocas de nuestras culebrinas, y, sin socorros, tendrán pronto o tarde que rendirse. Idos, pues, a reposar tranquila, amiga mía, que por esta noche nada importante creo que suceda. Mañana pediremos una tregua a los turcos para llevar a cabo la segunda parte del desafío.

En aquel momento volvía Muley, y el conde añadió:

—En cuanto a vos, mi valiente amigo, os recomiendo muy mucho que vengáis a batiros frente al bastión. No tengamos nuevas traiciones.

Los acompañó hasta el pie de la escalera y se volvió al lado de sus artilleros; fué siempre uno de los mejores capitanes venecianos. El fuego había disminuído mucho. Las culebrinas disparaban sólo de vez en cuando, como para hacer saber a los turcos que aún había pólvora en Candía y que estaban dispuestos a darles otra lección si intentaban un nuevo movimiento para salvar a los que se hallaban prisioneros en el reducto.

Al día siguiente, al salir el sol, sobre todas las torres de la ciudad se enarbolaban banderas blancas en señal de tregua. Los turcos, al verlas, suspendieron el fuego, y un caballero acercóse a rienda suelta al bastión, preguntando altivamente si se rendía la plaza. Muley acudió a su encuentro con la espada desenvainada.

—¿Quién eres y qué quieres?—preguntó el turco.

—Soy el León de Damasco.

—¡El renegado!...

—¿Qué te importa?

—¿Y deseas?...

—Que suspendan los turcos el fuego hasta terminar el desafío.

—¿No terminó ya?

—No; sólo lucharon la cristiana y Haraja; ahora me toca a mí medirme con el capitán de armas del castillo de Hussiff.

—¿No quedó herida la sobrina del Bajá?

—Sí, pero vive. Ve a decir al Visir que si no concede esta tregua, antes de que el sol se esconda por Occidente no quedará piedra sobre piedra del reducto y morirán todos cuantos se han refugiado en las casamatas.

La faz del turco se demudó:

—¡Matar a una mujer... y herida!

—Una mujer que había preparado una infame asechanza... No era con escolta como debía venir.

—Quizá tiene razón el León de Damasco. En los duelos, lo primero es la lealtad. Voy a hacer tu comisión. Dentro de diez minutos estaré de vuelta.

—Aquí te aguardo.

A los pocos instantes Muley vió salir de una rampa del reducto a Metiub, armado y empuñando una espada recta, jinete en su caballo, que supo reunirse con él.

—¿Qué quieres?—le preguntó Muley cuando le tuvo a pocos pasos.

—Vengar a mi señora—repuso el capitán.

—Me lo sospechaba. Pero hasta ahora el Visir no ha concedido la tregua.

—Nos batiremos aunque siga el bombardeo. El León de Damasco no puede ya temer las balas.

—No las ha temido nunca.

—Ahora te protege la Cruz.

—Y a ti la Media Luna. Veremos qué protección es más eficaz.

—¿Confías en matarme?

—Sí; con la protección de la Cruz.

—Ahí viene el heraldo,

Con efecto, a todo galope llegaba del campamento turco un guerrero, llevando una bandera blanca en la lanza; pero no era un caballero cualquiera ni menos un soldado, sino un *jut-basci*, o sea un coronel.

—Esperémosle, Muley; de todos modos, no perderás nada por aguardar, porque estoy dispuesto a batirme aunque se reanude el bombardeo. Un capitán de armas que rehusa un duelo queda para siempre deshonrado.

—Aguardo.

El coronel, hombre hermoso y arrogante, con enormes bigotes, vestido de seda verde recamada de oro, se acercó a los campeones y dijo:

—La tregua está acordada. Las leyes del Honor y de la Caballería son también sagradas para nosotros.

—Ya lo vi ayer. Quizá por eso escondisteis aquellos treinta hombres en el reducto.

—Nosotros, no. Eso habrá sido cosa del Gran Almirante para salvar a su sobrina... Pero está mal

hecho. ¿Queréis batiros? Yo seré testigo con los venecianos que os miran desde el bastión—y añadió con cierto sentimiento—: ¡Turco contra turco! ¡Estaba escrito!

—¡A un lado!—le gritó Muley.

El coronel se retiró lo suficiente para no embazarar en lo más mínimo el movimiento de los caballos de los duelistas, y exclamó:

—¡Al ataque! ¡Veremos si es más valiosa la protección del Nazareno o la del Profeta.

CAPITULO X

BELLAQUERÍA TURCA

MULEY-EL-KADEL hizo dar un gran salto a su caballo y luego le aflojó la rienda para que diese una carrera, mientras Metiub permanecía en guardia, sin dejar moverse a su corcel. El León de Damasco, después de obligar al animal a caracolear un momento, apretó las rodillas y se lanzó contra su adversario.

El coronel, a cincuenta pasos, asistía impasible a la lucha.

Del reduto no asomó ninguno, acaso por miedo a las culebrinas venecianas, cargadas de metralla hasta la boca y que apuntaban a las ruinas. En cambio, millares de sitiados acumuláronse en el bastión, con el almete en la punta de la espada, para presenciar el duelo.

Muley, seguro de su caballo, lanzóse impetuosamente contra Metiub, como dijimos, gritándole:

—Que te proteja tu Profeta, porque voy a matarte.

—No; seré yo quien te atraviere el corazón para vengar a mi señora.

—¿No es tu 'señora la que llaman la tigre de Hussiff?

—No me entrometo jamás en dimes y diretes de murmuradores y envidiosos.

A todo esto, el capitán lanzaba estocadas al León, que se limitaba a parar para observar su juego; de pronto ligó su espada con la del musulmán y le lanzó una estocada que apenas tuvo tiempo de parar Metiub.

Los caballos, guiados con las rodillas más que con las riendas, avanzaban y retrocedían, se volvían y se revolvían, pareciendo batirse también. Probablemente sin el freno se hubieran emprendido a bocados por su parte. Pertenecían a razas diferentes.

Por algunos minutos continuaron los dos campeones observándose, amagando más que tirándose a fondo; luego comenzaron ambos a dirigirse una lluvia copiosa de tajos, estocadas y mandobles, gritándose con rabia:

—¡Para ésta!

—Parada. Y tú, toma ésta.

—¡Toma, renegado!... ¡Ah! La Cruz te protege.

—¡Llama en tu auxilio al Profeta!

—No hace falta. ¡Toma!

—¡Y tú!

El León de Damasco, deseoso de acabar el combate, se había tirado a fondo, dando tal estocada a Metiub que por poco lo desarzona.

—¡Por el Profeta!—aulló el capitán, poniéndose rápidamente en guardia—. ¿Quién te ha enseñado esa magnífica estocada?

—Mi mujer.

—¡Siempre el Capitán Tormenta! ¡Qué no sabrá la cristiana en punto a esgrima! Si no fuera tan buena mi coraza, me hubieras atravesado el corazón.

—Así es.

—Daría cien cequíes por aprender a tirarla.

—¿Y para qué te iba a servir si voy a matarte?

—Lo veremos; ahora empiezo yo mi juego.

—¡Juego turco! ¡Bah! ¿Qué vale ante el italiano y el francés?

—A tu costa vas a saberlo.

Hizo retroceder a su caballo y avanzó de pronto, comenzando a tirar a su adversario una serie de estocadas seguidas, cerradas, formidables a su parecer; pero con gran asombro vió que ni una sola vez logró tocar la coraza de Muley.

—¿Es que eres también tú invencible?—rugió—. Sin embargo, he jurado a mi señora matarte, y te mataré, aunque muera yo contigo.

En aquel momento surgió una voz de entre los venecianos que atestaban el bastión presenciando el duelo.

—¡La estocada recta, Muley! ¡Acuérdate!

Era la voz de la duquesa, que estaba impaciente y cuidadosa por el resultado del combate.

Vibraban aún en el espacio las últimas sílabas cuando el capitán de armas se abatió sobre el caballo, soltó la espada y lanzó una imprecación ahogada. El León de Damasco, al terminar de parar un tajo de su adversario, con una rápida estocada

recta, probablemente secreta, le había perforado la gola, pinchándole en el cuello.

—¡Vencido! ¡Vencido!—gritaron mil voces con alegría frenética en el bastión—. ¡Viva el León de Damasco!

—¡Bravo, mi señor!—exclamó la duquesa con voz vibrante.

Metiub, no obstante la tremenda estocada, que podía haberlo herido mortalmente, se mantuvo en la silla. La sangre comenzaba a brotar, manchando el brillante arnés. Muley echó pie a tierra y se acercó al herido, diciéndole:

—¿Te rindes?

El capitán de armas respondió con los talones; apretólos al corcel, y éste, dócil a la presión, y como si hubiera comprendido que su jinete le demandaba la salvación, se encabritó, giró, sosteniéndose en las patas traseras, dió un formidable salto y lanzóse velozmente hacia el campo musulmán. Metiub se abrazó al cuello del inteligente animal. El coronel se adelantó hacia el León cuando éste montaba con ánimos de perseguir, aunque con pocas esperanzas de alcanzar a su contrario.

—Hazle gracia, puesto que le has vencido. Quizá está mortalmente herido.

—Pero no se rindió y escapa.

—Es su caballo el que lo arrastra.

—No sois leales vosotros. Venís a desafiar y, o escapáis o preparáis alguna asechanza.

Acababa de salir de un bastión un caballero, cuyo arnés, herido por los rayos del sol, lanzaba fúlgidos destellos. Era el conde Morosini.

—Señor mío—dijo al turco cuando le tuvo al alcance de la voz—. 'Abusáis demasiado de nuestra bondad. ¿Por qué no habéis obligado al herido a rendirse?

—Ha huído como una exhalación—respondió el coronel—. ¿Quién hubiera podido detener aquella tromba?

—¿Y los hombres escondidos en el foso 'del reducto?

—Acaso sea cosa del Bajá, que parece divertirse en 'suscitar contrariedades al Visir y quizá en ponerlo en mal lugar en Constantinopla.

—¡Hum! Voy a encargaros una misión.

—Decid, capitán.

—Andad a decir a Alí Bajá que si quiere volver a ver a su sobrina será con una condición. Escuchadme bien: si rehusa, aseguradle que a cañonazos o por medio de una mina haré volar el reducto con todos sus habitantes. ¿Os enteráis?

—Perfectamente. Continuad, señor.

—El Almirante tiene en 'su poder al hijo de la cristiana que ayer venció a su sobrina.

—Lo he oído decir.

—Pues bien; decid al Bajá que si pone en mis manos al niño, permitiré a su sobrina que salga del reducto.

—¿Viva?

—Viva, porque dicen que su herida no es muy grave.

La faz del turco resplandeció.

—¿Me aseguráis que no ha muerto?

—Anoche—dijo Muley, adelantándose—estaba aún

viva; pero presumo que en el reducto no podrán prodigársele los cuidados necesarios.

—¿Me concedéis diez minutos?

—Os concedo veinte; mas si al cabo de ellos no venís, las culebrinas del bastión asolarán al reducto, y mientras tengamos pelotas y pólvora, y, gracias a Dios, las tenemos en gran abundancia, no os permitiremos acercaros a él.

—¿No me fusilaréis por la espalda?

—No somos musulmanes nosotros—dijo el conde con desprecio—; somos guerreros que nos batimos lealmente. Id, coronel.

El turco, algo confuso, metió estribos al árabe y partió como alma que lleva el diablo.

—¿Creéis, señor conde, que aceptará Alí el cambio?—preguntó con recelo Muley.

—Estoy seguro. Quiere demasiado a su sobrina para dejarla perecer en el reducto.

—¿No prepararán los turcos alguna otra traición?

—Los artilleros están preparados y tienen orden de hacer fuego sin misericordia ni miramientos. Os aseguro que no se atreverán a internarse en la llanura para ser blanco de nuestros tiros. Están aún muy poco adelantados en su asedio, aunque ha transcurrido más de un año desde que nos sitieron. ¿Queréis avanzar hacia el reducto?

—¡Con tal que no nos saluden con una descarga!

—Se guardarán muy bien, pues entonces nuestras culebrinas, cargadas de metralla, nos vengarían.

El valiente veneciano espoléo a su caballo, algo

flaco, en verdad, porque en Candía escaseaba el heno, y dirigióse hacia el reducto, acompañado del León de Damasco. No se veía alma viviente; dieron la vuelta sin que se les disparara un tiro, y se fueron hacia el bastión de Malamocco. Ya iban llegando, cuando se detuvieron al oír tras ellos un galope furioso.

Cuarenta o cincuenta caballos, guiados por unos pocos musulmanes, atravesaban la llanura. A su frente iba el coronel, llevando en sus brazos un niño.

—¡Mi hijo!—gritó Muley—. ¡Por fin voy a poder abrazarlo después de un año!

El chiquillo iba vestido a la veneciana, con un trajecito de seda azul adornado con blondas. Sus oscuros cabellos, sin toca alguna y bastante largos, ondulaban agitados por el viento. El León de Damasco y el conde se adelantaron al encuentro del coronel, mientras los caballos se detenían al otro lado del reducto.

—Salud, señores. León de Damasco, tomad; he cumplido mi palabra. Y ahora, que Alá os guarde.

Y el coronel volvió grupas y partió a las cuatro suelas, mientras escapaban también a todo galope los refugiados en el reducto. Uno de los jenízaros llevaba ante sí a Haraja.

—¡Enzo!—exclamaba Muley, mirando al chiquillo, que le contemplaba con ojos de espanto—. ¿No conoces ya a tu padre?

Estrechábalo entre sus brazos y le cubría la carita de ardientes besos, mientras los turcos se alejaban en desenfrenada carrera, como si temiesen

alguna traición. Aquella fuga precipitada inspiró al conde un vago recelo.

—¿Hacía mucho que no veíais al niño?—preguntó.

—Más de un año, conde.

—¿Es verdaderamente vuestro hijo?

—Pues ¿qué queréis que sea?

—Corramos a reunirnos con la duquesa.

Lanzáronse al galope, y a los pocos instantes se hallaban sobre el puente levadizo del bastión. Leonor se precipitó a su encuentro.

—¡Enzo! ¡Enzo! ¡Hijo!—gritó.

—Tómalo. Al fin lo hemos recuperado.

—Habla a tu mamá, Enzo, hijito; dile una cosita a mamá.

Y lo abrazaba y lo besaba, no hartándose de verlo. El chiquillo la contemplaba con sus grandes ojos negros, en que se pintaba el terror, lo mismo que había mirado a Muley, pero sin decir palabra.

—Señora—dijo el conde, interviniendo—, ¿estáis bien segura de que es vuestro hijo?

—¡Dios mío!... ¡Conde!

—Miradlo bien.

—Hace quince meses que no lo veo, pero...

—Fijaos bien en el pelo, en los ojos, en la boca... Cuando lo dejasteis, ¿hablaba?

—Sí..., pero...

El capitán general, por toda respuesta, desnudó el puñal que colgaba de la cintura, lo hizo brillar ante los ojos del chiquillo y le dijo en correcto idioma turco:

—¡Habla, o te mato!

—*Sidi, aman* (1)—respondió el niño.

Los circunstantes lanzaron unánime exclamación:

—¡Es un turco!...

Los capitanes estallaron en frases de violenta indignación, mientras la duquesa, depositando en tierra al muñeco, rompía en sollozos desesperados.

—¡Otra vez nos han engañado esos miserables!

—¡Es otra de sus proverbiales bellaquerías!

—Colguemos a este musulmanito de la torre más alta de Candía.

—¡Bien lo merecían esos canallas!

—Pero es una inhumanidad.

—Eso no es guerra.

En tanto, el conde Morosini subía a la terraza y lanzaba una rápida ojeada a la llanura. Los turcos, que corrían a rienda suelta, hallábanse ya a más de dos mil pasos de distancia.

—¡Fuego sobre esa canalla!—mandó—. ¡Destruídllos!

—Señor—le observó un cabo de cañón—, las piezas están cargadas todas con metralla.

—¡No importa! ¡Fuego, fuego! Ya les enviaremos después las pelotas.

Las treinta culebrinas tronaron con espantoso fragor, haciendo trepidar por entero al bastión; pero sólo dos hombres y un caballo, que corrían a retaguardia, cayeron. Los demás estaban ya fuera del alcance de la metralla, y cuando las culebrinas estuvieron cargadas con bala, los fugitivos llegaban a la empalizada del inmenso campamento.

(1) Señor, perdón.

La artillería turca, sobre todo las bombardas, reemprendió sus descargas cual si quisiera desviar la atención de los artilleros venecianos.

El conde Morosini hizo un gesto de desesperación y bajó; pero ya no estaban allí los duques, quienes, después de haber hecho entrega del niño, que al fin no tenía la culpa de la mixtificación, a un capitán, retiráronse a su torre.

El capitán general dió a sus oficiales algunas órdenes y, furioso por la jugarreta que le había hecho Alí Bajá y triste por el desengaño que sufrían sus amigos, se dirigió hacia su habitación con propósitos de consolarlos.

—¡Viles!—murmuró, dando un salto para evitar ser herido por un fragmento de piedra—. Festejan su victoria. Como ya se han salvado los del reducho, arrecian el fuego para arrasar la ciudad... ¡Y no tener las fuerzas necesarias para asaltarlos y destruirlos o hacerlos escapar por el mar cuando menos! ¡Pobre Venecia!... Perdió Chipre... y perderá Candía por más que hagamos.

Y siguió su camino, llegando a la torre, a cuya puerta, Mico, sin preocuparse de las balas, se mecía los cabellos y blasfemaba.

—¿Tus amos?

—Entrad, señor conde, entrad a consolarlos. ¡Pobre señora!

El capitán general, aunque ya no era joven, subió con presteza la escalera, llegando al segundo piso.

El damasquino se paseaba por la estancia como león recién enjaulado, mientras la duquesa, sin co-

raza ya, sollozaba de bruces sobre uno de los lechos.

—¿Qué decís, conde, de esta nueva truhanería, de esta nueva infamia? Me avergüenzo de haber nacido musulmán y de haber creído en el Corán.

—Cierto; los musulmanes son unos bribones. ¡Ah! ¡Qué Bajá! Y, sin embargo, estoy convencido de que un día caerá bajo los golpes de la cristiandad.

—Fuimos indignamente mixtificados—dijo la duquesa, que se había levantado al entrar el conde, y enjugándose dos lágrimas rebeldes que se deslizaban silenciosas por sus mejillas—. ¡Y yo misma creí que fuese mi Enzo! Iguales ojos, cabello igual, hasta la misma edad quizá... ¡Maldito Bajá! ¿Es un demonio acaso? Pues no le tengo miedo, y si se pusiera frente a frente de mí, espada en mano...

—No se pondrá. Tienen mucho miedo los turcos al Capitán Tormenta.

—¿Y qué hacemos? ¡Vamos a dejar en poder del Bajá a nuestro Enzo?—preguntó furioso el León.

El capitán general hizo un gesto de desaliento.

—¿Y cómo voy a lanzar yo mis hombres—dijo con tristeza—, primero contra el campo musulmán y luego contra la flota? Somos escasamente veinte mil, mientras que esos perros, teniendo el mar libre, habrán cubierto sus bajas y serán de nuevo cien mil. ¿Intentaríais vos un esfuerzo semejante con guerreros que, si valientes y arrojados siempre, se hallan extenuados por las largas veladas, el escaso alimento y las enfermedades? Decidlo vos, Muley.

—No; en vuestro lugar no asumiría tal responsabilidad.

—¿Y vos, señora?

—Tampoco, capitán. La lucha sería desastrosa... Pero ¿qué querrán hacer de mi hijo?

—Tal vez un musulmán, señora—dijo en aquel momento un hombre que acababa de entrar silenciosamente, aunque escoltado por el fiel Mico.

—¡Nicola!—exclamaron a dúo los duques.

—Yo mismo, señores—contestó el marino griego, saludando a todos con sendas reverencias—. Tengo que comunicaros buenas noticias.

—Habla, habla.

—Ante todo, puedo aseguraros que vuestro hijo no corre peligro alguno, porque el Bajá le sigue protegiendo abiertamente, sin hacer caso de las murmuraciones de la tripulación. Se diría que le quiere como si fuese su propio hijo.

—¡Miserable!

—Pues debéis estarle agradecido, León de Damasco—dijo el griego—; porque a no ser así, no hubiese dado yo medio cequí por la cabeza de vuestro hijo.

—¿Y decís que le trata bien?—preguntó la duquesa.

—Como si fuese el hijo de un Sultán.

—¿Y con qué objeto?

—¿Quién puede adivinar el pensamiento de esa fiera dañina? Por ahora básteos saber, señora, que vuestro hijo está mimado y que no corre peligro alguno.

—¿Y Haraja?—preguntó el capitán general.

—Ha recibido una magnífica estocada, que no le permitirá salir de su camarote por lo menos en tres semanas.

—¿Y Metiub?—preguntó Muley-el-Kadel.

—Llegó al campamento más muerto que vivo; pero debe de tener el pellejo muy duro, pues a pesar de la terrible estocada que le habéis dado en el cuello dicen que no morirá. Creo que después de estas dos amargas lecciones, que han producido desastrosa impresión en el campó, los turcos no se atreverán a desafiar más a los cristianos de Candía. Guardaos empero, señora, y también vos, Muley, de no caer vivos en las manos de esos perros. En último recurso, os aconsejaría que os saltaseis la tapa de los sesos de un pistoletazo.

—Conozco su crueldad, como conozco hasta dónde es capaz de ser arrastrada Haraja por su odio—dijo Muley.

—Sois el hombre a quien concedí el otro día un salvoconducto, ¿verdad?—interrogó el conde.

—Sí, señor capitán general—contestó el renegado—; y ahora escuchadme.

—¿Tienes otras noticias que darnos, Nicola?

—Y buenas, creo. He sabido esta mañana por un amigo mío, también renegado, que habita en la campiña, que desde hace tres días se han reunido en la rada de Capso galeras venecianas al mando de Sebastián Veniero.

—¡El Gran Almirante de la Serenísima!

—Sí, señor capitán general.

—¿Y son muchas?

—Nada más que ocho; pero todas nuevas, pode-

rosamente armadas, rapidísimas y con doble tripulación de galeotes. Ya conocéis la audacia del Gran Almirante, y podemos esperar que haga alguna jugada al Bajá.

El conde movió la cabeza.

—¡Ocho contra trescientos! Sería una locura. ¡Qué horrible carnicería! Mientras la Serenísimas no haga una alianza con todos los Estados cristianos y una sus naves con las españolas, genovesas, sicilianas, austríacas, francesas y romanas no lograremos reconquistar el predominio marítimo. Grande fué la audacia de Mocenigo desplegando al viento la bandera veneciana ante Constantinopla estupefacta; grande fué su victoria; pero no basta. Es al Bajá a quien habría que herir en el corazón para terminar con el poderío naval de los turcos. Desgraciadamente, no puede hoy Venecia, ni con mucho, intentar un golpe semejante, aunque en sus arsenales se trabaja noche y día construyendo nuevas galeras.

El León de Damasco se había vuelto hacia su mujer y la miraba fijamente.

—¡Si me fuese yo!—insinuó.

—¿Adónde?

—A la rada. ¡Quién sabe! Con Sebastián Veniero se puede esperar todo: hasta la captura de la galera almirante de los turcos..., y así podríamos libertar a nuestro Enzo. ¿Quieres, Leonor? Nicola, que sabe dónde están ancladas las naves y que tiene amigos en la campiña, me acompañará; y Mico vendrá también conmigo.

Los grandes ojos negros de la duquesa relampaguearon vivamente.

—¿Quieres intentar tan peligrosa empresa?—preguntó con voz conmovida.

—Cualquier cosa intentaría por arrancar de las codiciosas y sanguinarias garras de Haraja a nuestro hijo y a mi padre.

—Precisamente pensaba en él y me decía que si Veniero, con tan escasas naves, no quería luchar contra la poderosa escuadra del Bajá, sí podría asaltar y demoler el cubil de esa 'tigre, ya que las fieras están aquí, lejos de Hussiff. ¿Qué os parece, conde?

—Opino que no deben perderse las ocasiones de hacer daño, el mayor posible, a los turcos. Asaltar, y menos capturar la galera del Bajá, no es posible, a menos de un milagro; pero Hussiff no está en Candía, y en torno de aquel castillo no abundan los turcos, que por acá pululan como moscas. Si queréis, duque, os daré una escolta de fieles guerreiros para que os acompañe.

—No, señor capitán general—observó el renegado—. Tres o cuatro hombres pueden burlar a los exploradores turcos; pero 'si fuesen más no respondería de su vida.

—¿Continúan recorriendo la campiña sus patrullas?

—Sí, señor conde.

—¿Qué dices tú, Leonor?

—La 'noche será oscura, porque oigo gruñir el trueno. Vé. Eres siempre el León de Damasco, y

los turcos, a pesar de todo, te respetan y te temen todavía.

—Gracias, Leonor. Sólo siento el dejarte sola...

—El capitán general de Candía velará por vuestra esposa, amigo mío; partid tranquilo. La duquesa está bajo la protección de la Serenísima.

—Gracias mil, conde. Parto tranquilo, y ojalá que el éxito corone mi esfuerzo.

—Os lo auguro. ¿A qué hora partís?

—En cuanto se haga de noche—dijo Nicola—. Es la mejor hora.

—Hasta la noche, pues. Os haré salir por el bastión de Cavarzere, que no está guardado por los turcos, a lo menos en apariencia.

Y el capitán general despidióse afectuosamente de los duques.

CAPITULO XI

A TRAVÉS DE LAS RUINAS DE CANDÍA

A la noche, ya cerrada, cuando los turcos daban mayor impulso al bombardeo, lanzando activamente pelotas de piedra con sus bombardas de grueso calibre, tres hombres, jinetes en arrogantes caballos, atravesaban el puente levadizo del bastión de Cavarzere, bajado silenciosamente para no atraer la atención de las patrullas vigilantes del ejército turco.

Todos, cubiertos de acero, armados de espada, maza y arcabuz pendiente de la silla; en vez de la usual capa blanca para resguardarse de la humedad de la noche, iban envueltos en capas negras, que no resaltaban en la oscuridad y les permitirían confundirse con las tinieblas.

Aquellos tres audaces, que al salir del seguro de la plaza sitiada arriesgaban la vida, pues podían tropezar con las patrullas de caballería turca que merodeaban vigilando por todos los alrededores, ya habrá comprendido el lector que eran el León de Damasco, Nicola, el renegado griego, o, mejor di-

cho, 'el falso renegado, y el fiel Mico, el albanés. Resueltos y valerosos, valían por treinta, y estaban decididos a abrirse paso a través de un escuadrón entero de musulmanes.

Como si éstos sospechasen algo, o cual si quisieran desahogar su rabia por haber visto caer primero a la sobrina del Bajá y luego a Metiub, bastante popular éste como diestro y consumado esgrimidor, aquella noche disparaban más terriblemente que nunca. Así, las enormes pelotas de piedra surcaban el espacio, dejando una estela de fuego, y se oían caer no sobre las murallas sólidas y las fuertes torres, sino sobre los tejados de las casas, pues los turcos tenían la táctica de aterrorizar con los estragos que causaban a las poblaciones, para que éstas se sublevaran y obligaran al comandante de la plaza a rendirse.

Esta maniobra, que había ya producido los apetecidos resultados en varias pequeñas poblaciones, no podía tener éxito tratándose de Candía, en donde había el número suficiente de guerreros para obligar a los habitantes a compartir las contrariedades y los horrores de la guerra. Ahora bien; como el bastión de Cavarzere era el más lejano de la línea de fuego, las pelotas no llegaban hasta él cuando los tres caballos salieron, lanzándose a través de la tenebrosa campiña.

—¿Tú conoces la isla, Nicola?

—Sí, señor. Podría recorrerla a ciegas, puesto que en ella era donde tenía establecido mi comercio cuando me arruinaron esos perros.

—¿Cuándo podremos llegar a Capso?

—Dentro de veinticuatro horas, si los caballos resisten y no tenemos malos encuentros.

—Pero ¿ignoran los turcos la proximidad de esas galeras?

—Hasta ahora puedo garantizar que sí. El Bajá está persuadido de que los venecianos preparan alguna expedición desesperada contra la Morea o un audaz golpe de mano contra Constantinopla, como el intentado por el valeroso Almirante Mocenigo.

—Y tú ¿cómo lo has sabido?

—Por un amigo, renegado, que odia aún más que yo a los musulmanes, porque le asesinaron a toda la familia. Nosotros tenemos estrechas relaciones unos con otros, para ayudarnos contra el opresor.

—¿Y tu amigo fué a visitarte a la almiranta?

—No se atrevió a tanto; pero por medio de una señal convenida supe que me tenía que decir algo y le busqué en un extremo del campamento. Reina demasiada confusión en el ejército para parar mientes en un hombre vestido de musulmán, aunque podría ser un espía peligroso.

—¿Y dónde está ahora tu amigo?

—En su factoría medio derruída, pero en la cual continúa trabajando.

—¿Muy lejos de la rada?

—Seis horas a caballo... o tal vez menos.

—¿Ves algo ante ti?

—No, señor.

—¿Y tú, Mico?

—Por ahora, nadie.

—¿Por qué dices *por ahora*?

—Porque esos perros aparecen cuando menos lo piensa uno.

—Desenvainad las espadas, y ya que al parecer tenemos el camino libre emprendamos la carrera —ordenó Muley.

Los tres caballos, escogidos entre los mejores que había aún en Candía, lanzáronse a galope, mientras seguían lloviendo sobre la ciudad los proyectiles turcos.

Los venecianos, por su parte, respondían débilmente por ahorrar municiones, ya que no había necesidad apremiante de hacer vivo fuego y no tenían comunicaciones con el exterior para recibir refuerzos.

Los tres jinetes estaban ya fuera de la zona peligrosa y se preparaban a espolpear a sus caballos, lanzándolos a rienda suelta, cuando Nicola, que tenía vista de lince en la oscuridad, como verdadero lobo de mar, detuvo el suyo, murmurando:

—Hombres ante nosotros.

—¡Carguémosles!—repuso sin vacilar el León de Damasco.

—Vamos, pues—dijo sereno el griego, lanzando a toda brida su caballo, seguido del damasquino y del albanés, los tres con las pesadas espadas en alto, prestos a herir.

Dos caballeros pudieron distinguirse muy pronto en medio de las tinieblas, y a su vez se preparaban a cargar contra los cristianos, que habían de dar buena cuenta de ellos si estaban solos.

—¡Paso!—gritó al llegar el León de Damasco.

Los cinco caballos chocaron furiosamente y oyé-

ronse terribles golpes de acero contra acero. Los cristianos pasaron; los turcos quedaron tendidos.

—Mi adversario ha caído herido en el cuello —dijo Muley—, y espero que esta vez habré perforado por completo la gola.

—Yo tiré al mío una estocada bajo la axila izquierda, y creo que lo maté.

—Pues, yo—exclamó a su vez el albanés—, como no tenía adversario, maté a un pobre caballo para que se entretengan las huríes del Profeta. La verdad es que Mahoma las echó bien gordas. Y los turcos, como si fueran criaturas, se las han tragado.

Los tres caballeros, temiendo otro encuentro, se detuvieron a poco y trataron de sondar las tinieblas. El griego miró hacia atrás.

—¿Qué es eso, Nicola? ¿Se agita tu hombre?

—No lo creo, señor. Ni el vuestro tampoco.

—Ni mi caballo. ¡Parece mentira! ¡Tener un arma tan bien templada que puede perforar la mejor armadura y no poder emplearla sino en despenar combatientes de cuatro patas!

—Aguarda, que todavía no hemos llegado a Capso. Ya tendrás tiempo de probar el filo y la punta de tu espada. Entretanto, una cosa me inquieta.

—¿Cuál, señor?

—¿Dónde huyó el otro caballo?

—Hacia el campamento turco, señor—repuso el montañés.

—¿Estás seguro?

—¡Oh! Los caballos otomanos vuelven siempre adonde han comido y descansado.

—Entonces larguémonos a escape, ya que la rada está muy lejana. ¿No opinas así, Nicola?

—Sí; ya tendrán tiempo de descansar nuestros caballos.

Soltaron las riendas, apretaron los estribos y se lanzaron a través de la vasta llanura, interrumpida por campos incultos ya, pero aún cercados de higueras chumbas. Ya estaban lejos de Candía y las detonaciones llegaban muy débiles a sus oídos.

Sucedíanse los campos a los campos, y de ellos surgían insoportables olores, que no eran a rosas precisamente. Debían de hallarse atestados de esqueletos, porque los turcos, con su proverbial ferocidad, antes de sitiar a Candía habían exterminado casi la población campesina, sin hacer gracia ni a las mujeres ni a los niños.

Pocos cretenses habían podido escapar a la matanza, y esos cuantos lograron conservar su vida a precio de su abjuración. Naturalmente, estaban ansiosos de tomar venganza y llevaban la Cruz esculpida, si así puede decirse, en sus corazones.

Y junto a los cadáveres insepultos de sus víctimas ¡cuántos de sus verdugos cayeron! Todos cuantos aislados o en corto número, jenízaros o caballeros, eran sorprendidos en la desierta campiña, mezclaban sus huesos con los de los candiotas.

Algún combate debía de haberse reñido en la tierra por la cual atravesaban los tres audaces viajeros, porque el hedor era insoportable y los caballos avanzaban fatigosamente, pisando huesos.

—¡Pobre Creta!... ¡Qué desolación!... ¡Cuánta ruina!

—Pues ahora no os podéis dar cuenta casi de nada por la oscuridad de la noche, señor—observó el griego—; veréis mañana de día cuánto asolamiento y cuánto desastre. Habrán de transecurrir lo menos cien años para que esta isla, antes tan floreciente y ahora transformada en osario, pueda volver a tener vida próspera.

—Tienes razón, Nicola.

—Los jenízaros del Visir han degollado primero y después lo han asolado o incendiado todo.

—¿Y cuántos serán los insulanos vivos?

—Unos mil quizá; algunos siguen en la ciudad ocupada por los turcos, bastante tranquilos, al parecer; pero son en realidad leones. Probablemente tendremos ocasión de verlos probarlo.

—¡Quiéralo Dios por mi hijo, por mi Enzo, que tanto hace llorar a los bellos ojos de mi mujer!

—La empresa que vamos a intentar, no hay que ocultarlo, señor, es peligrosa en extremo. Pero si no podemos por ahora rescatar vuestro hijo, trataremos, a lo menos, de salvar a vuestro padre. Sebastián Veniero no es hombre a quien pueda asustar el castillo de Hussiff. Otros más fuertes ha tomado en Morea.

—¡Pobre padre mío! Condenado, por ser yo su hijo, a sufrir las prisiones...

—Y no sabéis lo demás.

—¿Qué quieres decir?

—Que fué sometido a la tortura del desollamiento por Haraja; le levantaron la piel de un hombro.

—¡Mentira! ¿Quién iba a atreverse?—rugió el León de Damasco, deteniendo de golpe su caballo.

—¿Quién? La tigre del castillo de Hussiff. Me lo ha contado un marinero que asistió al infame suplicio.

—¡Miserable! ¡Ha osado...!

—¿Y a qué no se atreverá esa terrible mujer?

—¡Mi padre desollado!

—Así fué, señor.

—¡Y luego sepultado en los húmedos subterráneos de Hussiff!...

—Os aseguro que vale más que lo haya metido en un calabozo, pues si no lo hubiera mandado a la pesca de sanguijuelas, y no podéis daros cuenta de lo que es ese suplicio.

—Lo sé. Así mató al vizconde La Hussière, el novio de mi mujer.

—Lo recuerdo, señor. ¡A qué miserable estado lo redujeron!

Apenas había pronunciado esas palabras, cuando, a su vez, detuvo repentinamente el caballo, haciéndolo casi caer.

—¡Quietos todos!—dijo con voz de mando.

Y se puso a escuchar.

Mirar era inútil, porque las más densas tinieblas cubrían la inmensa llanura, ocultando la bruma impenetrable el firmamento y las estrellas.

—¿Qué has oído?—dijo al cabo de un instante Muley, demasiado furioso para poder estar quieto un minuto.

—Estoy seguro de que nos siguen.

—¿Los turcos? Sólo tropezamos con dos y los matamos, o, cuando menos, los dejamos en situación de no poder volver solos al campamento.

—Habrán sido encontrados por alguna patrulla, señor.

—Aunque así sea—objetó Mico—, no van a tener ojos de gato. Y no siendo así, ¿quién distingue algo entre estas tinieblas?

—Escucha también tú, albanés. Los montañeses soléis tener el oído agudísimo—insistió el griego.

Quedaron los tres inmóviles, acariciando a los caballos para que no relinchasen.

—Sí—afirmó al poco rato Mico—, oigo un rumor lejano que no puede ser sino la marcha de alguna patrulla. ¡Por las barbas del Profeta! ¡No nos faltaba más sino que nos persiguiesen ahora!

—No me había engañado. Deben de haber sido descubiertos nuestros dos vencidos, y sus camaradas andarán deseosos de vengarlos. ¡Bah! Si ellos tienen caballos árabes, también lo son los nuestros, y escogidos, ¿verdad, señor?

—Son animales que no temen que los alcancen—repuso Muley, que no parecía preocupado por el suceso—. ¿Tú nos guiabas a casa de tu amigo?

—Sí, señor; y no lo encontraremos probablemente solo, porque pudo salvar, desembolsando muchos cequíes, a dos parientes suyos, famosos combatientes.

—¿Está muy lejos?

—Unas cuatro o cinco millas.

—¿Y querrán recibirnos llevando tras de nosotros un pelotón de caballeros turcos?

—Mi amigo no se asusta por eso, y menos aún los otros. ¿Encendemos las mechas de los arcabuces?

—Sería una imprudencia. Además, nuestros perseguidores han de estar muy lejos. Aguijoneemos a nuestros corceles y tratemos de llegar cuanto antes a la factoría.

Los caballos iban al trote; al sentir el hierro cor-tante del estribo tomaron un galope infernal a tra-vés de los anchos surcos del yermo campo. Los ji-netes aguzaban los oídos, tratando de recoger los lejanos sonidos sospechosos; pero el ruido de las herraduras al chocar con huesos o con piedras no se lo permitía.

—Sin embargo, estoy seguro de que somos per-seguidos—murmuró Mico.

Durante dos horas los caballeros atravesaron campos y campos, saltando de vez en cuando cer-cas de higueras chumbas, y así llegaron ante un espeso bosque de algarrobos.

—La factoría de mi amigo no está ya lejos. Que los caballos resistan media hora aún a este paso y llegamos al seguro.

—¿Al seguro, dices?

—Sí, señor. Las factorías de la isla se han con-vertido en arsenales, y hallaremos armas, pólvora y municiones en abundancia. Aunque formáramos todo un escuadrón.

—Pero ¿cómo haces para guiarte en esta oscu-ridad?

—No sé; pero es el caso que nunca me engañé de dirección ni por tierra ni por mar, sin necesi-dad de recurrir a la brújula. Quizá tenga en mi ce-rebro algo así como un sexto sentido, acaso el que poseen las aves viajeras. Y observad, señor, que

tengo otra particularidad, preciosa especialmente en esta isla que sufre tan pertinaces sequías. Yo oigo las corrientes de agua subterránea y sé encontrarlas... Mirad... Aquí se ha cometido otra matanza; el campo está cubierto de esqueletos...

—¿Cristianos?—preguntó Muley.

—¡Oh! También habrá muchos turcos, porque los isleños, furiosos por los horrendos estragos, se defendían con toda su alma y no caían sin haber quemado antes su última mecha y mellado el corte de sus yataganes. Tened cuidado de guiar bien a los caballos para que no se lastimen.

Atravesaron el campo atestado de huesos humanos y que exhalaban aún pestífero hedor y pudieron ver, pues mientras tanto se había disipado la niebla y las estrellas esparcían tenue claridad sobre la tierra, las ruinas de varias grandes factorías candiotas.

Aquellos lugares debían de haber sido teatro de reñidísima y sangrienta lucha entre insulares e invasores, venciendo los últimos, indudablemente por su mayor número, y terminando la destrucción con el incendio.

—¿Es un pueblo aquello?

—Sí, señor; restos de un pueblo en el que degollaron a más de seiscientas personas, tranquilos labradores, pacíficas mujeres e inocentes niños, sin otro delito que el de adorar la Santa Cruz. En fin, ya conocéis la ferocidad de vuestros compatriotas.

—¡Horrible! ¡Infame! El noble guerrero mide sus fuerzas con el fuerte guerrero y no con el débil inerme.

En pocos saltos que obligaron a dar a sus corceles llegaron al bosque de algarrobos. Apenas internados en él sintieron por todas partes, al ras del suelo como en alto, a derecha y a izquierda, un estruendoso batir de alas que proyectó en torno suyo una corriente fuerte de viento nada perfumado.

—¿Qué es esto?—preguntó Muley sacando la espada.

—Comedores de muertos, señor. Pajarracos negros de largo pico, de más de un metro de altos y que no se conocían en la isla antes de la guerra. Dicen que han venido de parajes remotos, hasta de la Persia, y que han estado mucho tiempo en la isla de Chipre.

—En la que se habrán cebado bien—observó Mico.

—Cuidado con ellos, señor; porque a veces, enfurecidos por el hambre, se atreven a atacar a las personas. Dos veces he tenido que defenderme de esos voraces bichos a arcabuzazos.

—Pues ahora nos defenderemos con las espadas, Nicola. No es conveniente hacer uso de las armas de fuego, pues no hay que olvidar que somos perseguidos y nuestros disparos podrían guiarlos.

—Es verdad, señor—asintió el montañés—. ¡Que vengan al asalto esos carnívoros volátiles! No contentos con haber devorado tantos muertos, ¿osarán engullirse a los vivos? ¡Ah, no! Despacito, pajarracos; este pedazo de acero corta como la navaja de desollar de un verdugo turco. ¡Cuenta con vuestra cabeza!

Los vultúridos, que no debían de haber hallado con qué saciar su hambre en la campiña, en la cual sólo yacían esqueletos casi calcinados por el sol, revoloteaban en torno de los tres jinetes, tratando de resarcirse con aquella carne fresca. Negros como las tinieblas que los rodeaban, tenían picos de casi un pie de largo y al abrirlos dejaban espacio suficiente para contener con comodidad un gran haleón u otra ave aún más corpulenta.

Graznaban furiosos y atacaban resuelta y rabiamente, tratando ante todo de picar en la cabeza de los caballos, no protegida por arneses.

—¡Estos son los aliados de los musulmanes!—gritaba Mico, lanzando tajos y mandobles en todas direcciones.

También el León de Damasco y el griego habían empeñado una lucha encarnizada contra las rapaces aves, y aunque convencidos de que no era un combate peligroso, tiraban a los hambrientos pajarracos tajos al cuello, al pecho y a las alas, haciéndolos caer en gran número alrededor de los caballos. Los pobres animales, asustados, daban saltos tremendos para esquivarse de semejante vecindad. Así fué atravesado en breve el bosque.

—Esperemos que los que nos persiguen se encontrarán con esos apacibles amigos—dijo Mico—, y como los musulmanes son todos más o menos supersticiosos, no se atreverán a trabar combate con esos pajarracos, que creen de mal agüero.

En aquel instante, en medio del gran silencio que imperaba en el campo, vibraron dos bronceos

campanazos, difundiéndose su sonido por el espacio.

—¿Qué es eso?—preguntó Muley, preparándose a detener el caballo.

—Ese sonido anuncia la proximidad de la factoría del Domoko. Su campana suena aún y creo que es el único campanario que los turcos, tal vez por capricho, no han destruído.

—¿Es la de tu amigo?

—Sí, señor. Nuestros caballos han hecho el camino mucho más rápidamente de lo que yo supuse. ¡Bendita sea la Santa Cruz, que nos ampara!

Repitiéronse las dos campanadas, vibrantes, sonoras, perdiéndose sus ecos en brazos del aire. Los tres jinetes, pasando las espadas de la mano derecha a la izquierda, se signaron, y luego, apretando los estribos a los flancos del caballo, reemprendieron su galope furioso. Al mismo tiempo que las campanadas habían oído el lejano rumor que les anunciaba que sus perseguidores no perdían su pista.

—Contemos con que escaparemos de ellos—dijo el albanés.

—Contemos con nuestras espadas—repuso el León de Damasco.

Extendíase ante ellos la llanura despejada: sin algarrobos ni viñas, sin palmeras ni higos chumbos; los caballos levantaban al correr polvareda inmensa.

Los turcos habían destruído todo por el incendio, después de haber quitado a los pacíficos labradores con las cimitarras y los tiros de arcabuz.

Así preparaban los conquistadores los campos, abonándolos con sangre y ceniza, el guano de entonces. Así caminaron aún otro cuarto de hora y halláronse con viñas cultivadas.

—Mirad allá, señor.

—¡Una casa y una torrecilla!

—La factoría de mi amigo Domoko.

—¿Estará en casa?

—Confío en que sí.

Oyéronse fuertes ladridos, que por su sonoridad y robustez indicaban ser lanzados por grandes y temibles mastines. Aflojaron el paso y llegaron a la factoría; era una casa maciza con paredes y techos de piedra, pero bastante averiada, pues los turcos, no habiendo podido quemarla ni destruirla fácilmente, habían hecho en tejados y aberturas todo el daño posible.

Nicola envainó la espada, se metió dos dedos en la boca y lanzó tres vibrantes silbidos espaciados. Un momento después, mientras los perros ladraban más furiosos que antes, intentando salir, se abrió una ventanita y oyóse una voz enérgica que preguntaba:

—¿Quién vive? ¿El Islam?

—No; San Marcos—contestó Nicola—. Abre, Domoko; nos persiguen.

—¿Esos perros de los turbantes?

—Sí.

—Espera que despierte a mis cuñados. ¿Eres verdaderamente Nicola, tú?

—¿No conoces mi voz? Y viene conmigo el León de Damasco.

Cerróse la ventanilla; oyóse dentro de la casa rumor de voces y pasos por una escalera no muy segura y luego abrióse la puerta, apareciendo bajo el dintel tres hombres altos, robustos, barbudos, armados de sendos arcabuces con las mechas encendidas.

—Eso para los musulmanes, Domoko. Nosotros somos cristianos.

—Tiene uno que desconfiar siempre en estos malditos tiempos, Nicola. En fin; mi casa, con su cantina y su granero, están a vuestra disposición.

Uno de sus parientes apresuróse a encender una humosa candileja de aceite, de forma antediluviana, mientras el otro encadenaba a los perros, dos enormes y fortísimos mastines de poderosos colmillos, peligrosos adversarios, tanto para turcos como para cristianos.

Los tres jinetes descabalgaron, apoderándose de todas sus armas y municiones, y penetraron en una vasta estancia, mientras los dos cuñados del dueño de la casa llevaban bajo techado a los caballos, dándoles un buen pienso.

La sala estaba ennegrecida y el suelo era fangoso, como formado solamente por tierra batida. El mobiliario consistía en varias cántaras llamadas *zaras*, destinadas a conservar el aceite y lo suficientemente sólidas para desafiar a las balas de las pistolas de la época; en una mesa contigua, quizá secular, toda rajada, y en unos cuantos escaños semi-inválidos. En cambio, colgadas de las paredes veíanse muchas armas; arcabuces con las mechas encendidas y yataganes relucientes.

Como dijimos, el factor era hombre muy robusto, de gran estatura, casi un gigante, y aún fortísimo, aunque esmaltaran su larga barba algunos hilos de plata. Acudió solícito ante sus huéspedes.

—¿El León de Damasco?—preguntó.

—Yo soy—contestó el interesado.

El candiota le miró entre asombrado y estupefacto, y haciéndole una reverencia, le dijo:

—¡Dios dé larga vida al héroe de Famagosta, esposo del Capitán Tormenta, que abatía a los musulmanes como yo abato mis olivas! Pasad. Estáis en vuestra casa.

—Un momento, Domoko. No quisiera comprometerme con los turcos.

—¿Qué quieres decir?—interrogó el gigante, frunciendo el ceño.

—Ya te he dicho que somos perseguidos.

—¿Son muchos los que os dan caza?

—No lo sabemos aún.

—¡Bah! Somos seis; está entre nosotros el León de Damasco... ¿Qué podemos temer? Además, no creo que el Visir haya destacado en seguimiento vuestro a toda su caballería. ¿Estarán lejos esos perros?

—Calculo que les llevamos alguna milla de ventaja.

—Kara—dijo a uno de sus cuñados—, trae vino, ya que todavía tenemos. Es mejor para los cristianos que para los musulmanes.

—¡Bah! Ya no hacen caso del Profeta hoy día; beben más vino que agua, os lo aseguro yo—observó Mico.

—No quedo convencido, joven—replicó el factor sonriendo—. Señor Muley-el-Kadel (es ese vuestro nombre, que tantas veces he oído, ¿verdad?): ¿sería indiscreción preguntaros a dónde os dirigís?

—A Capso. Tengo que ver a Sebastián Veniero. ¿Le hallaremos en la rada todavía?

—Sí; sus ocho galeras están aún ancladas allí, pero con las velas medio desplegadas.

Los cuñados entraron, trayendo un cántaro de aquel exquisito vino que tanto placía hasta a los turcos y unas tazas de madera. Llenólas Domoko y brindó así:

—¡Por la muerte del Islam!

—¡Por su destrucción!—añadieron el albanés y el griego.

El León de Damasco no tuvo el valor de brindar por el exterminio de la raza; pero sin embargo bebió.

En aquel instante los mastines enderezaron las orejas y se pusieron a gruñir amenazadoramente.

—¡Silencio!—ordenó el factor, cogiendo la fusta y restallándola.

—Sienten acercarse a los turcos, ¿verdad?—preguntó Nicola.

—Sí; huelen a esa canalla de lejos; pero no creáis que esta noche suceda nada. Los musulmanes son demasiado amantes de la luz y no los veremos comparecer hasta que haya salido el sol. Confío en poder hacerles una buena jugarreta, y si saliera mal, entonces tendríamos que recurrir a las armas, y se hará lo que se pueda. ¿Qué opináis vos, señor Mu-

ley, vos que habéis vivido desde muchacho en medio de las batallas?

—Explicaos, Domoko.

—Un momento, señor. Tú, Kitar—dijo a uno de sus cuñados—, vé a parar el reloj del campanario.

—¿Para qué?—exclamó el griego, asombrado—. Deja que suene la campana.

—No; cuando los pocos aldeanos que escaparon a la crueldad turca, y que se hallan no lejos de aquí, no oigan sonar la hora en el antiguo reloj, comprenderán que algo grave pasa aquí, y acudirán presurosos, pocos en verdad, pero decididos, en nuestro socorro.

—¿Es una señal?—preguntó León.

—Sí, señor Muley; y si...

Interrumpióse; el vetusto reloj, antes de que lo parasen, quiso cumplir una vez más su deber secular. El sonido de su campana de bronce repercutió de una manera extraña en la casa, haciendo gruñir a los mastines; luego la onda sonora difundióse por el campo...

—Dentro de una hora ya habrá salido el sol y comparecerán los turcos.

Y dicho esto, Domoko acercóse a las tinajas, las destapó y después de olerlas dejó tres descubiertas, diciendo:

—Estas no han contenido más que agua.

—¿Qué máquinas?—le preguntó Nicola.

—¿No crees que en esos odres panzudos cabe perfectamente un hombre?

—¿Y crees que los turcos no alzarán las tapaderas?

—Cuando vea que van a hacerlo soltaré a los perros y daremos la batalla. Mis mastines son poderosos auxiliares. Después de todo, morir mañana, es decir, hoy, u otro día cualquiera, lo mismo da. Así como así, nuestra vida, a pesar de la abjuración, está siempre pendiente de un hilo con esa canalla.

Kitar y Kara entraron juntos. Los dos, fuertes y vigorosos y ya acostumbrados a combatir, aunque eran todavía jóvenes, aparecían perfectamente tranquilos.

—¿Está parado el reloj?

—He cortado la cuerda que sostenía el contrapeso y la piedra cayó al fondo de la torre.

—Apaguemos la luz y vamos a explorar las cercanías de la factoría.

Los seis hombres aguardaron que las tinieblas invadieran la estancia, soplaron las mechas de sus arcabuces y salieron, mientras los mastines, previendo algo grave, gruñían sordamente y hacían esfuerzos desesperados por romper las cadenas que los sujetaban.

CAPITULO XII

LA CABALLERÍA TURCA

La oscuridad reinaba en el exterior. Nuevos vapores ocultaban las estrellas y el alba había de tardar aún cerca de una hora. El viento reposaba en calma completa, y parecía gravitar sobre la tierra algo invisible y pavoroso que absorbía todo rumor, todo ruido, dando a las plantas y al cielo la inmovilidad de las cosas muertas.

También en la factoría imperaba el silencio. Los perros, como si comprendiesen que iban a poner en peligro la vida de sus amos con sus gruñidos, enmudecieron. Sólo sobre las hojas de la vid oíase, de vez en cuando, el lúgubre graznido de algún vultúrido.

Los seis hombres adelantaron con precaución unos cincuenta metros, y luego se internaron entre las ruinas para ocultar mejor las mechas de sus arcabuces.

—¡Vaya una nohecita para un combate, Domoko!

—Las he visto peores, Nicola... ¡Oh, qué turcos!

No habrá paz hasta que una u otra raza sea destruída... Y por ahora somos nosotros los que llevamos la peor parte.

—Venecia no ha muerto aún, y, como veis, a costa de mil peligros y sacrificios, no os abandona.

—Lo sé, señor Muley. La Serenísima no puede hacer más en estos momentos, porque una flota no se improvisa.

—¿Creéis que Veniero pueda intentar algo?

—A pesar de sus setenta y cuatro años, es siempre el marino más audaz de la Reina de las Lagunas. La vejez no puede nada contra aquel hombre. Se diría que circula por sus venas bronce en vez de sangre.

—¿Le habéis visto?

—Hace tres días, en Capso.

—¿Parecía dispuesto a precipitarse contra los musulmanes?

—Ha llegado a las aguas de Candía para combatir y no para reposar, señor Muley. Aunque tiene un pie herido, que le obliga a llevar pantuflas bajo los escarpes, no siente la necesidad de estarse tranquilo en su galera.

—¿Es buena?

—Sesenta piezas y cinco órdenes de remos. No se yo si habrá quien se atreva a capturarla, ni aun los turcos.

—¡Silencio! — advirtió el albanés —. Los turcos llegan.

—¿Cómo lo sabes, Mico?

—Señor, por el polvo que levantan sus caballos, y que forma una especie de nube.

—¿Qué me aconsejáis, Domoko? ¿Cabalgar de nuevo y huir?

—Vuestros caballos, aunque de buena raza, han agotado casi sus fuerzas; nuestros campos son malos de recorrer, y son capaces de matar a los mejores árabes esas continuas ruinas atestadas de huesos. Volvamos a la factoría y permitidme que intente mi golpe.

—¿Queréis escondernos?

—Sí, en las *zaras*.

—¿Y si los turcos destapan esas tinajas?

—Confío en burlarme de ellos.

—¿De qué modo?

—Veréis. Kitar, Kara, andad a llenar del mejor vino todos los vasos y ponedlos en la mesa.

—Sí, padre—respondieron los dos hermanos, que tenían costumbre de dar tan dulce nombre a su cuñado desde que habían sido destruidos todos sus parientes por los implacables enemigos de la Cruz. Y se fueron corriendo hacia la casa, después de apagar las mechas de sus arcabuces.

—Sigámoslos también nosotros. No sabemos cuántos son los turcos y con las armas de fuego no hay que jugar.

—¿Ves algo tú, Mico?

—Sí, señor; una nube de polvo que avanza lentamente.

—¿Pero avanza?

—Sí, amo.

—Compadre Domoko, en retirada, pues.

Los cuatro hombres llegaron pronto a la factoría, donde ya había de nuevo luz. El reloj estaba

parado, y los mastines, en silencio. Domoko destapó las tres zaras que sólo contuvieran agua y dijo a los fugitivos:

—Pronto; meteos dentro con los arcabuces y las espadas. Puede ser que tengamos que luchar con esos canallas.

Muley-el-Kadel arrugó la frente.

—¡Yo esconderme!—exclamó.

—Señor—observó el griego—, la guerra tiene sus exigencias y sus necesidades. A veces vale más la astucia que el valor y la audacia. Una bala sale muy pronto y parte el corazón o perfora los pulmones.

—Es verdad.

Apagaron las mechas y se metieron dentro de las enormes cántaras, donde cabían bien. Domoko las tapó de manera que no pudiera faltarles el aire, y luego desató a los perros, quienes se lanzaron precipitadamente a través de la tenebrosa llanura ladrando ferozmente. Eran dos enemigos formidables, que no tenían el más mínimo miedo a las cimitarras turcas.

Domoko y sus cuñados pusiéronse en acecho ante la puerta, después de apagar la luz, parapetándose detrás de tres o cuatro gaviones. En el gran silencio imperante oíase ladrar a los mastines y, a la vez que los ladridos, un rumor sordo, pesado, que indicaba marcha de tropa a caballo.

—Vienen. Al alba estarán aquí, infaliblemente.

—Así lo creo yo también, Kara—respondió Domoko.

—¿Crees que sean muchos?

—No me parece; con este silencio, unos pocos caballos meten mucho estruendo.

—¿Y esperas salvar a nuestros huéspedes?

—Y también la factoría. Por esta vez abonaremos nuestro viñedo con sangre musulmana. Cuidad de que no escape ni uno solo para contárselo al Visir.

—Pierde cuidado, padre—dijo Kitar.

—Los quemaremos, hombres y caballos. La leña no falta, y en la despensa tenemos dos zafra llenas de aceite.

—¿Vendrán nuestros amigos?

—Al no oír el reloj dejarán su factoría, y podemos contar con seis jóvenes que matan las codornices al vuelo.

—Y un turco presenta mucho más blanco que una codorniz.

—Ya llegan.

—¿Sin esperar al alba?

Unas sombras adelantaban hacia la factoría, sombras de caballeros medio envueltos en la nube de polvo que levantaban al correr sus caballos. Domoko, que tenía muy aguda la vista, a pesar de su avanzada edad, examinó atentamente el piquete, que parecía no tener muchas ganas de pelear, y dijo:

—Trece; ni uno más ni uno menos. Esa gente a la noche será convertida en ceniza.

Una voz ronca se elevó, gritando:

—¿Quién vive?

—No respondáis—ordenó Domoko.

Transcurrieron algunos segundos; luego, la mis-

ma voz, que era desagradabilísima, prosiguió en tono feroz:

—¡Perros cristianos! ¿Queréis responder o no? Soy un *kaymakan* y tengo un piquete de caballería a mis órdenes.

Los tres candiotas efectuaron una prudente retirada, no queriendo empeñar el combate, pues no sabían si tras aquéllos venían más soldados.

—Enciende ahora una luz, Kitar. De todos modos, hemos de recibir su visita...

El *kaymakan*, firme a doscientos pasos de la factoría, seguía renegando a voz en cuello, como si se hubiera vuelto loco de repente.

—¡Ah, perros asquerosos, cerdos cristianos! ¿No queréis responder? Por el Profeta, que os he de hacer empalar a todos y daré a los comedores de cadáveres vuestra carne.

Domoko bajó a la puerta, abrió, sujetando por el collar a uno de sus mastines, y gritó:

—¿Quién vive?

—Puerco cristiano, ¿tan duro tienes el sueño que no oyes la voz de un *kaymakan*?

—He estado labrando el campo todo el día y me acosté rendido.

—¿Eres tú Domoko?

—Sí.

—¿Un renegado?

—Sí.

—¿No estás solo?

—No; viven conmigo mis dos cuñados.

—Y también perros, a lo que parece.

—Y terribles, *effendi*.

—¿Cuántos son?

—Dos.

—Antes de que entre en tu casa te exijo que los mates.

—¿A mis perros? No lo haré, *effendi*.

—¡Cómo! Tú, asqueroso cristiano, ¿te crees con derecho a replicarme porque te hayas puesto la camisa musulmana?

—Sí—repuso Domoko con voz firme.

—¿Quieres que te asemos dentro de tu casa?

—Tratad de hacerlo. Yo desataré a mis perros y os combatiré con mis cuñados, bandidos.

—¡Por el Profeta! Este hombre es un gallito candiota al que hay que cortar la cresta. Ya tenemos diversión. Esperemos sólo que se vea algo más claramente.

—*Effendi*, podéis avanzar sin temor; los perros no os molestarán. Y si queréis esperar a que salga el sol, puedo enviaros un par de jarros de vino.

—¿Vino? ¡Ah, falso musulmán!—aulló el *kaymakán*.—¿Beber vino, siendo así que el Profeta lo prohíbe a sus fieles?

—Me han dicho que también el Sultán bebe.

—Pero a él todo le está permitido. Y además, sólo bebe vino de Chipre.

—Pues el mío no es ni menos dorado ni menos generoso.

—¡Asqueroso, cerdo!... ¡Me estás tentando!

—¿Queréis o no queréis?—preguntó Domoko, que no ignoraba que los turcos habían hecho grandes trampas en el Corán para poder atracarse del zumo que descubriera el gran Noé.

Mormotearon entre sí los soldados, y su jefe dijo:

—Tráelo.

—Pero has de prometer por el Profeta respetar nuestra vida.

—Bien se puede prometer por gustar el vino que beben los Sultanes. Mándanos de beber y no haremos mal alguno a los hombres que traigan los jarros.

—Cuento con la promesa.

Y volviéndose adentro, Domoko encaróse con sus cuñados y les preguntó:

—¿Tendréis temor en llevar de beber a esa canalla?

—No — respondió Kitar —. Nos llevaremos a los perros y verás cómo los turcos se están quietos. Temen más a nuestros mastines que a los cristianos.

—Porque son ágiles y fuertes; saltan a la garganta y los estrangulan. Coged cuatro jarros y llevádselos. Nosotros todos estaremos preparados para correr en vuestro auxilio.

Kitar se encogió de hombros.

—¡Bah!—dijo—. ¿Qué importa morir hoy o mañana? Ya sabemos que nuestra isla está maldita y que no estaremos en paz hasta que haya sido exterminada toda nuestra raza. Con los turcos como invasores se acostumbra uno muy pronto a la idea de la muerte y la ve uno venir sin hacer caso.

—Andad, hijos.

El *kaymakan* comenzaba a impacientarse por aquel retraso.

—Asquerosos adoradores de la Cruz, ¿no tenéis palabra? Apresuraos a traernos de beber, ¡voto el

Profeta!... Tenemos el gáznate lleno de polvo, y lo que es más, de polvo de huesos cristianos.

—¡Canallas!—murmuró Kara—. Les haremos probar los dientes de nuestros mastines.

Los dos cuñados de Domoko ataron los perros, cogieron en brazos cuatro grandes jarros llenos de vino blanco, que podía rivalizar con el de Chipre, y se dirigieron intrépidos al encuentro de los turcos, quienes no habían adelantado un solo paso.

—Aquí están los perros sarnosos que nos traen de beber; tienen miedo de nosotros. ¡Ah!, si yo fuera Visir, los haría decapitar a todos, a pesar de haber renegado su religión. ¡Por Mahoma! Sólo la cabeza no vuelve a nacer.

Kara y Kitar, nada aterrados por aquellas amenazas, se acercaban a los caballeros, cargados con los jarros. A su lado, los perros ladraban furiosos. Atravesaron el viñedo, y pronto se hallaron ante sus eternos enemigos. Apuntaba el alba, arrebolando suavemente el cielo. Los jinetes eran trece: doce soldados y el jefe, cuyo aspecto era de aventurero fanfarrón y brutal, con su cara llena de cicatrices, su monumental turbante de brocado adornado con media docena de plumas de avestruz y su brillante armadura.

—¡Perros sarnosos! ¡Os hacéis esperar, a lo que parece!

—El Profeta prohíbe a sus fieles beber vino—respondió audazmente Kara.

—Tienes la lengua larga, cristiano. Si te cojo, será la primera cosa que te corte. ¿Nos tomas por ganapanes de Constantinopla? ¡Pues no faltaba más!

—Olvidas que ahora soy yo también un creyente.

—¿Y desde cuándo eres tú 'musulmán'?

—Desde hace seis meses.

—Has recordado muy tarde que nuestra religión es la única, la verdadera.

—Como viví siempre entre cristianos...

—¿Y oras con fervor mirando a la Meca?

—Todos los días, por la mañana, al mediodía y a la noche.

El *kaymakan* soltó una carcajada. Luego dijo:

—Si te abriesen el pecho y te arrancasen el corazón no hallarían en él ninguna fe en el Profeta. Vosotros, canallas, renegáis de la religión de vuestros padres por salvar la piel y nada más. Ten cuidado no te sorprenda yo el mejor día; soy muy capaz de venir aquí para asegurarme de si oras.

—Ven. Mis oraciones las digo fuera de las puertas de la factoría y todos pueden verme.

—Bueno; traed los jarros y tened bien sujetos a los perros; no quiero nada con sus colmillos.

Obedecieron ambos y luego preparáronse a regresar a la casa.

—¡Hola! ¡Despacito, mendigos!—aulló el *kaymakan*, que había descabalgado y adelantaba empuñando una enorme cimitarra.

Los candiotas, viendo que también estaban a pie los soldados y que por aquel terreno no les era fácil seguirlos, volvieron las espaldas y huyeron a todo escape hacia la factoría, seguidos de los mastines, cuyos ladridos espantaban a los caballos.

—Aguardad a que me bañe la lengua y os diré

dos palabritas—dijo el *kaymakan*—. ¡Yo os arreglaré!...

Los musulmanes, satisfechos por tener qué beber, sentáronse en derredor de los jarros, uno para cada cuatro, pues el jefe reservóse uno para él solo, y dejaron al *kaymakan* que despoticase a su guisa. Debían de estar acostumbrados a sus rabietas y no le hacían caso. El vino era excelente: blanco, dulce, casi jarabe; poco diferente del que daba la uva dorada de Chipre.

Domoko salía al encuentro de sus cuñados con el arcabuz preparado y temeroso de que los turcos, siempre dispuestos a considerar a los cristianos, aunque fuesen renegados, como buena presa, les descargasen, por divertirse, algunos pistoletazos.

—¿Vendrán a visitarnos?—preguntó.

—En cuanto 'salga el sol están aquí —respondió Kara.

—Y lo que es peor, borrachos.—añadió Kitar.

—¡Bah! Quizá sea un bien—observó Domoko.

Y levantó la cabeza y miró al cielo, ya sonrosado por la claridad indecisa del alba. Hacia Oriente nubes más rojas indicaban la próxima salida del sol.

Después entró en la estancia y destapó 'las *zaras* para que los ocultados en ellas respiraran con toda libertad.

—Es 'lo más probable—dijo a Muley—que tengamos que trabar un combate; pero vos no compareceréis hasta el último momento. Dejadme primero a ver si puedo burlarlos.

—¿Son muchos?

—Trece.

—¡Bah! Me siento capaz de acometerlos sólo con mi albanés.

—Aguardad, señor. Siempre sobra tiempo de recibir un pistoletazo o un tajo de cimitarra. Vos sabéis mejor que yo que los soldados turcos desprecian la vida y se baten bien.

—Sí.

—Pues estaos ahí callados. El sol va a salir y dentro de pocos minutos esa canalla estará aquí.

Se les oía conversar alegremente en derredor de los jarros, que ya debían de estar vacíos. El *kaymakan* sobre todo vomitaba contra los cristianos injurias que afluan a sus labios impulsadas por los vapores del vino. Se habían puesto todos alegres, quizá demasiado alegres. Al cabo montaron y se dirigieron a la factoría, vociferando como si la fuesen a tomar por asalto.

Domoko, Kitar y Kara prepararon sus arcabuces y yagatanes, hicieron ponerse a los mastines en el fondo de la estancia y se asomaron a la ventana. El sol se alzaba majestuoso en el horizonte, disipando las nieblas y fundiendo con su poderoso calor las brumas. El *kaymakan*, que no se sostenía muy firme en la silla, fué el primero que llegó a la factoría.

—¿Dónde está el amo?—preguntó.

—Aquí estoy—respondió, saliendo—. ¿Qué quieres?

—Tú eres el amo, y también un falso musulmán, ¿verdad?

—Creo en el Corán.

—Todos los renegados decís eso por miedo a que os corten la nariz y las orejas.

—Bueno; ¿qué quieres? Las amenazas déjalas para otra ocasión.

—¡Por las barbas del Profeta! Este cristiano tiene verdadera sangre en las venas.

—Te 'he dicho que soy ya musulmán.

—¡Ja, ja, ja!—rió el turco irónicamente.

Agarrándose fuertemente al pomo de la silla, descabalgó. Imitáronle sus compañeros y todos se acercaron a la puerta. Los primeros rayos del sol, al herir sus grandes cimitarras, lanzaban de ellas mil destellos deslumbradores.

—¿Cuántos sois en la factoría?

—Tres.

—¿Y no se han refugiado en ella unos cristianos?

—Hace quince días que no viene por acá nadie. Ya no se puede ni comerciar.

—¡Ah, perro asqueroso! ¡Mírame bien! ¡Tú tratas de engañarme!... ¿Engañar a un *kaymakan*? ¡Ja, ja!... ¿No sabes que hemos seguido la pista de esos tres *guarros* fugados de Candía y que han matado a dos de los nuestros?

—Habrán pasado de largo esta noche, mientras dormíamos.

—Estoy viendo tu nariz en peligro—exclamó el turco blandiendo su cimitarra—. Y después de la nariz vendrán las orejas, y luego cortaremos la cabeza entera de un renegado que trata de engañar al Sultán desde el alba hasta la noche.

—¿Quieres registrar mi casa? Entra.

—¿No me tiendes una celada?

—Llevas suficientes hombres contigo para castigarme.

—¡Oh! Basta y sobra con mi 'cimitarra—dijo el teniente coronel—. Yo me como a los cristianos, sin esfuerzo alguno, por la mañana y por la noche.

—Sí; para almuerzo y para cena—observó Domo-ko con ironía.

—Eres un palurdo; pero se ve que tienes algo de ingenio. Es que te inspira el Profeta.

—En efecto; por las noches, cuando me voy a dormir, siento que me hace cosquillas en la cara con su barba.

—¡Tú!

—Yo.

—¡A ti!

—A mí.

—Tú lo que eres es un gran canalla, puerco asqueroso, que trata de burlarse de mí. Voy a registrar tu casa.

—Están los perros.

—Encadénalos.

—No; son animales demasiado bravos contra el enemigo.

—Entonces te romperé la cabeza.

—Tengo encendida la mecha de mi arcabuz.

—¡Ah, perro asqueroso! ¡Osas rebelarte a un *kay-makan*?

—Yo no. Te invité a entrar y a beber mi vino.

—Por todas las barbas del Profeta! Tu vino alegra el corazón y calienta el cuerpo.

—Es como el Chipre que beben los Sultanes.

—Ahora comprendo por qué matan, sin pestañear, a príncipes y ministros. Bueno. Aquí se siente olor a cristianos.

Trabajosamente, pues no se tenía muy firme, franqueó los umbrales y penetró en la estancia blandiendo ruidosamente su cimitarra.

—Aquí deben haber venido los cristianos.

—¿Cuáles?

—Los que mataron a mi compañero.

—Búscalos.

—¿Qué contienen esas *zaras*?

—Agua corrompida.

—¿No tienen vino?

—No; pero tengo bien provista la despensa.

—Sírvenos.

—¿Todavía?

—Si bebe el Sultán, beban también sus soldados.

Estos entraban arrastrando con fragor por el suelo sus cimitarras envainadas y soplando en las mechas de sus pistolas. Al ver la gran mesa y los escabiosos sentáronse tranquilamente.

Sin embargo, el *kaymakan* no parecía tranquilo y paseaba con aspecto receloso ante las tinajas. ¿Oía, con efecto, a los cristianos? Tratándose de un turco, era probable.

Kitar, que no le perdía de vista, llevó a los perros cerca de las *zaras*, y el teniente coronel de Caballería, que parecía tener gran miedo de aquellos terribles mastines, lanzó tres o cuatro amenazas sangrientas contra los cristianos, y se fué a sentar con sus compañeros, poniéndose a beber. Ya habían vaciado dos tazas, cuando se levantó.

—Estos asquerosos cristianos—aulló—se burlan de nosotros. Os lo aseguro.

Y mirando fijamente a Domoko, 'que había palidecido:

—Destapa las *zaras*—le mandó—. Quiero ver qué hay dentro.

—Destápalas tú si quieres y te atreves.

—¿Crees que tengo miedo?

—Comienzo a creerlo.

—¡Ah! ¡Por todos los bandidos de Arabia que si te burlas!...

Destapó una tinaja y 'dió un paso atrás al ver asomar la cabeza de Muley-el-Kadel, quien empuñaba la espada, presto a entrar en combate.

—¡Un cristiano!—rugió el '*kaymakan*, levantando en alto la pesada cimitarra.

De un salto el terrible guerrero salió de la *zara* y avanzó hacia el musulmán, diciendo con voz terrible:

—Ahora no soy ni turco ni cristiano. En este momento sólo soy el León de Damasco.

CAPITULO XIII

LA RADA DE CAPSO

Los turcos, al ver al temible guerrero, se levantaron y dieron un paso atrás, sintiendo hendir sus pechos de admiración por aquel intrépido León que había llevado a cabo tantas hazañas peleando en las filas del Islam.

También se destaparon las otras dos tinajas y salieron de ellas el albanés y el griego, siempre dispuestos a pelear contra el odiado enemigo.

El *kaymakan*, estupefacto, no tenía alientos ni para dar órdenes a sus hombres, los cuales miraban con algo de espanto a aquellos seis hombres armados y a los dos mastines, que ladraban desahoradamente en el fondo de la estancia, deseosos de lanzarse sobre los turcos.

—¿Qué quieres del León de Damasco, di?

—¿Tú eres el León de Damasco?—exclamó por fin el *kaymakan*, haciendo molinetes rápidos con la cimitarra para cubrirse de los golpes que esperaba le dirigiese el otro—. El Bajá ha prometido cinco mil ceques por tu captura, y aunque yo conserve todavía gran estimación por ti, no te soltaré.

—Ven a prenderme.

—¡Sus, a él!—aulló el jefe a sus soldados—. Es una presa que vale 'oro molido.

Con gran estupor vió que sus hombres, adosados a la mesa, no parecían nada dispuestos a lidiar con 'tan famoso guerrero.

—¡Ah, viles!—gritó furioso—. Os haré emparlar a todos por orden del Bajá. ¿Quién es el León de Damasco para que os espante? Un renegado a quien voy a castigar por mi mano.

—¡Tú!—dijo con desdén Muley—. Aceros mejores que el tuyo son precisos para medirse con el mío. No eres ni siquiera un discípulo de Metiub.

El turco, exaltado por el mucho vino bebido, adelantó audazmente blandiendo la cimitarra y aullando:

—¡Ah! ¿Conque no soy ni siquiera un discípulo de Metiub? Te demostraré que me 'basto y sobro para vencerte a ti, a ti, hijo de un Bajá, que te has convertido en un 'asqueroso cristiano.

—¿Sin ayuda de nadie?

—Sin ayuda. Soy lo bastante fuerte para cortarte la cabeza con 'mi cimitarra.

—Lo que eres tú es un parlanchín, un polichinela.

Los soldados soltaron la carcajada. El *kaymakan*, doblemente furioso porque se reían de él hasta sus subordinados, se lanzó contra el León de Damasco, dando tajos incesantes 'como un loco.

Muley no quería que chocara la pesada cimitarra con su espada, que era mucho más endeble, por temor de 'quedarse desarmado, y paraba los furiosos

golpes quebrando el cuerpo y dando saltos a derecha e izquierda, mientras espiaba el momento propicio para tenderse a fondo y darle una estocada mortal.

El *kaymakan* tomó la prudencia por miedo; daba grandes tajos al aire y a las tinajas, con gran regocijo de sus soldados, cuyas risas le ponían fuera de sí. Aunque no era diestro en la esgrima, resultaba adversario temible con aquella pesada y fuerte cimitarra.

Los turcos, los candiotas, el albanés y Nicola asistían como meros espectadores al dramático duelo. Los cuñados de Domoko sujetaban a los mastines, deseosos de intervenir en la contienda.

La lucha duraba ya dos minutos, y uno de los tinajones había sido roto con estruendo con la cimitarra, cuando se vió al León de Damasco tenderse de pronto a fondo, exclamando:

—¡Muerel

Su acero dirigióse hacia el cuello, y penetrando por la gola le atravesó la garganta. El turco miró a su adversario con odio intenso y, faltándole de improviso las fuerzas, derrumbóse en tierra con estrépito, soltando al caer la cimitarra, que no había sabido defenderlo.

Los soldados, al ver caer a su jefe, en vez de empeñar resueltamente la lucha, huyeron precipitadamente, seguidos de los perros, que intentaban morderles las piernas, por fortuna protegidas por las grebas.

Cuando llegaron adonde estaban los caballos, montaron y se alejaron a la carrera, deteniéndose a

unos doscientos metros de la factoría. El *kaymakan* había muerto; la estocada que no tuvo buen resultado contra Metiub, acabó con el fanfarrón teniente coronel de la caballería otomana, y la sangre salía a borbotones de su herida.

Domoko se había inclinado sobre él, y después de examinarlo dijo a sus cuñados:

—Llévadlo fuera. Está muerto.

Al sacarlo, los soldados dispararon sobre Kara y Kitar algunos pistoletazos; pero las pistolas de entonces no tenían tanto alcance.

—Victoria inútil—dijo el León haciendo salir de allí a los perros, que bebían la sangre del turco—. Ahora nos sitiarán.

—No os preocupéis por ello, señor. El reloj sigue parado, y esta tarde tendremos aquí gente armada y animosa, dispuesta a todo.

—Quisiera cargar a esa canalla. Estoy seguro de que no resistirán a nuestro empuje.

—Yo también estoy convencido; pero un pistoletazo, aun disparado por un cobarde, puede matar al hombre más valiente que haya bajo la capa del cielo. Dejados; ya saldaremos cuentas con ellos.

—¿Y si envían a alguno al campo en busca de refuerzos?

—Ya está previsto eso, señor Muley. Kitar se ha apostado en lo alto de la torre con su arcabuz preparado, y al primero que vea que se aleja lo matará. Mi cuñado es un gran tirador y no pierde blanco aun a quinientos pasos. ¿Queréis que vayamos a ver lo que hacen los sitiadores?

—Iba a proponéroslo.

Tomaron los arcabuces, encendieron las mechas y salieron escoltados por Mico, Nicola, Kara y los perros.

Los soldados, aunque privados de su jefe, no parecían muy dispuestos a marcharse. Habíanse rodeado de los caballos para que les sirvieran como de trinchera, y deliberaban, gesticulando animadamente.

—Se les ha puesto en la mollera prendernos—dijo Domoko—. Son doce; pero con nuestros amigos de la otra factoría seremos también nosotros diez u once, y... veremos. ¡Ah! ¡Me lo suponía!

Uno de los soldados montó de pronto a caballo y echó a correr en dirección al Este, o sea hacia el campamento.

—Dejad ese cuidado a Kitar—observó el candidato al ver que Muley se echaba el arcabuz a la cara.

—¿Y si fallase el tiro?

—No fallará.

Apenas el caballero se había alejado trescientos pasos, cuando sonó un disparo. Kitar hizo blanco desde el campanario, pues el musulmán abrió los brazos y cayó al suelo.

—¡El caballo ahora!—gritó Domoko.

Casi en seguida resonó una segunda detonación, y el corcel, después de encabritarse y relinchar, fué a caer muerto a quince pasos de su dueño. El León de Damasco no había sido menos certero que Kitar.

Los turcos, asustados, dispararon sus pistolones sobre los cinco hombres; pero aquellas armas apenas alcanzaban una veintena de metros. Luego, mon-

tando a caballo, fueron a acampar en medio de la viña de Domoko.

—Lo siento por vuestra uva—dijo Muley festivamente.

—¡Oh! De todos modos no contaba yo con pisarla toda este año, porque cuando el turco está en campaña devora lo de los cristianos y hasta lo de los renegados.

—Pero—observó Mico—¡cuidado que tienen dura la cabeza 'esas gentes! ¡Pues no nos sitian!

—Tienen valor—objetó el León de Damasco.

—¿Y nos quedaremos mirándolos sin intentar nada?

—No tengas prisa, joven—le replicó el factor—. Aguardemos a la tarde, y ya que los asaltantes nos dejan respirar, almorcemos. Poco tengo que ofrecer, porque reina la 'miseria en el campo; pero el que da lo que tiene...

Kara entró y puso la mesa en un verbo. La comida era más bien pobre; consistía en una olla llena de *koisé*, o sea de acelgas aderezadas con excelente aceite, leche y pan ordinario, cocido algunos meses antes. Y aunque los turcos continuaban gritando y disparando sus pistolas, comieron todos con gran apetito, sin olvidar a Kitar, que proseguía de centinela en lo alto de la torre.

Al mediodía la situación era la misma. Los turcos no habían tenido el valor de destacar a ningún jinete por miedo al infalible arcabucero, que los veía muy bien, aun cuando estaban escondidos en el viñado.

—Hasta dentro de algunas horas no tendremos

novedad—dijo Domoko ofreciendo un chibucuf, cargado de rubio y aromático tabaco, al León de Damasco. Los turcos nos vigilan; pero creo que no se atreverán a asaltarnos.

Como para contradecirlo, oyóse en aquel momento otro disparo de arcabuz. Seguidamente la voz de Kitar gritó:

—¡A las armas!...

Los cinco sitiados lanzáronse fuera de la estancia y vieron a los musulmanes a caballo, con las pesadas cimitarras fuera de las vainas y cual si se preparasen a dar una carga a la desesperada.

—¡Quietos, locos!—exclamó el albanés, disparando su arcabuz.

Pero los jinetes, nada intimidados, lanzáronse valerosos, audaces y exhalando salvajes gritos, contra la factoría.

—Suelta a los perros, Kara—mandó su cuñado.

Los dos mastines se precipitaron velocísimos, ladrando con ferocidad y amenazando morder las patas de los caballos. Muley, Nicola y Mico continuaban disparando, aunque con mala fortuna, pues los jinetes se mantenían entre las viñas, medio ocultos tras los pámpanos y hojas de que todavía estaban muy cubiertas las cepas.

Los musulmanes, privados de su *kaymakan*, habían vacilado mucho antes de dar una carga decisiva, una de esas cargas que podía hacerlos dueños de la factoría.

Los mastines, habituados a la guerra, enloquecían a los asaltantes con fingidos ataques, huían fácilmente de los golpes de las cimitarras y de los

pistoletazos y asustaban a los caballos, que se diseminaban y hacían esfuerzos desesperados para librarse de sus jinetes.

Tras una media hora de esfuerzos lograron los turcos agruparse y se precipitaron a rienda suelta contra la factoría. Entonces se presentó ocasión a Mico de dar un buen golpe, y apuntando a un sargento que adelantaba la cabeza blandiendo su corvo acero, disparó el arcabuz, y la bala dió en el blanco. El pobre diablo cayó de la silla. Los mastines se precipitaron sobre el caído para rematarlo con sus acerados dientes, y la tarea no fué muy larga.

—Ya no son más que diez. Los asaltantes se derriten como las nieves del monte Líbano cuando el sol comienza a morderlas. ¡Si intentásemos una carga!...

—No, señor Muley; sois mi huésped y debo salvaros.

—Pero si esa canalla huirá apenas nos vea a caballo. Haced traer los corceles y llamad a los perros. Domoko movió la cabeza.

—No—dijo—. Si el León de Damasco fuese muerto me atraería yo el odio tanto de los musulmanes como de los cristianos. Aguardad, señor.

En aquel instante oyóse dar varias horas seguidas al reloj, hasta entonces parado. El bravo can-diota lanzó un grito.

—Esto quiere decir que los socorros llegan. Kitar, para avisarnos, ha dado cuerda al reloj. Kara, vé a ensillar los caballos, mientras nosotros mantenemos a distancia a esa canalla.

Los jinetes, atormentados sin cesar por los mastines, después de flanquear en desenfrenada carrera la factoría volvieron al viñedo para deliberar ocultos. Muley, Domoko, el albanés y el griego continuaban sus disparos. También Kitar, desde su puesto, disparaba, tratando de disminuir el número de los turcos, más que nunca empeñados en aquel asedio tan poco feliz. Habían soltado una veintena de tiros sin resultado positivo ostensible, cuando apareció Kara ante la puerta con los caballos ensillados.

—Montemos — dijo —. Los amigos están ya a la vista.

También los candiotas tenían excelentes caballos, aunque no de pura raza árabe, sino producto del cruce de ésta con la de las estepas turcas.

Oyéronse lejanos dos disparos de arcabuz casi seguidos. Todos habían cabalgado ya, y pudieron ver, empinándose sobre los estribos, a cuatro jinetes, con aspecto de salteadores, que adelantaban a campo traviesa aullando algo que los de la factoría tradujeron por:

—¡Muerte a los turcos!

—Ayudémoslos—dijo Muley—. Y todos partieron como un alud contra los musulmanes, que, al verles llegar de aquel modo, se atemorizaron e intentaron retirarse.

Pero fueron a dar con los cuatro auxiliares que llegaban con los arcabuces preparados, y que, a la primera descarga, mataron a tres soldados. Los otros intentaron volver a resguardarse en el viñedo, a tiempo que llegaban como un huracán Muley y sus

compañeros. El choque fué tremendo. Martillearon ruidosamente espadas y cimitarras, entre sí y contra las corazas, y luego todo el grupo de soldados musulmanes cayó para no levantarse más, porque los perros se encargaban de rematarlos muy pronto.

—¡Confúndase la sangre de estos canallas—decían los candiotas—con la de nuestros padres, hermanos, hijos y mujeres por ellos bárbaramente derramada!

Estos dolorosos recuerdos hacía que aquellos hombres, aunque pacíficos labradores, se mostraran casi tan crueles como los turcos. En cuanto a Muley, después del choque decisivo, se había retirado y asistía a la matanza de sus compatriotas y antiguos correligionarios con la frente arrugadísima y apretando los dientes.

—Esto se acabó ya, Korika—dijo Domoko a su vecino y compañero.

—Sí, amigo; a estas horas están sentados todos ellos en las rodillas de las hurfes. ¡Qué afortunados son!

—¡Gracias por tu buena ayuda!

—No hay de qué; en mi lugar, hubieras tú hecho lo mismo, Domoko.

—No habría vacilado. Te ha avisado el reloj, ¿eh?

—Sí; al no oírlo sonar me supuse en seguida que tenía que hacer con los turcos y salí a escape con mis tres hijos.

—¿Ves ese hombre, Korika?—preguntó Domoko, indicándole con un gesto a Muley, que, con Mico y Nicola, disparaba sobre los caballos turcos, para evitar que volviesen al campamento.

—Un soberbio guerrero. Me fijé en él cuando cargaba y le admiré; vale solo por cuatro.

—Pues es el famoso León de Damasco.

—¡Por todos los peces del Mediterráneo! ¿El famoso guerrero musulmán que ha renegado de la Media Luna por la Cruz?

—El mismo.

—¿Y adónde va?

—A la rada de Capso.

—¿Están aún allí las galeras venecianas de Venier?

—Sí; ancladas, esperando poder dar algún golpe a la flota del Bajá.

—¿Estará libre el camino?

—No hallaremos ni un turco. Además, somos bastantes y estando con nosotros el León de Damasco, ¿qué podemos temer? Los turcos han perdido un gran guerrero, que llevaba en sus venas sangre de Mahomet II.

Muley-el-Kadel regresaba con la mecha casi consumida y seguido de sus dos compañeros. Todos los caballos, al quedarse sin jinetes, se dejaron matar sin protesta; intentaron refugiarse en el viñado y allí recibieron las mortales pelotas de los arcabuces.

—Señor Muley—dijo Domoko, saliéndole al encuentro—, ¿queréis que marchemos hacia Capso? Este es el momento.

—Lo creo así—repuso el León de Damasco—, Vosotros, los candiotas, no tenéis, ciertamente, agua en las venas, como suponen mis ex correligionarios.

Os creen una manada de carneros y sois lobos, verdaderos lobos audaces.

—Es una guerra a muerte, señor. Aunque he abrazado la fe musulmana (claro que de palabra y no de corazón), ¿creéis que estoy seguro al acostarme cada noche de que despertaré en paz a la mañana siguiente? Los turcos necesitan nuestra sangre para abonar los campos que un día, a menos de un milagro, serán suyos. En fin... ¿Marchamos?

—Yo me vuelvo a mi factoría—dijo Korika—; tengo los carneros sueltos y si se acercan los turcos no hallaré ni uno.

—Vé, valiente; vé, y gracias.

El colono saludó al León de Damasco y a sus acompañantes y se fué con sus tres hijos.

—¿A qué hora podemos llegar a la rada?

—A medianoche, señor Muley.

—¿Y esos cadáveres? ¿Vamos a dejarlos así? Verdad es que los musulmanes no se toman la molestia de hacer enterrar a los cristianos.

—Dejemos hacer a los comedores de muertos—repuso el candiota, señalando a las aves vultúridas, que acudían al viñado en gran número—. Mañana nadie conocerá por los huesos si los caídos eran turcos o venecianos. Pero vámonos antes de que Sebastián Veniero despliegue las velas para intentar un golpe de mano en Morea.

Cerraron la puerta y se pusieron en marcha, en tanto que las tinieblas descendían rápidamente a la tierra. Domoko se puso a la cabeza y guiaba al destacamento, haciéndole marchar con gran rapidez hacia el mar situado al Norte.

Por la tenebrosa campiña no se veía alma viviente; sin embargo, los caballeros, por precaución, llevaban las mechas preparadas en los arcabuces, porque no era improbable que merodeadores turcos se corrieran por aquellos lugares, especialmente al aproximarse a la costa.

Cerca de medianoche, Domoko aflojó el paso. Un viento fresco, vivificante, comenzaba a soplar del Norte: la brisa marina.

—Ya llegamos—dijo el guía, esforzándose por distinguir las grandes farolas de las galeras venecianas.

—Luces—exclamó Nicola al poco rato—. Son luces de naves.

—Adelante—dijo el León de Damasco.

Corrieron a través de los campos y llegaron a la costa, desde la cual gritaron a voz en cuello:

—¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Cristianos!...

En la pequeña ensenada, escondida entre las altas escolleras, hallábanse ancladas seis grandísimas galeras de tres órdenes de remo, las mejores que la República había podido construir en el Adriático.

Al oír los gritos los marineros venecianos dispararon algunos arcabuzazos al aire y botaron al agua un gran bote armado de una culebrina y al cual saltaron un oficial y algunos remeros; dirigiéronse hacia el grupo, mientras los arcabuceros de la galera, en previsión de una posible celada, apuntaban con sus armas a Muley y sus acompañantes.

—¿Quién sois?—preguntó el oficial.

—Domoko soy, y viene conmigo el famoso León de Damasco.

—¿Sois perseguidos?

—No; hemos destruído el destacamento de caballería turca que nos daba caza y no hay un soldado turco en veinte 'millas.

Los marineros levantaron las linternas, miráronlos atentamente uno por uno, y el oficial dijo:

—A bordo. El León de San Marcos os protege en sus galeras.

CAPITULO XIV

SEBASTIÁN VENIERO

SEBASTIÁN Veniero, 'que debía más tarde immortalizarse en la batalla de Lepanto (1), era el Almirante más audaz que tenían los venecianos.

De muy joven entregóse en cuerpo y alma al mar, como solían hacer los hijos de los patricios de la Serenísima, emprendiendo largos viajes, sobre todo al Oriente, en donde siempre, o casi siempre, había ocasión de combatir con las escuadras turcas que pirateaban por aquellos mares.

Emprendida la guerra con Turquía, el experto y valeroso marino, ascendido al grado de Gran Almirante, aunque contaba ya setenta y dos años de edad, tomó parte importantísima en la defensa de Chipre. Con pocas naves, y no muy nuevas por cier-

(1) Remitimos al lector a la nota del cap. VII. El Sultán de que habla algunas líneas más adelante, Selim II, *el Borracho*, reinó, con efecto, desde 1566 a 1573. Era hijo de Solimán II y fué quien conquistó a Chipre. Pero el sitio de Candia comenzó casi un siglo después y siendo Sultán Ibrahim, como se ha dicho en capítulos anteriores.—(N. del T.)

to, hizo prodigios, y más hubiera logrado si su colega, el Almirante Angel Zane, le hubiese secundado con su flota en vez de invernar tranquilamente en una bahía del Archipiélago.

Antes de ser enviado a combatir a los turcos estuvo en Brescia de capitán general, y luego en Udina como delegado de la República para tratar con los representantes de Fernando I de resolver las graves controversias de límites entre la República y el Austria, mostrándose admirable diplomático.

Sin embargo, era hombre más de acción que de palabra, y ansiaba sobre todo combatir a los turcos, a quienes había jurado odio implacable. El poder otomano se engrandeció muchísimo hacia la mitad del siglo XVI, y no respetaba ya ni tratados ni convenciones. "¡Adelante con nuestras cimitarras y nuestras galeras!", era el grito que salía de millares de pechos fanáticos, siempre dispuestos a morir por Mahoma.

Aunque horrorizada, Europa no hacía nada por acabar con el orgullo desmesurado de los bárbaros orientales que en breve debía de naufragar sin gloria en Lepanto.

Sólo Venecia tenía colonias y grandes intereses en el Este; muy pocos los genoveses y los españoles.

A fines de 1569 llegó a Constantinopla, abultada y exagerada, la noticia de haberse incendiado el arsenal de Venecia y quedado destruída la flota. Era entonces Sultán Selim II, gran bebedor de vino de Chipre, y que no poseía ninguna de las brillantes cualidades de Mahomet II.

Creyendo que el fuego había consumido el poder marítimo de la Reina del Adriático, declaró brutalmente la guerra a aquella República y lanzó sobre Chipre trescientas galeras con cien mil hombres de desembarco.

Venecia, aunque con flota escasa, habituada a luchar con los turcos, aceptó el desafío y ya sabemos lo que ocurrió (1).

Perdida la isla por fin, Venecia, asustada y temerosa de que aumentando el turco su potencia acabase por adueñarse de todas sus colonias orientales, volvió los ojos a Pío V pidiéndole que influyera con los Estados cristianos para que la ayudasen.

El Papa no fué sordo a esta demanda de socorro y pronto obtuvo de Felipe II (2), Rey de España, que enviase a Italia una poderosa escuadra, al mando de Juan Andrés Doria. El Pontífice puso a disposición de la República su flota, al mando de Marco Antonio Colonna. Mientras, de común acuerdo, preparaban el golpe formidable que habían de asesatar en el golfo de Lepanto al poder naval otomano.

Cuando el León de Damasco y sus compañeros abordaron a la capitana, el anciano Almirante, aún

(1) Véanse en la COLECCIÓN SALGARI los tomos correspondientes: *El Capitán Tormenta* y *El León de Damasco*, números 13 y 14.

(2) Pásense por alto los errores históricos de este párrafo. La Liga fué concertada con Carlos V, todavía Emperador, contra Barbarroja, y se deshizo pronto, tras pequeñas escaramuzas, por pactar treguas con el turco la asustada Venecia.—
(N. del T.)

despierto, conversaba con su sobrino Lorenzo, ya valerosísimo, aunque casi adolescente. Sentado en el castillo de popa, tenía la pierna herida extendida sobre una silla.

Al ver a Domoko y Nicola, a quienes ya conocía, y de quienes en otras ocasiones había apreciado su patriotismo veneciano y su odio a los turcos, hizo ademán de levantarse; pero el León de Damasco se adelantó vivamente para impedirselo, y le dijo:

—No, señor Almirante; no tenéis que levantaros para saludar a 'Muley-el-Kadel.

El nombre del valeroso ex musulmán gozaba ya de gran popularidad en Italia, y Veniero le miró con vivo interés, respondiéndole:

—¡El León de Damasco! Vuestro nombre es sobradamente conocido en Venecia para que todo buen veneciano no sienta un 'placer en veros. ¿Venís de Candía?

—Sí, Almirante.

—¿Cómo por allí? ¿Acabará aquella desdichada ciudad como Famagosta?

—Se resiste, se combate día y noche y se muere por 'la Serenísima con el nombre de Jesús en los labios.

—Así, pues, ¿no es inminente su caída?

—¡Oh, no! Aún ha de dar mucho 'que hacer a los turcos antes de que se decidan a aventurarse al asalto.

—Si habéis osado salir de la ciudad para buscarme, es indudable que habréis tenido grave motivo.

—El Bajá me ha robado mi hijo, que estaba en el Palacio de Loredán, en el Canal Grande.

—¡Ah, canalla! ¿Qué pretende? ¡Vamos, querrá hacer de él un musulmanito! Habéis abandonado el Islam vos, y ese bandido ha pensado dar otro sesquaz, en cambio, al Profeta.

—Parece que todo ha sido cosa de Haraja.

—¿Haraja? ¿La castellana de Hussiff?

—Sí, Almirante.

—Es verdadera sobrina del Bajá; pero que no caiga en mi poder, porque no miraré que sea mujer. ¿Dónde se encuentra vuestro hijo? ¿En la capitana?

—Sí—dijo Nicola—, y guardado en el camarote del centro.

—¿Maltratado?

—Hasta ahora, no. Salí de la capitana hace tres días y pude asegurarme de ello.

—Tú eres marinero del Bajá, si no me engaño.

—Sí, Almirante.

—He aquí un hombre precioso—murmuró Veniero—. ¿Cuántas galeras tiene el Bajá?

—Doscientas, señor. Y todas en excelente estado y formidablemente armadas.

El Almirante hizo un gesto de desaliento, mas pronto recobró todas sus energías.

—¡Quién sabe!—murmuró como para sí—. Una sorpresa siempre pudiera...—y mirando fijamente a Muley, añadió—: No será fácil rescatar a vuestro hijo... Sin embargo, habéis hecho demasiados servicios a Venecia para que vacile yo en ayudaros.

—Venía también para proponeros otro golpe.

—Veamos.

—Mi padre, el Bajá de Damasco, prisionero de Haraja, auxiliada por unas cuantas galeras de su tío, 'fué sometido al tormento y encarcelado en uno de los subterráneos del castillo de Hussiff.

—¡Castillo maldito, que cien veces hubiese yo destruído ya a no haberme faltado 'medios o tiempo!...

—Pues allí está mi padre.

—¿Habita el castillo la sobrina del Bajá?

—No; se halla a bordo de la capitana, herida en singular combate, ante los muros 'de Candía, por mi mujer...

—¡Ah! La duquesa, vuestra esposa, es la primera espada de la cristiandad... Hasta a vos mismo os hirió ante las murallas de Famagosta, ¿verdad, Muley?

—Y no siento 'ni la herida ni la humillación; sin ellas sería yo todavía musulmán.

—Es verdad. Sin embargo, dicen que sois el mejor acero de Venecia, como fuisteis el del ejército turco.

—Sí; lo fui. El de Venecia, no; mi mujer me vence.

—Galantería de verdadero caballero.

—No, Almirante. Mi mujer, como habéis dicho muy bien hace poco, es la 'mejor espada de la cristiandad.

Sebastián calzó su pantufla, pues no podía sufrir el peso 'del escarpe, y haciendo un esfuerzo se puso en pie.

—No se ganan las batallas con la lengua, como

lo ha comprendido, aunque 'un poco tarde, el Senado veneciano.

Dió unos pocos pasos sin apoyarse en nadie ni en nada, y plantándose ante Muley, le dijo:

—¿El padre o el hijo, primero?

—El 'hijo—repuso el León de Damasco.

—¡Ah! ¡Si pudiese armar una celada a ese condenado Bajá con pocas galeras!...

—¿Y por qué no, 'Almirante?—observó Nicola—. Con mandar a aquel canalla una letra ordenándole que venga en seguida a recibir órdenes del Sultán... Bien es verdad que para ello se necesitaría tener un sello de los Sultanes.

—Tengo dos que me regaló el conde Mocenigo—contestó el Almirante—. 'Los cogió en una galera otomana en su atrevido golpe de mano ante Constantinopla. ¡Ah! ¡Ese sí que fué un gran marinol! Si Venecia hubiera tenido dos como él, a estas horas la escuadra de Alí Bajá estaría en el fondo del Mediterráneo... Pero aún no se ha perdido todo. Ya llegará nuestra 'hora y destruiremos el poder marítimo otomano. Conque decías, Nicola, que se escribiese una carta a Alí... ¡Hum! Es demasiado receloso para caer en 'la trampa. Sin embargo, se puede intentar..., con tal de que hallemos un hombre para llevar la carta.

—Aquí estoy yo para ello, señor Almirante—dijo Mico—. El Bajá no me ha visto en su vida, y puedo pasar a sus ojos por un turco más o menos perfecto.

—Admiro tu valor; pero debo advertirte que los turcos no se andan con chiquitas, y que pu-

diera ser que te descuartizaran vivo, como a Lorenzo Tiépolo, que apenas contaba setenta años; o hecho picadillo, como Astorre Baglone, o desollado con navajas de afeitar, como Marco Antonio Bragadín.

—Conozco la ferocidad de esos canallas—respondió el albanés—; pero os aseguro, señor Almirante, que 'llevaré la carta si alguien me acompaña en la canoa que me daréis para ello.

—Si me desembarcas antes de llegar junto a la escuadra—observó el griego—, yo te acompaño.

—Aceptado, amigo. Señor Almirante, sólo espero la carta y una chalupa de vela.

—En esguida estará—afirmó Veniero—. Conozco muy 'bien el turco y lo escribo correctamente. Esperemos que el Bajá, por una vez, dé de lado su habitual desconfianza y muerda el anzuelo.

Apoyado en su 'sobrino penetró en su cuarto, mientras los marineros, por su orden, botaban al agua la canoa más ligera, dotándola de una vela latina y un 'par de remos.

El León de Damasco se acercó vivamente a Mico y le preguntó emocionado:

—¿Podrás...?

—Os entiendo, señor; quisierais que tratase de arrebatat vuestro hijo a Haraja.

—Y tu fortuna está hecha.

—No quiero la fortuna, señor. Pero creo la empresa muy superior a mis fuerzas. Sin embargo, os prometo que si puedo intentar el golpe le intentaré sin curarme de guardar 'mi cabeza.

Volvía el Almirante al castillo de popa, llevando

en la mano una carta sellada con un gran sello.

—Toma, para el Bajá—dijo, entregándola al albanés—. Si te pregunta qué contiene responde simplemente que noticias del Sultán. No vendrá; pero si no se comete alguna imprudencia pudiera caer en el garlito, pues al fin y al cabo Ali no es Mahoma. ¿No tendrás miedo?

—No, 'señor Almirante. Si la canoa está dispuesta, partimos ahora mismo..., contando con que Nicola me acompañe.

—Vamos, pues—repuso el griego—. Yo conozco perfectamente la situación de la escuadra del Bajá en la rada de Candía. Si tuviera fuego griego podría incendiar la galera almirante sin engañarme.

—¿Y mi hijo?—saltó 'el León de Damasco.

—Tenéis razón, señor. El niño impedirá muchas empresas audaces.

—¿Quieres que me embarque contigo, Nicola?—preguntó Muley.

—De ningún modo—objetó el Almirante—. Los turcos se regocijarían demasiado si pudiesen desollaros. Dejad a estos valientes que se las arreglen por sí solos.

—¿La canoa...?—preguntó Mico.

—Está lista ya—contestó un oficial—. Podéis embarcaros cuando gustéis.

—Vamos, Nicola.

—Una palabra—observó el Almirante—. Supongo que no podréis tardar menos de doce horas en llegar a la rada de Candía, aunque vais a llevar viento muy favorable; pero de todos modos tratad de no cumplir la comisión hasta que no anochezca;

así, 'en caso de que el Bajá cayese en la red, no podrá ver si trata con turcos o con venecianos. Andad, valientes, y que San Marcos os guíe.

Los dos hombres bajaron poco después por una escala de cuerda a la canoa, que varios marineros contenían, pues el viento era bastante vivo. Era una chalupa de las que los venecianos llamaban *caicci*, corta y ancha, pero buena velera y rápida en manos de un buen timonel.

—Dejadnos —dijo el griego a los marineros—. Ahora nos toca a nosotros.

—Buen viaje, señores—respondieron los marinos, subiendo prestamente a la galera.

—A mí el timón y a ti la vela—dijo el griego a Mico—. Los albaneses practicáis mucho en el lago de Escodra.

—Y pocos montañeses lo han recorrido como yo, camarada—repuso el fiel criado de Muley—. Podría pasar súbito a gaviero de primera.

Desplegada la vela, la chalupa se alejó velozmente hacia Levante. La noche era hermosísima, aunque sin luna, y el Mediterráneo parecía una balsa. Soplabla una brisa bastante fuerte del Poniente, levantando sólo, de vez en cuando, algunas olas espumosas, que se rompían contra la costa con ruido detonante.

—Llegaremos a Candía sin fatigarnos.

—Sí, vamos bien. Y ahora, entendámonos, amigo. ¿Dónde tengo que desembarcarte?

—A dos millas de la ciudad, entre un grupo de escolleras que tienen cavernas habitables.

—¿Y yo proseguiré con la chalupa hasta llegar a la capitana del Bajá?

—Sí; porque la costa no se presta para ir a pie, y además podrían arcabucearte antes de tener tiempo de mostrar la carta del Sultán.

—¿Podré recogerte allí después?

—Haré lo posible por estar; pero no te preocupes por mí. Conozco la isla a palmos, y trabajo les doy a los turcos si han de descubrirme.

—¿Caerá en la red el Bajá?

—¡Quién sabe! Es desconfiadísimo; pero, en fin, ante una carta del Sultán, no vacilará en llevar anclas.

—¡Ah! ¡Si pudiera arrebatarme antes el pequeño de mis señores!... He de intentarlo...

—Tentativa inútil, que sólo puede tener por resultado que te empalen. Está demasiado vigilado el niño.

—¿En el castillo de popa?

—Sí.

—Pues se hará lo que se pueda—dijo el albanés, dispuesto a hacer alguna barrabasada.

—Sobre todo, ¡mucho ojo con Haraja!...

—Sé lo que vale esa terrible mujer.

—¿No te conoce?

—No.

—¿Y tú?

—La he visto cuando se batía con mi señora, y es de esos tipos que difícilmente se olvidan.

—En efecto; pero yo no me casaría con una mujer así, y mi señor hizo bien en dejarla plantada.

—¡Quién sabe si viviría a estas horas! Por las

venas de Haraja corre una sangre pérfida, que parece impulsarla a verter la de sus semejantes. Ensanchar la vela del trinquete y amaina un poco la latina.

El viento había crecido en violencia y levantado olas grandes, que se deshacían con ruido infernal en torno de la chalupa. Luces extrañas corrían bajo las aguas del Mediterráneo. Las medusas debían de haberse reunido en gran número a dos o tres metros de profundidad, y alumbr banlo con sus m tices, semejantes a luces eléctricas de colores.

Nicola observó atentamente la costa, que se perfilaba sin escollera alguna a cosa de una milla de distancia, y volviendo al timón, exclamó:

—Todo va bien.

A las cuatro de la mañana sorprendi les el sol ante una minúscula rada desierta que penetraba mucho en tierra. Debió de ser antes importante estación pesquera; pero los turcos habían destruido no sólo barcas y redes, sino también a los pescadores. Y el estrago ten  trazas de ser reciente, pues a través del agua límpida y tranquila de la rada, el griego y el albanés descubrieron dos hombres completamente desnudos, amarrados a un  ncora grande de galera.

— Qu  infamia!—exclamó el griego, enrojeciendo por efecto de la indignación—. Esos perros musulmanes no se sacian nunca de carne cristiana.

Aunque no divisaron por ninguna parte ni merodeadores ni jenízaros por tierra, ni bajel ni chalupa alguna por mar, antes de anclar, y como medida de precaución, arriaron las velas, encendien-

do las mechas de los arcabuces a todo evento. A pocos pasos de donde fondearon alzábase una antigua muralla, medio quemada y derruida, pero que en caso de peligro podía servirles de refugio.

—Si vinieran nos meteríamos en esa caseta y los recibiríamos como en la factoría de Domoko—dijo el albanés.

Saltaron a la playa, preparándose al almuerzo (pues el Almirante les había hecho abastecer bien de provisiones) y después de comer se tendieron en la arena, a la sombra de la casamata, sin perder de vista la barca y aguardando que el sol empezara a declinar.

Aunque bastante lejos de Candía, oían, de vez en cuando, los disparos de las bombardas musulmanas a la plaza sitiada. Las detonaciones de las cullebrinas venecianas no llegaban a sus oídos sino a largos intervalos y muy poco distintas.

El griego y el albanés, ya tranquilizados, preparáronse por dos veces la comida dentro de la casamata para que los merodeadores turcos no pudieran descubrir el humo, y ya a la caída de la tarde tornaron a desplegar las velas. Poco a poco el sol iba hundiéndose como globo de fuego en las aguas del Mediterráneo, y la ola ancha no se rompía ya contra la costa, aun cuando soplabá buen viento maestral. Las estrellas comenzaban a aparecer en el firmamento, y las medusas, como envidiosas, querían rivalizar, a dos o tres metros bajo el agua, con sus fosforescentes luces, más intensas que nunca.

—Dentro de una hora o poco más estaremos en

Candía — dijo Nicola —. ¿No te palpita el corazón?

—No.

—Sin embargo, tu empresa espantaría al más audaz.

—¡Bah! Hablo el turco como un Bajá, oro como un muecín...; ¿quién puede creermelo cristiano, llevando además una carta del Sultán? Ya sabes que hay bastantes compatriotas míos en Constantinopla.

—¡Y hasta dentro del harén! Sois los preferidos, porque os creen musulmanes convencidos.

—No, la Albania no es musulmana ni turca todavía. Que vengan a nuestras montañas y ya verán si pueden enarbolar los colores del Sultán y la Media Luna en nuestros picos.

—¡Luces!

—¡La escuadra del Bajá!

—Aguarda... Sí, cierto; la creía más lejos.

—¿Y tu refugio?

—Aguarda aún.

La chalupa continuó navegando velozmente un par o dos de millas, y el griego la dirigió hacia la costa, donde se veían varias escolleras y de donde llegaba un fuerte rumor de resaca.

—Ese es mi refugio. Ahí hay cavernas que han servido de escondite a muchos cristianos perseguidos por las cimitarras turcas. Distan apenas un par de millas de la rada de Candía, y no hay otras escolleras semejantes en toda la costa. ¿Sabrás volver a recogerme?

—No me equivocaré. Una vez entregada la carta, si el Bajá no me hace empalar o desollar, vendré a buscarte, camarada.

—Por última vez te conjuro a que no intentes apoderarte del hijo del León, pues morirás en la demanda sin haber sido útil para nadie. Ya pensaremos en arrancarlo de las uñas de la tigre de Hussiff.

Cogió un saquillo con víveres, se lo echó al hombro y después de asegurarse de que llevaba al cinto su yatagán saltó a la playa.

—Parte pronto; los espían no faltan.

—Buenas noches, Nicola, y 'que Dios nos proteja.

El albanés separó la chalupa de la costa con el remo, enfiló la vela al viento y partió 'veloz. Era ya de noche. El griego la siguió con la vista mientras pudo y se dirigió luego hacia una caverna que le era muy conocida. En pocos minutos hallóse donde quería; volvióse para tratar de distinguir desde aquella altura de más de cincuenta metros a la chalupa, pero había desaparecido.

—¡Terrible empresa! —murmuró—. Ese albanés tiene sangre...

De pronto sintió que le aferraban por los hombros y oyó dos voces roncacas que aullaban a la par:

—¡Ah, perro cristiano!

Tan imprevisto fué el ataque, que el griego no tuvo tiempo ni de descolgarse del hombro el arcabuz para servirse de él como de una clava, ya que llevaba la mecha apagada, ni siquiera de desenvainar el yatagán. Dos hombres, dos marineros de la flota del Bajá salían de la caverna, tropezaban con él y lo reducían, casi súbitamente, a la impotencia.

—¿Qué hacías aquí, perro asqueroso?—pregun-

tó el más viejo de los turcos, un hombre barbudo y de ferocísimo aspecto.

Lo habían desarmado y sujetábanle los brazos, sacudiéndole rudamente.

—No soy cristiano—dijo Nicola—. Como veis, hablo el turco lo mismo que vosotros.

—Sí; todo decís eso por salvar la pelleja—repuso riéndose el barbudo—. Pero no cuela, puerco.

—He servido al Bajá hasta hace pocos días; era uno de los maestros de la capitana.

Los dos turcos, que empuñaban brillantes yataganes y tenían el cinto lleno de pistolones, soltaron una carcajada a dúo.

—¡Cerdo asqueroso! Trata de engañarnos, como si fuéramos capaces de soltar la presa. ¿Eh, Quitab?

—Verdad—dijo el segundo marinero—. Los cristianos son buena presa y valen cequíes.

—¿Qué queréis de mí?—preguntó el griego, que no intentaba libertarse.

—¿Qué queremos? ¡Ja, ja, ja! Pero ¿has tropezado en tu vida con un hombre tan estúpido como éste, Quitab?

—No.

—Tampoco yo. Señor maestro del Bajá, vamos a regalar vuestra piel. Las cabezas candiotas se pagan a un cequí cada una, y con un cequí unos pobres marineros como nosotros tienen para beber vino de Chipre, como bebe nuestro Sultán, toda la semana.

—¿Y dónde se pagan a cequí?—preguntó Nicola.

—A bordo de la capitana.

—De ese modo cuando el Bajá vea mi cabeza os hará empalar.

—Despacio, marinero de agua dulce, que no has estado en tu vida a bordo de una gaiera. Veremos si la cabeza que le llevamos no la paga. ¡Ea, asqueroso cristiano! ¡Basta de charla; prepárate a morir!

—Muy bien dicho. Yo no quiero perder el cequí.

—¿Cómo lo acomodamos?

—Una idea—observó Quitab—. No he visto nunca yo una cabeza cristiana saltar en pedazos como una granada.

—¿Y qué?—repuso el barbudo, algo inquieto.

—Pongámosle en la mano un par de nuestras pistolas y obliguémosle a que se salte la tapa de los sesos.

—¡Canallas!—rugió el griego, haciendo un esfuerzo supremo por desasirse.

—Así—prosiguió Quitab—la cabeza será siempre cristiana y la cara quedará irreconocible. Si no obedece se la cortamos con nuestros yataganes.

—Mejor es otra cosa—objetó el barbudo—; lo atamos al ancla de nuestra chalupa y lo sumergimos dulcemente en el mar, y verás cómo los cangrejos y otros bichos le desfiguran bien el rostro.

—Razonas como un gato de Angora. El Bajá podría decir que habíamos pescado un cadáver cualquiera ahogado hace más o menos tiempo, y adiós cequí.

—Hablas como Mahoma mismo. Y oye, Quitab, ¿crees tú que quedará presentable, entera?

—Estoy convencido.

—¿Aun con nuestros pistolones? ¿Te apuestas el cequí?

—Apostado.

—Pues vamos a ver cómo estalla una cabeza cristiana.

—Encendamos las mechas.

Soltaron al griego, quien, por otra parte, no podía escapar fácilmente, hallándose como se hallaba en la cima de la escollera, y prepararon sus armas con toda tranquilidad, cual si se tratase de enviar al otro mundo a un perro cualquiera.

—¿Qué he de hacer?—preguntó Nicola cuando vió encendidas las mechas.

—Saltarle la tapa de los sesos—respondió el barbudo—. Hemos hecho una apuesta sobre tu cabeza, y ni yo ni mi camarada queremos perderla. Pero has de dispararte las dos pistolas a la vez; conque, ¡eal, cierra los ojos y aprieta el gatillo.

—Dadme. Soy hombre muerto.

Los marineros entregáronle las pistolas por las culatas, y el barbudo dijo:

—¡Salta ese coco cristiano!

Apenas lanzó esta exclamación burlesca sonaron dos disparos, seguidos inmediatamente de dos aullidos. Nicola, empuñando las pistolas, en vez de apuntar a sus sienes para dar gusto a aquellos maníqueos, dió tres pasos atrás y disparó contra los musulmanes, diciendo:

—Seré yo, imbéciles, el que haré estallar los melones turcos.

Y los marineros cayeron ante la entrada de la

caverna, arrojando sangre en abundancia por las heridas de sus frentes, perforadas por las balas.

—Regocijaos. Las huríes os aguardan.

Se apoderó de las armas y municiones de los dos cadáveres y agarrándolos precipitóles desde lo alto de la escollera.

Oyóse un chapoteo tras otro; luego, nada.

Los musulmanes estaban ya al lado de las huríes.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

	PÁGS.
CAPÍTULO I.—La sobrina de Alí Bajá.....	7
— II.—Ferocidad turca	21
— III.—El Bajá de Damasco.....	37
— IV.—El rugido del León de San Marcos	51
— V.—El Gran Almirante otomano.	63
— VI.—El Capitán Tormenta	77
— VII.—El reto	83
— VIII.—La traición	101
— IX.—Otro desafío	117
— X.—Bellaquería 'turca	135
— XI.—A través de las ruinas de Candía	151
— XII.—La caballería turca	171
— XIII.—La rada de Capso.....	187
— XIV.—Sebastián Veniero	201

TÍTULOS PUBLICADOS

3. LA SOBERANA DEL CAMPO DE ORO.—Desarrollase esta novela en el "Dorado Poniente" de la América del Norte, el país de las minas de oro, de los cow-boys, del pugilato y boxeo, de los indios y de los bisontes. Lances de amor, de audacia y de fortuna.
4. EL REY DE LOS CANGREJOS.—Experiencias arriesgadas de los indios navajoes y de los apaches; por fondo, el panorama más bárbaro y grandioso que puede ofrecer la Naturaleza. Vívida descripción de las costumbres centenarias de los indios, de una explotación carbonífera y una explosión de grisú de mina.
7. SANDOKAN.—Comienza la historia de este extraño y singular personaje, casi épico, imponente y destructor como la tempestad, cuyas cruentas hazañas le habían valido el apodo de "Tigre de la Malasia". Relato de interés insuperable.
8. LA MUJER DEL PIRATA.—Continúa en este volumen la accidentada vida del "Tigre", hasta su último combate.
9. LOS ESTRANGULADORES.—Pasamos ahora a otro país maravilloso y abundante en sorpresas y riesgos: la India, con sus bramanes, sus faquires y bayaderas, crímenes misteriosos, ríos sagrados donde avecinda el rinoceronte, y selvas inextricables y asilo de fieras crueles.
10. LOS DOS RIVALES.—Prosiguen las aventuras y cuadros pintorescos o sombríos de la India, con las insurrecciones y la matanza de Delhi.
11. LOS TIGRES DE LA MALASIA.—En este tomo se refieren inéditas hazañas del célebre Sandokán. Hay episodios deslumbrantes, como "La prueba de fuego" y "La orgía de los dayacos".
12. EL REY DEL MAR.—Prolongación de la novela anterior. Son estas páginas conjunto de inquietantes aven-

- turas de guerra y de amor, desarrolladas sobre el bello y misterioso mar de la Sonda.
13. **EL CAPITAN TORMENTA.**—Nuevas tierras; nueva fauna; nueva flora; razas y tipos nuevos. Con ojos pasmados y corazón suspenso pasamos de la India enigmática y los mares abiertos a los páramos calcinados de la Arabia, donde viven los hombres apasionados y fanáticos.
 14. **EL LEON DE DAMASCO.**—Permanecemos en el mismo medio ambiente de la novela anterior. Esta es una novela movidísima, que recuerda nuestra epopeya secular de la Cruz contra la Media Luna, amenizada con los amoríos de moros y cristianas.
 19. **LA PERLA ROJA.**—El escenario de esta novela lo constituyen las Islas Andamanes y la de Nikobar, situadas en la parte más ancha del golfo de Bengala, en el Océano Indico. En esta obra se inicia un argumento por todo extremo interesante, pródigo en incidentes variadísimos y llenos de emoción.
 20. **LOS PESCADORES DE PERLAS.**—En esta novela, que es continuación de la anterior, se desarrolla plenamente la acción que en aquella tuvo su prólogo. Se desenvuelve en la isla de Ceylán, una de las mayores del Océano Indico, próxima a la costa de la India inglesa. Salgari describe con atrayente estilo aquellos pintorescos lugares, y enumera los múltiples y peligrosos riesgos que tienen que vencer los pescadores de perlas en lucha con elementos y con las fieras de la tierra y del mar.
 32. **LAS PANTERAS DE ARGEL.**—Sirven de marco a esta narración las frecuentes excursiones guerreras que en el siglo XVII realizaron los moros berberiscos contra los cristianos a lo largo de las costas de Italia y en las de Malta y de Cerdeña. El autor, sirviéndose de un argumento fuertemente dramático e interesantísimo, nos hace conocer todos los aspectos y detalles, en extremo pintorescos, que ofrecía la vida por aquel entonces en la importante ciudad de Argel. Y todo ello avalorado con tan felices descripciones y tan atrayente estilo, que acierta a mantener fija la atención y aguza en todo momento el interés del lector. En suma, una admirable novela.
 33. **EL FILTRO DE LOS CALIFAS.**—Continúa y da fin en este título el interesante argumento del tomo anterior.

- 42 y 43. **EL HIJO DEL LEON DE DAMASCO.**—Es continuación esta novela de las tituladas "El capitán Tormenta" y "El León de Damasco". La acción que a éstas sirvió de argumento y que se desenlazó en ellas de modo provisional, prosigue ahora con igual intensidad dramática y a través de lances y episodios no menos variados e interesantes; y la eterna lucha de aquellos tiempos entre turcos y cristianos viene a resolverse de modo definitivo en la memorable batalla de Lepanto, que puso fin y abatió para siempre a las incursiones y el poderío de los mahometanos.
- 44 y 45. **DOS ABORDAJES.**—En esta novela, tan agradable e interesante como todas las de Salgari, dos de sus personajes de carácter secundario son en realidad los verdaderos protagonistas en la acción que se desarrolla a través de sus páginas, y que tiene lugar en la Guerra de Secesión, a fines del siglo XVIII. En la lucha que sostienen dos hermanos por el amor de una hermosa joven, uno de ellos logra arrebatarse a la muchacha del poder de su rival, merced a la ayuda que le prestan dos de sus servidores, después de múltiples episodios que acreditan de nuevo la pericia y la inventiva del autor en el género de novela de aventuras.
86. **LA PERLA DEL RIO ROJO.**—Desarrollase la acción de esta novela en la región de Tonkin, de la Indochina francesa, a base de la rivalidad de dos caudillos que discuten entre sí el amor de una bella muchacha al heroico galán de quien ella está prendada. El genio y la habilidad de Salgari en este género aciertan a sostener fija la atención del lector a lo largo de una serie de continuados y emocionantes episodios que van sucediéndose en la trama de esta interesante narración.
87. **EL TESORO DE LOS INCAS.**—Describe en esta novela el viaje que unos aventureros efectúan por debajo de parte del territorio del Centro de América, a través de un inmenso subterráneo en el que hay un río navegable, en busca del fantástico tesoro de los Incas. Es tema propicio para que el autor muestre sus extensos conocimientos en Historia Natural y para que su imaginación se desborde en los interesantes episodios que se desarrollan a lo largo de esta singular expedición.
88. **LOS NAUFRAGOS DEL OREGON.**—Otra interesante novela de Salgari, desarrollada esta vez en la isla de

Borneo, en la Melanesia, y en algunas otras del archipiélago de la Sonda. Dos huérfanos han heredado una considerable fortuna, que tratan de arrebatárles con malas artes; se derivan múltiples episodios que proporcionan ocasión al autor para darnos a conocer con preciosos detalles la fauna y la flora, así como la vida y costumbres de los habitantes que pueblan aquellos exóticos países.

90. AVENTURAS ENTRE LOS PIELES ROJAS.—Como ya el título da a entender, se trata de una novela de aventuras, género en el que Salgari es maestro indiscutible. Lo mismo que en alguna otra de sus obras, la acción se desenvuelve en las extensas praderas del West End, de los Estados Unidos, inmediatas a la frontera mejicana, y el autor entretiene y cautiva de nuevo la atención del lector con los emocionantes episodios de la constante lucha sostenida por los habitantes de aquel territorio con los feroces pieles rojas.

CRBV.

3



CALLEJA

DICCIONARIOS BREVES

FRANCÉS-ESPAÑOL
y ESPAÑOL-FRANCÉS

INGLÉS-ESPAÑOL
y ESPAÑOL-INGLÉS

El máximo de utilidad en el mínimo de tamaño

Más de 800 páginas cada uno

Encuadernado en tela inglesa

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S. A.

Casa fundada en 1876

MADRID

VALENCIA, 28

